

Dominique Moïsi

LA
GEOPOLÍTICA
DE LAS
EMOCIONES



Cómo las culturas del **miedo**, la **humillación** y la **esperanza** están reconfigurando el mundo

GRUPO
EDITORIAL
norma

**LA GEOPOLÍTICA
DE LAS EMOCIONES**

Dominique Moïsi

LA GEOPOLÍTICA DE LAS EMOCIONES

CÓMO LAS CULTURAS DEL MIEDO,
LA HUMILLACIÓN Y LA ESPERANZA
ESTÁN RECONFIGURANDO EL MUNDO

Traducción de Hernán D. Caro A.

GRUPO EDITORIAL NORMA

Motzi, Dominique

La geopolítica de las emociones / Dominique Motzi;
traducción Hernán D. Caro A. — Bogotá: Grupo Editorial
Norma, 2009.

240 p.; 23 cm. — (Colección documentos)

ISBN 978-958-45-1733-3

1. Geopolítica - Aspectos psicológicos 2. Globalización -
Aspectos psicológicos 3. Relaciones culturales - Aspectos
psicológicos 4. Política internacional 5. Relaciones internacionales
I. Caro A., Hernán D., tr. II. Tít. III. Serie.

320.12 ed 21 ed.

A1239715

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

© Dominique Motzi, 2009

Primera edición: Doubleday, 2009

© De la presente edición para América Latina

Grupo Editorial Norma, 2009

Avenida El Dorado No. 90-10, Bogotá, Colombia

Diseño de cubierta: Patricia Martínez Linares

Fotografías de cubierta y contracubierta:

Niño vendiendo cigarrillos y niño sobre tanque de guerra: ©Yan Bocchat, SXC

Torres Gemelas: ©Mike Gleason, SXC

Policías en manifestación: ©Michał Zacharzewski, SXC

Diagramación: Nohora Betancourt Vargas

Impreso por Worldcolor

Impreso en Colombia — Printed in Colombia

CC. 26000271

ISBN 978-958-45-1733-3

Este libro se compuso en caracteres TTC Garamond

Derechos reservados para todo el mundo de habla hispana.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito
de Editorial Norma.

Dedicado a la memoria de mi padre,
Jules Moisi, número 159721 en Auschwitz
quien sobrevivió al miedo agobiante y a la humillación
para enseñarme la esperanza

CONTENIDO

Prefacio	11
Introducción	
El choque de las emociones	17
Capítulo 1	
Globalización, identidad y emociones	27
Capítulo 2	
La cultura de la esperanza	57
Capítulo 3	
La cultura de la humillación	93
Capítulo 4	
La cultura del miedo	139
Capítulo 5	
Casos difíciles	185
Capítulo 6	
El mundo en el año 2025	203
Agradecimientos	233
Bibliografía	235

PREFACIO

El 4 de noviembre de 2008, al igual que millones de personas en todo el mundo, vi la celebración en el Grant Park de Chicago de la elección del presidente Barack Obama. Fue una noche de muchas imágenes cargadas de emoción. Para mí, el símbolo más poderoso de esa noche extraordinaria fueron las lágrimas de alegría que corrían por el rostro del reverendo Jesse Jackson. Aquellas lágrimas me recordaron otras imágenes de casi veinte años antes, imágenes como la del gran compositor ruso Mstislav Rostropovitch, exiliado de su patria, tocando su chelo frente a las muchedumbres que celebraban la caída del Muro de Berlín. Lágrimas de triunfo y reconciliación, lágrimas de armonía con el mundo, lágrimas cuyo mensaje de júbilo proclamaba que los hombres y las mujeres pueden cambiar la historia para bien cuando son motivados por sus emociones, al menos las *correctas*.

Menos de un mes más tarde, en Bombay –la ciudad que simboliza la esperanza de la India–, las “emociones equivocadas” entraron en acción cuando la humillación se convirtió en violencia terrorista.¹ “¿Por qué nos hacen esto?”, preguntaba un hombre a uno de los pistoleros que lo habían tomado como rehén y que se disponía a ejecutarlo. “Nosotros no les hemos hecho nada”.

“¿Recuerdan Babri Masjid?”, replicó a gritos uno de los terroristas. Se refería a una mezquita del siglo xvi construida por el

¹ Trofimov, Yaroslav. “India Security Faulted as Survivors Tell of Terror”. En: *Wall Street Journal*, diciembre 1 de 2008.

primer emperador mogol musulmán y destruida por radicales hinduistas en 1962. "¿Recuerdan Gorda?", preguntó un segundo terrorista. Se refería al pueblo del estado indio de Gujarat, en el cual manifestaciones religiosas se convirtieron en un pogromo, antimusulmán en el año 2002. Este incidente es un testimonio más, si es que algo así es necesario, del duradero poder de los símbolos —en este caso, símbolos de humillación— para evocar emociones y, de ese modo, controlar el comportamiento humano, incluso tras un lapso de siglos.

El título mismo de este libro, *La geopolítica de las emociones*, parecerá a muchos críticos una clara provocación, si no un oxímoron. A fin de cuentas, ¿no se encarga la geopolítica de elementos racionales, de datos objetivos como fronteras, recursos económicos, poder militar y el frío cálculo político de intereses? En contraste, las emociones son esencialmente subjetivas, si no puramente irracionales. Mezclar emociones y geopolítica solo puede ser un ejercicio fútil y acaso peligroso, que puede guiar, en último término, al abismo de la sinrazón personificado por las masas paganas en Núremberg durante el descenso de Alemania hacia el barbarismo, durante el mandato de Hitler.

Quizá sea de este modo. No obstante, este libro se basa en una doble convicción. En primer lugar, no es posible entender el mundo en que vivimos sin intentar integrar y comprender las emociones, y en segundo lugar, las emociones son como el colesterol, es decir, buenas y malas. El problema es hallar el balance correcto entre ellas.

En noviembre del 2008, al menos por unos momentos, la esperanza triunfó sobre el miedo. El muro del prejuicio racial cayó con tanta determinación como el muro de la opresión que veinte años antes se había derrumbado en Berlín. Obviamente, hubo razones objetivas, racionales, para la victoria de Obama. En términos políticos normales, se trataba de un rechazo de

las políticas de la administración precedente durante una era de guerra prolongada y de una profunda crisis económica. Sin embargo, las dimensiones emocionales de esta elección y el sentido de orgullo que produjo entre muchos estadounidenses no pueden ser subestimados.

En la misma línea, es imposible comprender las aventuras militares rusas en el Cáucaso en el verano del 2008 sin considerar su significado emocional. El mensaje enviado por el régimen de Putin y Medvedev en Moscú, no solo a la población de Georgia sino también al resto del mundo, fue bastante claro: "¡La Rusia imperial ha regresado! Tras 1989 se atrevieron a tratarnos con condescendencia. Esos tiempos han pasado. Estamos listos para trascender nuestra humillación postsoviética y para erigir nuestra nueva esperanza sobre los fundamentos de su miedo".

Durante ese mismo verano de 2008, otro régimen intentó superar las humillaciones del pasado en el escenario global, ya no a través de la imprudencia de acciones militares, sino del deporte internacional. En su papel de anfitrión de los Juegos Olímpicos, China reclamó, simbólica y emocionalmente, su centralidad histórica y su legitimidad internacional. A través de la majestuosidad de la ceremonia de apertura, la belleza arquitectónica del estadio y las muchas medallas obtenidas por sus atletas, China aprobó el examen de su entrada en la modernidad y alcanzó un nuevo pináculo de esperanza alimentada por un crecimiento económico vertiginoso.

Sin embargo, mientras China respira esperanza, el mundo árabe sigue envuelto en la tragedia y la emoción negativa de la humillación. No todos los árabes –ni siquiera una mayoría– están de acuerdo con las irracionales y odiosas doctrinas de la *yihad* violenta contra Occidente. Pero muchos árabes, incluso moderados, rechazan las nociones de cambio pacífico y ciudadanía activa, y presuponen que todos los líderes políticos son

deshonestos y corruptos. Esta actitud puede ser comprensible, pero refleja y refuerza el sentimiento de desesperanza que frena el progreso a lo largo y ancho del mundo árabe.

Miedo contra esperanza, esperanza contra humillación, humillación que conduce a la irracionalidad más elemental e incluso, a veces, a la violencia... Es imposible comprender el mundo en que vivimos sin examinar las emociones que colaboran en su configuración.

Mientras escribo estas líneas en el periodo subsiguiente a la elección de Barack Obama, la crisis financiera y económica se acentúa en todo el mundo. Afecta incluso a Asia, el continente que hasta hace poco había sido el motor principal del crecimiento económico global. ¿Qué prevalecerá en el escenario planetario? ¿El espíritu de esperanza personificado por la victoria de Obama o el espíritu de miedo dirigido por el colapso económico? Esto, por supuesto, es imposible de predecir. Mucho dependerá de la habilidad del nuevo presidente estadounidense de transformar las palabras en hechos, y restablecer y rehabilitar la política a los ojos de sus compatriotas. Pero también mucho depende de la calidad del liderazgo chino, que se enfrenta actualmente con el mayor reto de las últimas décadas. Por primera vez en la historia reciente, el futuro del planeta no estará determinado únicamente por las decisiones del Occidente democrático. Acaso descubramos muy pronto que regímenes centralizados y no democráticos como el de China están, de hecho, mejor equipados para responder a las crisis económicas que países democráticos como los Estados Unidos.

Este libro tiene su propia historia, la cual evoca en cierto modo un juego de muñecas rusas. Todo empezó con mi columna en *Project Syndicate* de marzo del 2006, titulada "El choque emocional de las civilizaciones" ("The Emotional Clash of Civilization-

ns"). Mi antiguo profesor y actual colega en la Universidad de Harvard, Stanley Hoffmann, me alentó a convertir el escrito en un ensayo breve, que fue publicado en la revista estadounidense *Foreign Affairs* en enero del 2007. Este artículo, titulado "El choque de las emociones", dio pie a un candente debate, y fui invitado a presentar y defender mi tesis en los medios estadounidenses, incluyendo una aparición en el popular programa de la National Public Radio *To the Point*. Uno de los radioescuchas, Charlie Conrad, un alto ejecutivo de la Random House, me propuso transformar mi ensayo de *Foreign Affairs* en un libro. De este modo surgió *La geopolítica de las emociones*.

Sin duda, en contraste con el ensayo a partir del cual surgió, el libro está mucho más desarrollado y por lo tanto más matizado en su presentación. Más aún, el mundo se ha transformado radicalmente en los últimos años. Aunque parece que hay tanta humillación como antes, la esperanza y el miedo han crecido exponencialmente y de modo paralelo. Sin embargo, la tesis central del libro no ha cambiado. Al fin y al cabo, las emociones siguen siendo cruciales para comprender la naturaleza y la evolución del mundo, y todo parece indicar que esto seguirá siendo así mientras la especie humana exista.

INTRODUCCIÓN

EL CHOQUE DE LAS EMOCIONES

"La globalización es fantástica, pero no para nosotros. No somos asiáticos ni occidentales. No podemos lograrlo, no vamos a lograrlo".

Era el verano del año 2000. Había sido invitado a presidir una conferencia internacional sobre globalización en la Universidad de Al Akhawayn, una escuela de administración fundada conjuntamente por los reyes de Marruecos y Arabia Saudita en la ciudad de Ifrane, 60 kilómetros al oeste de Fez. Las clases de la escuela se dictaban en inglés, y los estudiantes no hubieran parecido fuera de lugar en alguna universidad de California o de Ohio. El velo estaba prohibido, los chicos y chicas caminaban tomados de la mano cuando no se relajaban juntos en el prado, cuyo verde lustroso brillaba como una isla en medio del desierto que rodeaba el campus.

Curiosos por la presencia de un francés en este encuentro internacional, algunos estudiantes me invitaron a que los acompañara una noche. Me hablaban en francés, un idioma incluso más familiar para ellos que el inglés. Estaban fascinados por la globalización, pero me querían contar de sus dudas fundamentales acerca de sí mismos y de su futuro. Quedé impresionado por la falta de confianza en las palabras de uno de los estudiantes: "La globalización no es para nosotros". Estos jóvenes pertenecían a la élite de Marruecos; eran hijos de aquella clase media en la que, para muchos, reposaba la esperanza en un cambio radical

del futuro de su país. ¿Por qué este profundo pesimismo acerca de su capacidad para modelar el futuro?

En ese entonces se me ocurrieron varias explicaciones. Quizá dudaban del compromiso político de su gobierno. (Los estudiantes elogiaban al nuevo rey que acababa de llegar al trono, pero la expresión escéptica en sus rostros no se compadecía de sus palabras.) O acaso su falta de confianza estaba ligada a la posición geográfica de su país –tan cerca de Europa, pero del “lado equivocado” del Mediterráneo– o a su patrimonio cultural y religioso.

Sea cual fuese el motivo, su mensaje me resultaba bastante claro: si habían de tener éxito en el mundo de la globalización, sería como individuos solitarios en el escenario político mundial, no como representantes de su patria. Y esto, probablemente, ni siquiera sería en Marruecos.

En un encuentro internacional llevado a cabo en Alemania algunos años después, encontré a un joven y brillante profesor marroquí que enseñaba en una universidad estadounidense. Venía de una familia pobre del sur de Marruecos. Había sido elegido para recibir una beca del rey Hassan II para estudiar en el extranjero, pero nunca la había recibido a causa del clima de corrupción que dominaba el país. Algún burócrata había canalizado el dinero a otra persona, muy seguramente algún estudiante con buenas conexiones en el interior de la élite del país. Este joven profesor “lo había logrado” milagrosamente a través de un camino tortuoso, pero lo había hecho valiéndose de sí mismo. Era un marginado en su propio país, y no tenía intención alguna de regresar.

En el invierno del 2006 visité India por primera vez en mi vida. Al llegar a Bombay, uno de los principales símbolos del milagro económico indio, quedé fascinado por lo que pude ver. En el recorrido entre el aeropuerto y la ciudad pude recordar que

India tiene la clase baja más numerosa del mundo: en medio del tráfico incesante y ruidoso, la gente sin techo vivía al lado del camino. Y sin embargo, yo estaba impresionado por la intensa energía de la ciudad: Bombay parecía exhalar esperanza.

Suketu Metha, un escritor y periodista indio establecido en Nueva York, explica el espíritu que percibí durante aquella visita. Bombay, escribe Metha, es un lugar "donde no importa tu casta, donde una mujer puede comer sola en un restaurante sin ser acosada, y donde te puedes casar con la persona que tú elijas. Para los jóvenes de las aldeas indias, el llamado de Bombay no solo es el llamado del dinero, sino también el de la libertad".² Este inmenso ambiente de optimismo me dejó sorprendido. Los más pobres siguen entrando en torrentes a Bombay con la convicción de que incluso si no logran mejorar sus propias vidas, sus hijos o sus nietos tendrán mejores oportunidades.

El contraste entre los jóvenes ricos de Marruecos y los pobres de Bombay es asombroso. Mientras aquellos perciben la globalización como un desafío ya fracasado, estos, contra todas las probabilidades, la ven como una oportunidad.

Y ahora una tercera viñeta de otra ciudad. En julio de 2007 caminaba por las calles de Londres. Se cumplía un año exacto desde los ataques terroristas que habían sacudido a la ciudad en el 2006. Sentía que el recuerdo de estos eventos estaba bastante presente en las mentes de la gente. Iba tarde a mi cita, así que me subí al "tubo" (el sistema subterráneo de trenes de Londres); la atmósfera de tensión allí era palpable. ¿Dónde y cuándo tendría lugar el siguiente ataque terrorista? Los pocos viajeros se pasaban revista mutuamente con desconfianza. En una de las estaciones, una chica con un velo que le cubría casi

² Metha, Suketu. "Mumbai, My Mumbai". En: *International Herald Tribune*, julio 17 de 2007.

todo el rostro se subió al vagón cargando una maleta pesada y entonando lo que sonaba como una oración. Se sentó enfrente de mí. Pensé de repente que había llegado mi hora. Yo *sabía* que esta chica se iba a autoinmolar allí mismo. Un escalofrío recorrió mi espalda. Apenas si podía respirar. En la siguiente estación salí rápidamente del tren. No fui el único, pues el miedo había invadido a casi todo el resto de pasajeros.

La chica se quedó sola en el vagón. Su soledad reflejaba nuestra combinación de miedo y prejuicio. Su velo no solamente protegía su "virtud"; también la había aislado al producir frente a nuestros ojos una especie de halo de terror que la rodeaba como un campo minado andante.

Así que aquí me hallaba yo: en la capital financiera del mundo, una ciudad animada y próspera y —al menos ese día— una ciudad avasallada por el miedo.

Humillación en Ifrane, esperanza en Bombay, miedo en Londres. ¿Qué se oculta tras estas tres viñetas y las diferentes emociones que ellas ilustran? ¿Representan acaso tendencias características culturales de regiones particulares y poblaciones del mundo actual? Si este es el caso, ¿cómo pueden estas emociones influir sobre los conflictos políticos, sociales y culturales que atraviesan el planeta? Llevo años debatiendo conmigo mismo acerca de este tipo de inquietudes.

Hubo un tiempo cuando los estudiantes de asuntos internacionales pasaban por alto la importancia de las emociones. La política global era un campo reservado a una casta especial de profesionales, la mayoría de ellos aristócratas europeos, que entendían la política internacional como un juego de ajedrez. Se partía del supuesto de que los Estados y los gobiernos actúan racionalmente. Había que dejar de lado las emociones, pues ellas introducían cierta irracionalidad adicional en un mundo que ya de por sí se encontraba en un estado natural de desorden. Era

entonces necesario contener y organizar las emociones a través de acuerdos internacionales diseñados para darle algún tipo de estructura a un mundo indócil. Así, la Paz de Westfalia de 1648, producto del primer gran congreso internacional de la historia, finalizó la Guerra de los Treinta Años y estableció un acuerdo europeo que habría de mantener a raya las pasiones, en este caso el fervor religioso.

Pero claro, no es fácil contener las emociones. Explotaron una vez más, con gran ímpetu, en la Revolución Francesa en el año 1789, pero fueron reprimidas de nuevo a través del Congreso de Viena de 1815, que puso fin a la aventura napoleónica. Habrían de regresar durante las revoluciones populares de 1848.

Entre la Revolución Rusa de 1917 y la caída del Muro de Berlín en 1989, las ideologías remplazaron las pasiones nacionales. Incluso sería posible hablar del siglo xx como "la era de las ideologías". El final de esta era llevó al historiador Francis Fukuyama a concluir —de modo prematuro, por cierto— que la historia misma había llegado a su fin.³ Un error comprensible. Al fin y al cabo, la historia había sido dirigida por el conflicto ideológico durante varias generaciones. Dado que uno de los bandos del principal conflicto de esa era había colapsado, ¿no era natural suponer que la lucha que constituye la historia misma también habría de llegar a su fin?

Lo cual, por supuesto, no ocurrió. Como veremos, hoy en día la búsqueda de identidad por parte de personas que no están seguras de quiénes son, de su lugar en el mundo y de sus perspectivas de un futuro con sentido, ha reemplazado las ideologías como el motor de la historia. Esto ha llevado a que las emociones tengan hoy, más que nunca, importancia en un

3 Fukuyama, Francis. *The End of History and the Last Man*. Nueva York: Free Press, 1992. [Trad. castellana: *El fin de la historia y el último hombre*. Madrid: Editorial Planeta, 1992.]

mundo en que los medios de comunicación desempeñan el papel de caja acústica y lupa.

A pesar de todo, en un sentido más amplio, las emociones—sean estas religiosas, nacionales, ideológicas o incluso simplemente personales—siempre han importado. A lo largo de los siglos *xxx* y *xx*, las emociones han estado presentes en la política. Incluso el filósofo Immanuel Kant interrumpió su trabajo en Königsberg el día de la batalla de Valmy, en 1792, cuando los ejércitos de la Revolución Francesa vencieron a la coalición de aliados que luchaba por defender el *Ancien Régime*—uno de solo dos eventos que supuestamente perturbaron la célebre y rígida autodisciplina de Kant (el otro, cuenta la leyenda, fue la publicación de *Du contrat social* de Rousseau en 1762)—. Los movimientos totalitarios del siglo *xx* fueron *apasionadamente* ideológicos. Si no reconocemos la influencia crucial de las emociones, que parecen controlarnos más a nosotros que nosotros a ellas, es sencillamente imposible comprender el curso de la historia.

En este libro he decidido concentrarme en tres emociones primordiales: el miedo, la esperanza y la humillación. ¿Por qué precisamente estas tres? ¿Por qué no la ira, el odio, el resentimiento, la venganza, el amor, el honor, la solidaridad...? La razón por la cual he elegido estas tres emociones es que ellas están estrechamente ligadas a la noción de *confianza*, que es el factor determinante de la forma en que las naciones y los pueblos encaran los retos con que se topan y se relacionan entre sí.

El miedo es la ausencia de confianza. Si tu vida está dominada por el miedo, vives preocupado por el presente y esperas que el futuro se vuelva incluso más amenazante. La esperanza, por el contrario, es una expresión de confianza; está basada en la convicción de que el día de hoy es mejor que el de ayer, y que mañana será mejor que hoy. Y la humillación es la confianza herida de aquellos que han perdido la esperanza en el mañana;

tu falta de esperanza es culpa de aquellos que te han lastimado en el pasado. Cuando el contraste entre tu pasado idealizado y glorioso y tu presente frustrante es demasiado agudo, la humillación prevalece.

Si se quisieran resumir estas tres emociones a través de tres fórmulas, se podría decir que la esperanza es "Quiero lograrlo puedo lograrlo, lo voy a lograr"; la humillación es "Jamás podré lograrlo", y puede llevar a "Ya que no me puedo unir a ti, intentaré entonces destruirte"; y el miedo, "Dios santo, el mundo se ha convertido en un lugar peligroso. ¿Qué me protegerá de él?".

Estas tres emociones expresan el nivel de confianza en sí mismo. La confianza es tan vital para las naciones y las civilizaciones como lo es para los individuos, pues ella nos permite protegernos en el futuro, explotar, e incluso trascender nuestras capacidades. La confianza (que no es lo mismo que el orgullo desmedido) es uno de los componentes más importantes de la salud mundial.

Uno se puede preguntar: ¿pero cómo ha de medirse una cualidad abstracta como la "confianza" a nivel nacional? Hay distintos modos de hacerlo. La confianza puede ser medida de forma tanto objetiva como subjetiva. Algunos de sus indicadores parecerán a primera vista algo triviales. Por ejemplo, en el mundo actual, donde los deportes transmitidos por los medios se han convertido en el equivalente de una religión secular, el triunfo en el campo de juego puede levantar la moral de un pueblo y tener un impacto calculable sobre la confianza nacional. Consideremos por un momento el impacto de la victoria del equipo estadounidense de hockey sobre hielo, "Miracle on Ice", sobre la Unión Soviética en los Olímpicos de 1980, o los ejemplos europeos más recientes de la victoria francesa en el mundial de fútbol en 1998 y el triunfo español en la Eurocopa en 2008. Cuando el equipo de un país obtiene una victoria a

nivel global, los ciudadanos se sienten "en la cima del mundo", unidos de forma colectiva con el equipo nacional.

La confianza nacional se puede expresar en la arquitectura, el arte o la música. Pensemos, por ejemplo, en la pintura holandesa del siglo xviii, el arte de una época dorada que reflejaba el orgullo por lo que la clase media de mercaderes de los Países Bajos había logrado a nivel económico, social y político. Pensemos en la música de Purcell, que celebraba la gloria de la Inglaterra posrevolucionaria.

Hablando en términos más objetivos, la confianza puede ser calculada por los llamados "indicadores de confianza", que miden científicamente el nivel de confianza de una población respecto a su propio futuro a través de sus patrones de gasto. La confianza también se expresa a través de los niveles de inversión. Por ejemplo, el actual resurgimiento de la confianza nacional en la antigua Unión Soviética está indicado por el hecho de que los rusos han vuelto a invertir su dinero en su propio país.

Los índices de natalidad son un indicador aun más complejo. El progreso económico y social resulta a menudo en un individualismo cada vez mayor, que a su vez puede llevar a una reducción de los índices de nacimientos, fenómeno acompañado de un aumento de la prosperidad. Pero la desesperanza social y económica también pueden causar un declive en los índices de natalidad, lo cual refleja la ausencia de esperanza y no prosperidad.

En geopolítica, la confianza puede expresarse a través de acuerdos entre los Estados. Desde este punto de vista, las medidas para promover la confianza mutua que China e India impulsaron a inicios de los años noventa reflejan un aumento de esperanza de los dos gigantes asiáticos.

Por supuesto, las emociones —incluidas la humillación, la esperanza y el miedo— aparecen por lo general mucho más

entrecruzadas que lo que mis viñetas ilustran. El miedo nunca está demasiado lejos de la esperanza, y no hay que excavar demasiado hondo para hallar la humillación detrás del miedo y acaso también de la esperanza.

Este libro refleja la aventura personal de un hombre "apasionadamente moderado" que ha dedicado su vida al estudio de las relaciones internacionales. He llegado a la convicción de que las visiones simplistas del mundo –sean estas exageradamente positivas, como la celebración del "triumfo de la democracia" de Fukuyama, o extremadamente negativas, como el "choque de civilizaciones" de Samuel Huntington⁴–, son sencillamente peligrosas. Por ese motivo, este libro no pretende ofrecer una teoría global total. En lugar de eso, busca proporcionar un correctivo a las visiones simplistas que tienden a dominar la mayoría de los discursos tradicionales. Se trata, pues, de la mezcla de emociones y matices de gris que caracterizan a nuestro mundo.

Desde luego no estoy solo en mi énfasis de la importancia de las emociones. Desde Platón hasta Hobbes, desde Kant hasta Hegel, los filósofos siempre han hecho énfasis en el papel y la influencia del concepto clásico de "pasión", opuesto a la noción marxista de interés de clase, donde los individuos interactúan solo en función de su estatus social y económico. Este, sin embargo, no es un libro sobre la historia de las emociones. Es un ensayo sobre la globalización y la necesidad de confrontar emociones con el fin de comprender nuestro mundo en cambio; un intento, se podría decir, de comprender la globalización en un modo emocional.

Estoy en deuda con mis mentores intelectuales, Stanley Hoffmann de Harvard y Pierre Hassner en París. Ambos hicieron

4 Huntington, Samuel P. *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. Nueva York: Simon&Schuster, 1996. (Trad. castellana: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós, 1997.)

énfasis en sus obras sobre la influencia de las emociones en geopolítica. Los dos fueron profesores míos antes de que me convirtiera en su colega y su amigo, y, como yo, ambos son discípulos de Raymond Aron. A través de varios de sus ensayos, Pierre Hassner me ha abierto los ojos ante la complejidad del mundo y los peligros de la simplificación,⁵ mientras que Stanley Hoffmann, el maestro más tolerante y generoso que he tenido, me ha apoyado en mi profunda convicción de que es realista ser moral.⁶

No obstante, mi enfoque en este libro es distinto al suyo. Es mucho más impresionista y global, hace un uso deliberado de anécdotas personales y artísticas y de referencias culturales. Es una empresa mucho más personal, en la que he intentado expresar mis propios pensamientos y emociones mientras exploro el impacto de las emociones humanas sobre los grandes eventos que se desarrollan en el mundo que nos rodea. Confío en que las observaciones que ofrezco aquí encuentren resonancia en el lector, quien, a su vez, habrá de desarrollar a partir de ellas una comprensión más profunda de las tendencias que modelan nuestro mundo actual y de la forma en que podemos responder efectivamente a ellas.

5 Hassner, Pierre. *Violence and Peace: From the Atomic Bomb to Ethnic Cleansing*. Nueva York: Central European University Press, 1997.

6 Hoffmann, Stanley. *Duties Beyond Borders: On the Limits and Possibilities of Ethical International Politics*. Nueva York: Syracuse University Press, 1981. Ver también: Hoffmann, Stanley, Robert C. Johansen, y James P. Sterba. *The Ethics and Politics of Humanitarian Intervention*. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, 1996.

GLOBALIZACIÓN, IDENTIDAD Y EMOCIONES

En esta era de globalización, las emociones se han vuelto indispensables para comprender la complejidad del mundo en el que vivimos. Amplificadas por los medios de comunicación, reflejan la globalización y reaccionan frente a ella, y de este modo influyen sobre la geopolítica. Sin duda la globalización –para usar la famosa metáfora del periodista Thomas Friedman– ha hecho al mundo “plano”,⁷ pero también lo ha vuelto más apasionado que nunca.

En breves momentos examinaremos las razones para esto. Pero antes debemos aclarar la naturaleza misma de la globalización, ya que son muchas las personas que parecen entender este concepto de manera equivocada. En su libro *The Lexus and the Olive Tree*, Friedman define la globalización como la estructura internacional que reemplazó aquella imperante durante la Guerra Fría.⁸ A diferencia del sistema de la Guerra Fría, la globalización no es un proceso estático sino uno dinámico y en curso, que comprende la integración inexorable de los mercados, los Estados nacionales y las tecnologías a un nivel nunca antes visto, lo que permite a los individuos, las corporaciones y los países

7 Friedman, Thomas. *The World is Flat. A Brief History of the Twenty-First Century*. Nueva York: Farrar Straus Giroux, 2005. [Trad. castellana: *La Tierra es plana. Breve historia del mundo globalizado en el siglo XXI*. Madrid: Martínez Roca, 2006.]

8 Friedman, Thomas. *The Lexus and the Olive Tree*. Nueva York: Farrar Straus Giroux, 1999, p. 7-8.

darle la vuelta al mundo (en sentido figurado) de un modo más amplio, rápido, profundo y barato que antes. Este mismo proceso está dando pie a una reacción violenta y poderosa por parte de aquellos que el mismo sistema ha brutalizado o dejado atrás.

Para muchas personas, en especial para los críticos de este proceso, la "globalización" equivale a "americanización". La propagación de la influencia política, económica y cultural estadounidense se remonta como mínimo a la Segunda Guerra Mundial, pero ganó nuevas fuerzas después de la caída del imperio soviético en 1991. Tras ella, Estados Unidos se convirtió en la única superpotencia mundial. Así pues, la creciente unificación de las economías y las culturas del mundo significa, en efecto, una unificación en términos estadounidenses. A raíz de esto, las protestas contra la globalización, que hoy en día se refuerzan como consecuencia de la actual crisis financiera y económica, combinan sentimientos antiestadounidenses con críticas al capitalismo en exigencia de igualdad, un mercado libre y un desarrollo sostenible.

Sin embargo, si miramos las cosas de cerca, resulta claro que equiparar globalización y americanización es una actitud simplista. En realidad, mientras la influencia cultural de los Estados Unidos a lo largo y ancho del planeta invade cada rincón de nuestras vidas de modo inaudito, económicamente Occidente está siendo superado por Asia. La etapa actual de la globalización refleja el advenimiento del continente asiático, lo que resultará en el desplazamiento del poder económico del mundo occidental americanizado a China e India.

Así, la globalización puede ser vista como la combinación de dos fenómenos dispares. Estos pueden ser descritos, bien como fenómenos contradictorios, bien como complementarios. Por una parte, somos testigos del impacto mundial de la americanización cultural. El economista francés Daniel Cohen cree

que la reducción gradual de las tasas de natalidad en el hemisferio sur es un resultado directo de la popularidad de las series de televisión estadounidenses: las familias con dos hijos se har vuelto el ideal universal.⁹ Pero, por otra parte, el ascenso económico de Asia está llevando a su fin el monopolio del modelo occidental. El predominio occidental en el planeta, que se inició con el nombramiento del Raj en la India a mediados del siglo xviii y el declive de la China a comienzos del siglo xix, y culminó en las primeras décadas del siglo xx, parece acercarse a su fin. Esto no sorprende a los historiadores de los imperios, que saben bien que el ascenso y la caída de estos responden a un patrón cíclico.

Esto lleva a una situación de "pluripolaridad asimétrica": los actores claves en el escenario global no solo no están en igualdad de términos respecto a su poder y su influencia; también sus visiones del mundo se diferencian dramáticamente. Mientras los Estados Unidos y Europa aún se acercan a los temas globales de una manera normativa, basada en la creencia en valores universales, China e India, y ahora la Rusia poscomunista, parecen estar menos interesadas en lo que el mundo se pueda convertir que en sus propias posiciones de poder dentro de él. (Así, por ejemplo, la riqueza rusa proveniente del petróleo y el gas no pretende contribuir a la mejora de las condiciones de vida en el planeta, sino restablecer la fuerza y legitimidad de Rusia en el sistema internacional.)

Un acercamiento pragmático de este tipo es evidente en la percepción que China tiene de Singapur. Aquella ciudad-Estado, con su fusión de valores confucionistas y un despotismo ilustrado al estilo del siglo xviii, ha desempeñado un papel central

9 Cohen, Daniel *Three Lessons on Post-Industrial Society*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 2008 (original francés: 2006). [Trad. castellana: *Tres lecciones sobre la sociedad postindustrial*. Madrid: Katz, 2007.]

en la evolución de la China moderna. Cuando en febrero de 1978 el entonces nuevo líder chino Deng Xiaoping hizo una visita diplomática a Singapur, no pudo reconocer el "hasurero lleno de mosquitos" que recordaba de los años veinte. Apenas una década tras su independencia en 1965, Singapur ya se había convertido en una ciudad próspera, que había adoptado un sistema capitalista bajo la guía firme pero ilustrada de Lee Kuan Yew. Libre de una estrecha visión económica socialista, Lee Kuan Yew dijo a Deng Xiaoping que los herederos de los antiguos mandarines del Imperio del Medio deberían ser capaces de un mejor desempeño económico que los descendientes de campesinos pobres chinos del sur. Y justamente esta ha sido la visión más amplia que Deng y el resto de los líderes chinos han impuesto.

Para China, este enfoque pragmático ha tenido muy buenos resultados. El extraordinario progreso económico del país se ha alcanzado sin democracia, incluso sin la validez del principio de legalidad.

Mientras tanto, en el resto del mundo la democracia ha sufrido un peligroso devalúo a través del uso inflacionario de la palabra por parte de la administración de Bush en su intento por justificar las ambiciones geopolíticas de los Estados Unidos. El contraste entre el ideal democrático y la realidad de las prácticas democráticas en demasiados países occidentales (y también no occidentales) puede explicar en parte el desplazamiento de poder de los Estados Unidos a Asia antes descrito.

Si las democracias pierden su fe en el modelo democrático, y si los regímenes autócratas reciben apoyo en sus prácticas antidemocráticas de la combinación de crecimiento económico acelerado y estabilidad política, el que más sufre a través de esta evolución es, a fin de cuentas, el mundo occidental. Menos de veinte años atrás, durante el periodo que siguió a la caída del

Muro de Berlín, Occidente gozaba de una sensación de supremacía gracias a sus valores democráticos, que compensaban con creces el hecho de que países como la recién unificada Alemania no estuvieran cosechando éxitos económicos. Pero hoy en día, la esencia democrática del mundo occidental ya no compensa el mal desempeño económico. Quizá las emociones hayan regresado al centro del escenario internacional en parte porque Occidente ya no puede fiarse de sus valores ni de su decadente supremacía económica, y por lo tanto reacciona frente a los cambios globales con cierta amargura y deseo de proteger su precioso mundo cerrado de las fuerzas hostiles.

Pero la razón principal de que el mundo globalizado de hoy sea tierra fértil para el florecimiento, o incluso la explosión, de las emociones es que la globalización causa inseguridad y plantea la cuestión de la identidad. Durante el periodo de la Guerra Fría, nunca hubo una razón para preguntarse "¿Quiénes somos?" La respuesta era palpable en cualquier mapa que representara los dos sistemas adversos que pretendían dividir el globo entre ellos. Pero en un mundo en cambio constante y sin fronteras la cuestión es relevante e intensa. La identidad está íntimamente ligada a la confianza, y esta, a su vez (o mejor, la falta de confianza), se expresa a través de emociones, en particular el miedo, la esperanza y la humillación.

Económicamente, la globalización puede ser definida simplemente como la integración de actividades económicas a través de las fronteras gracias a los mercados. Según el magnífico análisis de Martin Wolf,¹⁰ las fuerzas impulsoras de la globalización son los cambios tecnológicos y políticos que reducen los costos de transporte y de comunicación, y producen una mayor confianza

10. Wolf, Martin. *Why Globalization Works*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2004.

en las fuerzas de los mercados. Pero este flujo libre de bienes en términos económicos implica, en términos políticos, el libre flujo de emociones, incluyendo tanto emociones positivas (ambición, curiosidad, deseo de expresión personal) como negativas entre las que se cuentan las pasiones de cólera que llevan a odio entre naciones, religiones y grupos étnicos. De este modo el terrorismo se ha convertido en el rostro oscuro y trágico de la globalización.

No pretendo sostener que el terrorismo contemporáneo sea un resultado directo de la globalización. Los terroristas siempre han cruzado fronteras en búsqueda de sus objetivos (de forma notable durante el siglo XIX en Europa), y el terrorismo de Al-Qaeda tiene sus orígenes en la situación política particular del Medio Oriente, que es anterior e independiente de la globalización. Pero sí hay algo nuevo en las estrategias y las tácticas de los terroristas: el impacto de las revoluciones de las comunicaciones y el transporte, junto con la revolución de los medios (incluyendo Internet), los cuales se han convertido en cajas acústicas del mensaje terrorista. Las nuevas tecnologías han creado un mundo donde, para adaptar las palabras de Churchill, "nunca antes algunos pocos habían podido hacer tanto daño a muchos".

En un mundo en el que Occidente ya no posee el monopolio de los medios, los eventos y los conflictos pueden ser reportados desde una multitud de perspectivas. Por ejemplo, la invasión del Líbano por parte de Israel en el verano del 2006 parecía dos guerras completamente distintas dependiendo de si uno veía el cubrimiento en Al-Jazeera o en la CBS. En el mundo de hoy, cada persona tiene acceso no solamente a información continua sino a un despliegue de emociones. Ahora que las series de televisión estadounidenses llegan a cada rincón del mundo y se han convertido casi en un marco universal de referencia, los pobres

¿cómo viven los ricos y viceversa. Como resultado, se ha vuelto cada vez más difícil para los ricos ignorar el mundo de los pobres, de cuya ira son testigos en las noticias de la noche. Mucha gente pobre arriesga sus vidas cruzando océanos y trepando barreras protectoras a fin de entrar en el mundo de los ricos. Otros, que se han quedado en casa, desarrollan un odio pertinaz hacia la sociedad de consumo que ignora su destino.

Después del 11 de septiembre, el hermano de uno de los terroristas de Al-Qaeda que había sido encarcelado antes de que pudiera unirse con los otros diecinueve suicidas fue entrevistado en la televisión francesa. Describió a su hermano como un hombre joven que "quería triunfar en la cima de Wall Street o convertir en cenizas un mundo que se negaba a abrirle un lugar". Una afirmación así sería imposible si Wall Street y el Medio Oriente islámico aún ocuparan mundos distintos, como lo hicieron alguna vez.

En un mundo transparente, los pobres ya no ignoran el mundo de los ricos, y los ricos han perdido el privilegio de la ceguera. Pueden elegir ignorar las tragedias del mundo subdesarrollado, pero se trata de una decisión que deben tomar de modo consciente y, cada vez más, bajo su propio riesgo. "Actuar o no actuar", solía decir el teólogo Dietrich Bonhoeffer. Hoy en día, no intervenir para aliviar los sufrimientos del mundo es ya una forma de intervención.

La globalización ha creado un proceso de "benchmarking (o referencia) universal" que hace a Occidente cada vez más vulnerable. Esto es evidente, incluso en comparación con la era de la Guerra Fría, con su omnipresente amenaza de aniquilación nuclear, una amenaza menos difusa y más visible y, por tanto, en retrospectiva, más manejable y quizá "tranquilizadora". Cuando Oriente y Occidente se enfrentaban uno al otro a través de un muro metafórico (que se volvió realidad en Berlín), el enemi-

go era singular, fácil de identificar y capaz de ser analizado, disuadido; y siempre existía la posibilidad de negociar con él. Ahora todo esto ha cambiado y el enemigo proviene no solo de un dominio cultural y religioso completamente distinto, sino aparentemente de una *era* por completo distinta, de referencias históricas y políticas premodernas.

La privatización de la violencia a través del terrorismo, el hecho de que cada vez más conflictos sean internos y no externos (guerras civiles en vez de conflictos internacionales), la naturaleza visible de la amenaza terrorista y la multiplicación de amenazas no políticas como la pandemia universal y el cambio climático: todos estos factores han contribuido a un sentimiento de inseguridad, vulnerabilidad y miedo. Actualmente, en Occidente vivimos con un tipo de aprehensión que puede ser formulada de este modo: ¿Qué mundo van a heredar nuestros hijos? ¿Llevará acaso la combinación de tendencias demográficas espectaculares —que resultarán, según las proyecciones, en un mundo de nueve mil millones de personas en el año 2050— y la escasez de energía, agua y otras comodidades a tensiones planetarias e incluso a guerras por la mera supervivencia?

Si el siglo *xx* fue el "siglo estadounidense" y el "siglo de la ideología", creo que hay evidencia fuerte para pensar que el *xxi* será el "siglo asiático" y el "siglo de la identidad". Los desplazamientos paralelos de ideología a identidad y de Occidente a Oriente evidencian que las emociones son ahora más importantes que nunca de cara al modo en que vemos el mundo.

En la atmósfera ideológica del siglo *xx*, el mundo fue definido por modelos políticos conflictivos —socialismo, fascismo y capitalismo—. En el mundo actual, la ideología ha sido reemplazada por la lucha por la identidad. En la era de la globalización, donde todo y todos están conectados, es importante afirmar la propia individualidad: "Soy único, soy diferente y, si es necesario, estoy

dispuesto a luchar a fin de que reconozcas mi existencia". Un eslovaco no es un checo, un ciudadano de Montenegro no es un serbio. En un mundo dominado por la identidad, nos definimos menos a través de nuestras creencias e ideas políticas que a través de la percepción de nuestra esencia, por la confianza que ganamos gracias a nuestros logros y el respeto que recibimos de otros, o por su falta de respeto.

En esta percepción de nuestra propia esencia, las emociones entran en juego ligadas tanto a la forma en que vemos a los otros como ellos a nosotros. Las emociones son al mismo tiempo la imagen en el espejo y el ojo de la persona que observa esa imagen. Las emociones son recíprocas, como lo ilustra el caso particular de las mujeres musulmanas bien educadas que eligen usar el velo en Occidente, lo que provoca una cascada de emociones propias y ajenas relativas a su identidad y sus motivos. Le temes a alguien, te sientes humillado por alguien y, en el caso de la esperanza, incluso te sientes inspirado por el éxito de alguien. Estas emociones entrelazadas e interdependientes son la clave para comprender nuestro mundo, dominado por la pregunta por la identidad.

El miedo, la humillación y la esperanza pueden entonces ser vistas como ingredientes tan naturales y vitales para el ser humano como los tres componentes de la sangre: las células rojas, las blancas y el plasma. Todos necesitamos de estos tres elementos para vivir de modo saludable. Pero la salud depende del balance adecuado entre ellos. Tener demasiado o muy poco de alguno de los tres componentes es nocivo para el balance del cuerpo y, a largo plazo, para su salud. Así mismo, un balance emocional es vital para la "salud del mundo".

Las dos "pasiones" (emociones) que más interesaron al filósofo holandés del siglo XVII, Baruch Spinoza, eran la esperanza y el miedo, pues las dos se refieren a la incertidumbre respecto

a lo que el futuro nos depara. Y no obstante, las dos son necesarias para la vida. El miedo es necesario para la supervivencia, y la esperanza inflama y aviva el motor de la vida. Incluso la humillación en pequeñas dosis puede estimularnos a hacer las cosas mejor, especialmente si es causada por un amigo cuyo rendimiento en el deporte o la profesión es mejor que el nuestro, o un país amigo que se desempeña mejor en los negocios. Pero la humillación deliberada, sin esperanza, es destructiva, y también demasiado miedo, demasiada humillación, con poca esperanza, constituye la más peligrosa combinación social posible, pues produce la mayor inestabilidad y las tensiones más penetrantes.

El mapeo de las emociones

Todos podemos estar de acuerdo en que las emociones desempeñan un papel importante en el comportamiento humano. Incluso podemos estar de acuerdo en que los conflictos emocionales causados por conflictos de identidad en el mundo globalizado de hoy en día parecen tener un impacto significativo sobre la geopolítica. ¿Pero cuál es la conexión específica, concreta, entre las emociones y el conflicto geopolítico? ¿Es posible ir más allá de las generalizaciones acerca de las emociones para ver patrones de comportamiento reales que nos ayuden a explicar lo que sucede en el escenario global?

Yo creo que esto es posible y que el *mapeo de las emociones* es un modo de reconocer aquellos patrones. Tal mapeo implica reunir elementos tan diversos como encuestas de la opinión pública (cómo se siente la gente acerca de sí misma y de su futuro), las declaraciones de los líderes políticos y productos culturales como películas, obras de teatro y libros. La arquitectura es especialmente significativa, pues refleja la forma en que

una sociedad decide proyectarse a sí misma en el espacio en un momento determinado. A través de indicadores de este tipo, es posible acercarse a las emociones –uno de los temas más subjetivos que existen– y estudiarlas de modo objetivo, quizá incluso “científico”.

El mapeo de recursos o intereses es, por supuesto, mucho más familiar para nosotros que el mapeo de las emociones. De hecho, durante algún tiempo la geopolítica se basó en la creencia en el determinismo absoluto geográfico: la convicción de que el comportamiento de las naciones y los imperios está dictado por su geografía. Un poder marítimo como Gran Bretaña necesariamente tenía que comportarse de modo diferente a un poder continental como Rusia. En manos de ciertos pensadores geopolíticos influyentes de la primera mitad del siglo xx, esta noción sufrió una simplificación exagerada. En su peor manifestación, bajo la ideología del *Lebensraum* de Hitler, la geopolítica incluso contribuyó a la destrucción de Europa en la Segunda Guerra Mundial, al alentar a los estadistas a considerar el control de territorio tan importante como para justificar que una nación emprendiera una guerra global.

Hoy en día, la mayoría de los estudiantes de Historia reconocen que si bien la geografía tiene un papel relevante, no es el único factor determinante, como se pensó alguna vez. En la Francia del siglo xvi, el filósofo Jean Bodin desarrolló una teoría del clima que aún nos resulta útil.¹¹ Los regímenes políticos aún son en parte influidos por consideraciones climáticas y geográficas. La llamada ética protestante parece ejercer una influencia mayor en países fríos que en climas calientes y húmedos. Pero Singapur parecería ser un perfecto contraejemplo,

11 Bodin, Jean. *Los Seis Libros de la República*. París, 1576. [Trad. castellana: *Los seis libros de la República*. Madrid: Tecnos, 2006.]

donde la humedad y la ética del trabajo no son incompatibles. Como cualquier otra forma de determinismo, el determinismo geográfico fracasa a la hora de reflejar las realidades complejas del comportamiento humano.

Así pues, si hemos de aplicar la idea básica de que la geografía influye sobre el comportamiento del mundo emocional, debemos evitar las simplificaciones y cualquier forma rígida de determinismo, ya que los dos son riesgos usuales de aquella forma de acercamiento al problema. Pero si no integramos las emociones a nuestro análisis del mundo, corremos el peligro de ignorar un aspecto fundamental de la vida política.

Por ejemplo, no podemos empezar a comprender el conflicto palestino-israelí sin apreciar su dimensión emocional. Se trata, claramente de un conflicto por tierras, seguridad, prosperidad y soberanía, pero no hay duda de que también está cargado de emociones. Un líder de la élite palestina me ofreció alguna vez esta descripción memorable de la forma como su gente se sentía:

-Es como si estuvieras caminando por las calles de la ciudad donde naciste. De repente, por encima de tu cabeza, escuchas una ventana que se abre y alguien lanza desde allí a un ser humano que te aplasta cuando cae el suelo.

El transeúnte desafortunado es el palestino; la persona responsable de lanzar el cuerpo por la ventana es el europeo, y su víctima, que a su vez se convierte en victimario del palestino, es el judío israelí.

Sin duda, los hijos de supervivientes del Holocausto encontrarán esta interpretación del conflicto entre palestinos e israelíes difícil de aceptar. Pero deben tenerla en cuenta si quieren comprender la posición, los motivos y las preocupaciones del adversario con quien tienen que convivir.

¿Cómo reconciliar a dos pueblos con paisajes emocionales tan diversos, si lo que uno de ellos considera el milagro de un renacimiento, es para el otro la *naqbab*, la catástrofe de la derrota y la opresión? Mientras para los israelíes su Estado es la manifestación legítima y necesaria de su carácter nacional, para los árabes es una demostración anacrónica del imperialismo occidental.

Considero que el conflicto palestino-israelí no solo es, por decirlo así, la "matriz" de las relaciones internacionales, sino también el encuentro arquetípico de dos de las emociones primarias que quiero describir en este libro: la humillación y el miedo. Una nación ha nacido en el seno de una tragedia única y absoluta, un pueblo ha sido aplastado y oprimido por una víctima cegada frente al sufrimiento de otros por la inmensidad de sus propias heridas físicas y psicológicas. Nada podría ser más emocional que este encuentro trágico que tiene lugar en un escenario mundial aún dominado por los sentimientos de culpa de un mundo europeo occidental dividido entre las memorias del antisemitismo y el colonialismo.

De quedarse sin una solución, el conflicto palestino-israelí bien podría convertirse en el epítome de la relación entre Occidente y el mundo árabe islámico en conjunto. Si Occidente no sale adecuadamente de este encuentro furioso entre humillación y miedo que se halla en la base del conflicto con los fundamentalistas árabes islámicos, estará condenado a la caída inexorable y a descender del centro de la historia a sus márgenes.

¿Y la esperanza? La encontré en Asia. Regresé de uno de mis varios viajes asiáticos, de Bombay a Singapur, convencido de que la brecha entre Asia y el resto del mundo es gigantesca y sigue creciendo. En el último Foro Económico Mundial en Davos, en enero de 2008, el contraste entre el sentimiento de fatalidad y

timiento de elasticidad y confianza demostrado por los asiáticos era asombroso. (Por supuesto, el hecho de que el gobierno líder occidental, el de Estados Unidos, sea hoy en día dependiente económicamente de vastas sumas prestadas por Oriente tiene sin duda que ver con la relativa confianza de los líderes económicos asiáticos.) El lema de ayer: "Cuando Estados Unidos estornuda, el mundo agarra un resfriado", parece haber sido reemplazado en Davos por una nueva fórmula: "Cuando a Estados Unidos le da neumonía, China e India apenas estornudan". Y si bien la crisis financiera que el mundo hoy experimenta también afectará a Asia, a medida que se profundiza, quizá también sea mayor la habilidad de los asiáticos para recuperarse, ampliada por el "excedente de esperanza" del que gozan sus habitantes.

Emociones vs. civilizaciones

Algunos observadores han afirmado que los conflictos actuales entre naciones pueden ser mejor explicados no a través de las emociones, sino de patrones culturales más amplios y profundos. Esta creencia fue articulada notablemente por Samuel Huntington en su famoso ensayo de 1993, donde sostenía que un "choque de civilizaciones" estaba por dominar la política mundial. Según esa teoría, la cultura, junto a los intereses nacionales y la ideología política, se ha convertido en uno de los principales parámetros geopolíticos. Huntington presenta una visión cíclica de la historia, empezando con las religiones y terminando en las civilizaciones, tras haber pasado del choque entre Estados a la oposición entre naciones, y de las naciones a las ideologías.

Siempre he tenido mis reservas acerca de la teoría de Huntington. Creo que en su búsqueda de un nuevo enemigo a fin de enfocar la política exterior de los Estados Unidos tras la caída

del imperio soviético, Huntington ha confundido peligrosamente las nociones de cultura en general —que incluye creencias y comportamientos sociales y religiosos— y de cultura política. ¿No creen acaso muchas personas en el mundo asiático en la aplicabilidad universal de valores y prácticas occidentales como la democracia? Si este es el caso (y lo es), ¿qué sucede con la idea de que las fronteras culturales son también fronteras políticas e ideológicas?

Por otra parte, tampoco parece haber señal alguna de aquella alianza contra Occidente entre Asia y el mundo islámico que Huntington predijo. Por el contrario, en la arena internacional India y China se comportan más como poderes satisfechos interesados en mantener el statu quo que como revolucionarios irrisponesables y peligrosos. China e India aceptan en gran medida el mundo tal como es. Los chinos se seguirán sintiendo cómodos con el statu quo internacional mientras puedan controlar y suprimir cualquier intento por desafiar su poder imperial (como en el caso del Tíbet), y mientras estén convencidos de que la marcha de asuntos mundiales se mueve a favor suyo. La idea difundida en los años noventa de que el pasado de Europa podría ser el futuro de Asia, y de que las batallas militares y la inseguridad se han trasladado de Europa occidental a Asia oriental, no ha sido confirmada por la realidad. Lo que se ha trasladado de Occidente a Oriente no es la guerra, sino el crecimiento económico.

Los verdaderos poderes revolucionarios del mundo actual son los dos antiguos rivales de la Guerra Fría: la Rusia de Putin y Medvedev y los Estados Unidos de George Bush. Y la naturaleza revolucionaria de estos regímenes no es impulsada por factores culturales, sino emocionales: el renovado sentimiento de confianza de Rusia y su recuperación de la humillación sentida tras la Guerra Fría, y el exceso de confianza estadounidense en el poder universal de su ideal demo-

crático y la fuerza única de su poderío militar. Un exceso de confianza que, de hecho, puede reflejar una profunda crisis de identidad. Con los Estados Unidos intentando cambiar el statu quo en Medio Oriente en nombre de la democracia, y con Rusia presionando para cambiarlo en el Cáucaso, en un intento por restaurar su propio estatus imperial, Estados Unidos y Rusia tienen más en común de lo que cualquiera de los dos está dispuesto a aceptar.

Nosotros y los Otros

Al enfocarme en las emociones deseo enfatizar una nueva realidad que puede ser resumida en términos muy simples: *en la era de la globalización, la relación con el Otro se ha vuelto más fundamental que nunca.*

Por ejemplo, en la Europa clásica de los siglos xvii y xviii existían tan pocos "Otros absolutos" que eran a menudo objeto de curiosidad, vistos como tema de conversación o como animales exóticos para ser coleccionados y exhibidos. Con la revolución del transporte, los Otros absolutos se volvieron cada vez más numerosos y fueron hechos un elemento relevante de nuestras aventuras económicas y militares. Los imperios coloniales empezaron a desempeñar un papel importante en las rivalidades europeas. Nos habíamos esforzado por "civilizar" a los Otros, y el tiempo había llegado donde podríamos usarlos directamente para nuestro propio beneficio. (Solo basta pensar en el número de tumbas norteafricanas o de africanos negros en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial en el este y el norte de Francia.)

Si bien en el siglo xix y en la primera mitad del xx el Otro no era ya una rareza, aún no se había convertido en el "Otro absoluto" que nos forzaba a cuestionar nuestras propias identidades

y a reevaluar nuestros modelos sociales y políticos. En la era de la Guerra Fría, el Otro absoluto del mundo occidental provenía del sistema comunista; en términos intelectuales y culturales se trataba de "la otra cara de Occidente". Hoy en día, en la era de la globalización, el Otro absoluto no solo proviene de una cultura distinta, no occidental, sino incluso, en cierto sentido, de un siglo distinto. Mezcla modos de pensar que nos recuerdan nuestra propia Edad Media con instrumentos tecnológicos del presente. Y este Otro no solamente evoca nuestro pasado de intolerancia religiosa y guerras; acaso encarna también nuestro futuro. Hasta hace poco, un individuo no occidental solo podía tener éxito en Occidente si se sometía al sistema occidental: estaba condenado al fracaso si decidía mantenerse fiel a sus tradiciones. Actualmente, cuando los occidentales dirigimos nuestra mirada hacia el Oriente, somos conscientes –no sin una sensación de molestia– de que quizá estemos vislumbrando nuestro propio futuro, un futuro sobre el cual ya no tenemos control alguno.

El ascenso de Asia como reto y el surgimiento del fundamentalismo como amenaza confrontan a Occidente con preguntas muy serias acerca de su propia identidad. En la era de la globalización, las relaciones con el Otro se han vuelto tan centrales que estamos forzados a redefinir nuestra propia esencia. ¿Quiénes somos? ¿Qué nos hace tan especiales y tan diferentes? Esta tarea resulta más dificultosa para los occidentales, acostumbrados a interpretar el mundo en categorías de "nosotros" y "ellos", que para un chino o un indio, quienes viven en mundos paralelos al suyo propio y otro dominado por occidente.

La mayoría de mis amigos asiáticos estudiaron en las mejores universidades occidentales. Poseen un conocimiento íntimo de nosotros y nuestra cultura. Por decirlo de algún modo, saben qué nos hace funcionar. En contraste con ello, el "lado asiático" de su personalidad sigue siendo un misterio para mí y para mi:

amigos occidentales. En Occidente, los expertos en cuestiones asiáticas siguen siendo muy pocos, usualmente limitados a su área de especialización, como el arte, la historia, los idiomas. Una renombrada especialista en temas japoneses de una de las principales universidades estadounidenses me hizo hace muchos años la siguiente confesión: mientras más *sabía* de la cultura japonesa, menos la *entendía* en realidad.

Así, la naturaleza híbrida de la identidad asiática parece ser capaz de adaptarse mucho mejor a un mundo en conflicto, y por ello de modo más provechoso, que la relativa homogeneidad occidental. Ya que en Occidente aún tendemos a percibirnos en el centro, nos hallamos más confrontados e incluso desestabilizados en el núcleo de nuestra identidad que los asiáticos. Ellos logran ser como nosotros sin por ello perder de vista su identidad.

Demasiados tonos grises: las dificultades del mapeo de las emociones

Otro de los retos que debe enfrentar la idea de que las emociones pueden ser la clave para comprender el conflicto global es la opinión de que las emociones son demasiado subjetivas, "suaves", de imposible definición. Esta actitud está íntimamente vinculada al actual espíritu cientificista, positivista, de los círculos académicos, en especial en el campo de las relaciones internacionales.

Puedo entender el atractivo de esta actitud. Mientras más complejo se vuelve el mundo, mayor es la tentación de analizar el sistema internacional a través del frío prisma del examen científico o pseudocientífico. El rechazo de aproximaciones "políticas" puede ser explicado desde una perspectiva ética: no quieres ser "corrompido" a través del contacto, incluso distante, con

lidades cotidianas, como la actual guerra en Irak. Pero esto o de aproximaciones corren el riesgo de perder su relevancia frente al mundo real. Las teorías de análisis cuantitativo, tan populares hoy en día en las facultades de relaciones internacionales de las más prestigiosas universidades del planeta, pueden consoladoras gracias a su nivel de abstracción. Pero ¿tiene realidad algún sentido negarse a examinar las grandes preguntas? (Según una métrica simple, la respuesta a esta pregunta "no". En muchas universidades, los estudiantes reaccionan a estas abstracciones con los pies: sencillamente abandonan las facultades.)

La verdad es que las realidades subjetivas, "suaves", son esenciales para comprender la geopolítica incluso en sus aspectos más rudimentarios.

Consideremos los mapas de la geografía física. Poseen una utilidad objetiva tranquilizadora. Los planos son verdes, las montañas de color marrón y los océanos azules. Claro que a veces la naturaleza cambia de modo más brutal que las realidades políticas. Tras un tsunami o un terremoto, las líneas de color de un mapa físico pueden modificarse dramáticamente, dando más espacio al azul donde antes había verde o marrón. Y el calentamiento del planeta sin duda está acelerando el ritmo de estos cambios naturales; Groenlandia ya posee nuevas islas que hasta hace poco eran consideradas parte de su masa continental.

En contraste, los mapas políticos y económicos no son reflejos objetivos de las realidades naturales, sino construcciones subjetivas, muchas veces incluso meros instrumentos en manos de los gobiernos. Israel no existe en la mayoría de los mapas europeos. Simplemente ha sido borrada, como las fotos de los soldados al régimen soviético en tiempos de Stalin. Judea y Samaria reemplazan a Cisjordania en los mapas israelíes. En los mapas turcos, Chipre aparece dividida por la mitad; en los

griegos aparece completa. El Golfo es árabe para Arabia Saudita y pérsico para Irán. No sería dificultoso seguir multiplicando ejemplos de este tipo.

Sin duda, datos como la demografía, el nivel de riqueza y los recursos energéticos pueden ser tratados de modo mucho más objetivo, incluso científico, pero este no siempre es el caso. Incluso las figuras pueden ser distorsionadas con propósitos políticos, como sucedió con los datos sobre la evolución demográfica de minorías religiosas en el Líbano o en Bosnia durante las guerras de Yugoslavia de los años noventa, o simplemente ocultadas, como las estadísticas sobre las expectativas de vida en la Unión Soviética en los años setenta.

El mapeo de regímenes políticos es incluso más delicado. En la Europa del *Ancien Régime*, los mapas seguían evolucionando en función de las guerras y las alianzas que surgían y desaparecían sucesivamente, y del crecimiento o la disminución de los imperios. Las naciones se formaban y se disolvían, como en el caso de Polonia, que desapareció como estado independiente por más de un siglo entre 1795 y 1918 tras ser dividida en tres entre sus rapaces vecinos.

En tiempos de la Guerra Fría, los mapas del sistema internacional poseían una simplicidad sedante. Apenas si cambiaron entre 1945 y 1989. Dos bloques se enfrentaban uno contra el otro; el resto lo conformaba el llamado mundo "no alineado". El bloque soviético por lo general se representaba en rojo; la alianza atlántica, en azul.

Desde el final de la Guerra Fría, los mapas políticos han vuelto a ser un tanto más difíciles de definir. En primer lugar, hemos experimentado una multiplicación de Estados, especialmente en Europa y en Asia central, como resultado de la desaparición de Yugoslavia o el final del imperio soviético y la reestructuración pacífica de países como Checoslovaquia y Alemania.

En segundo lugar, el criterio para la selección de colores es aún más complicado de determinar. Tras la desaparición de la Unión Soviética, ¿dónde debe ser ubicada Rusia? ¿En el Occidente europeo, lo cual probablemente tiene sentido desde una perspectiva cultural, o en el Oriente asiático, lo cual haría justicia a su cultura política y a sus tradicionales flirteos con el "despotismo oriental"? ¿Deben ser las democracias definidas únicamente en función de las características de sus procesos electorales, corriendo el riesgo de confundir "democracias no liberales" como Irán, con países de democracias establecidas, basadas en el principio de legalidad? Por el contrario, ¿deben ser la religión y la fe los criterios de la clasificación, con China y Europa bajo la misma categoría secular, y Estados Unidos, la India y el mundo islámico formando una especie de "bloque espiritual y religioso"? ¿Cuál es el valor de un mapa religioso cuando en un continente como Europa la práctica del cristianismo se encuentra en franca decadencia, a juzgar por el número de interesados en el camino del sacerdocio y la asistencia a la iglesia?

Es claro, pues, que incluso los factores "objetivos" tan apreciados por quienes pregonan una aproximación positivista a la historia son, a fin de cuentas, profundamente subjetivos.

Sin embargo, debemos reconocer que la labor del mapeo de las emociones es todo menos algo sencillo. Si incluso es cada vez más difícil dibujar los clásicos mapas políticos, el mapeo de las emociones puede parecer simple fantasía y acaso una ilusión peligrosa: una empresa superficial y potencialmente riesgosa basada en la subjetividad, la simplificación y una visión maniquea del mundo.

Incluso la idea de asociar colores con emociones es problemática. ¿Cuáles tendrían que ser los colores de las emociones? Los colores varían dependiendo de las culturas. ¿Debe ser verde la humillación, dado que este es el color del islam, y la expre-

sión corriente occidental de "estar verde de la envidia"? ¿Debe el miedo ser rojo y la esperanza azul, o debería ser al contrario? ¿Y cómo habría de afectar el discurso político estadounidense de Estados "rojos" y "azules" toda la ecuación? El color de la aflicción es negro en algunos países; en otros, blanco.

Se necesitaría el genio de un gran artista para capturar las sutiles variaciones y los matices cromáticos que caracterizan el mundo de las emociones. E incluso Turner o Monet considerarían imposible tal cometido, especialmente en el complicado mundo actual.

Otra razón para la dificultad relacionada con el mapeo de las emociones es la creciente "relatividad geográfica" en nuestra era global. Para muchos, la geografía no es más algo preexistente, sino una cuestión de elección. Consideremos el caso de los Emiratos Árabes Unidos. En términos geográficos, se hallan claramente situados el Medio Oriente. Pero en términos psicológicos, económicos y emocionales se hallan en Asia. Gracias, entre otros factores, a su combinación única de enormes recursos energéticos y pequeñez geográfica y demográfica, ya forman parte de la cultura de la esperanza de forma consciente y deliberada. Su modelo es clara y abiertamente Singapur. Dubai compite con Malasia por poseer los edificios más altos del mundo. Aquellas torres de optimismo que tocan el cielo pretenden ser, y son, una declaración manifiesta de confianza en una región marcada por el retraimiento y la violencia.

Sin duda, el precio de la cultura de esperanza para unos pocos afortunados en Dubai son las miserables condiciones de vida de aquellos que hacen aquel viraje geográfico y psicológico posible. ¿Pero viven estos trabajadores, la mayoría de ellos inmigrantes, peor que los millones de desempleados que los rodean? Al menos pueden alimentar a las familias que han dejado en sus países de origen. En términos generales, los logros de los

emiratos merecen respeto. Representan testimonios importantes de la fuerza de voluntad humana, así como la evidencia de que el islam y la modernidad son compatibles.

Si gracias a un mágico y divino proceso de levitación el Estado de Israel pudiera abandonar el Medio Oriente, ello haría felices a una amplia mayoría de israelíes, ansiosa de unirse a la esfera de prosperidad asiática o acaso de regresar a Europa, que si bien fue el continente que albergó su trágico destino, también, durante siglos, fue el contexto del florecimiento de su exitosa integración. Aún recuerdo a la profesora israelí descendiente de alemanes quien, mientras caminábamos por las calles de Berlín durante el clímax de la segunda Intifada, extrajo de su bolso su pasaporte alemán y declaró triste e irónicamente:

—Este pasaporte es mi seguro de vida.

En efecto, el número de ciudadanos israelíes que abandonaron su país por la República Federal de Alemania aumentó hasta cuatro mil en el año 2006. El número de israelíes que viven en el extranjero se está convirtiendo en una fuga de cerebros preocupante para el país.

El viraje geográfico, aún modesto en el caso de Israel, ha alcanzado proporciones masivas en los casos de Palestina o el Líbano, por no mencionar a Irak, testigo de una ola de migración inmensa de más de cuatro millones de personas; la mitad de ellas sencillamente ha abandonado su país destrozado por la guerra civil para intentar sobrevivir en Jordania o Siria, el resto vive como desplazados dentro de Irak.

Esta reestructuración geográfica no solo es de naturaleza demográfica, sino también emocional. El Medio Oriente exporta no solo a sus ciudadanos, sino también sus pasiones. La presencia creciente de lo asiático en los países del Golfo tiene como contraparte la presencia creciente de lo árabe en el islam asiático, desde la India hasta Tailandia. Emociones radicales

que provienen de Medio Oriente han venido aumentando a un ritmo constante durante los últimos quince años en las regiones islámicas de Asia. ¿Puedes ser un buen musulmán si no te sientes como un árabe, actúas como un árabe y compartes la misma preocupación por el destino de los palestinos, por la resistencia de los "creyentes en la verdadera fe" contra el imperialismo estadounidense y sionista? Grupos terroristas desde Argelia hasta Arabia Saudita han sido financiados por "obras de beneficencia" recolectadas en gran parte en Asia, y las minorías musulmanas desde India hasta Tailandia se han vuelto más intolerantes como resultado de este proceso "arabización" en términos emocionales y de identificación cultural. Desde Singapur hasta China, desde India hasta Malasia, esta radicalización del islam constituye un objeto de preocupación internacional.

Claro que el fundamentalismo islámico en Asia no solo es resultado directo de la arabización de las emociones musulmanas. Es de hecho una creación del sur de Asia. Siendo un país construido únicamente sobre la religión —el otro es Israel—, Pakistán se ha convertido en un epicentro del islamismo. Al-Qaeda implantó sus redes hace mucho tiempo en esta parte del mundo. Hoy en día, con su frágil sistema político, Pakistán no solo se está volviendo un santuario de rebeldes afganos, sino que también se sumerge lentamente en el caos —una cuestión bastante preocupante, si se recuerda que se trata de un país que posee armas nucleares—. Este doble proceso de islamización (o incluso "yihadización") en el que dos elementos, uno arraigado en Asia y el otro importado del Medio Oriente, se refuerzan mutuamente constituye una peligrosa bomba de tiempo lista para explotar en cualquier instante. Esta realidad es reconocida por el actual gobierno malayo, que intenta enfrentarse a este reto y al mismo tiempo cambiar (con poco éxito, por cierto) su imagen internacional tras los veintidós años del régimen del primer ministro

Mahathir bin Mohamad, un régimen que ha estado cortejando al islamismo con explícitos argumentos antisemitas.

Y la proyección del Medio Oriente sobre el mundo no se restringe a Asia. Se extiende también a Occidente, en particular a continente europeo. Los doctores indios que intentaron sin éxito llevar a cabo graves ataques terroristas en Londres y Glasgow en el verano del 2007 eran solo una manifestación particular de este fenómeno más amplio, evidente durante los ataques en Madrid en marzo del 2004 y en Londres, en julio del 2005. La existencia en Londres de una red con sede original en India es una señal de que este país tampoco es inmune al fundamentalismo y, en términos más generales, de que la democracia no constituye una verdadera protección contra las tentaciones extremistas de minorías furiosas y decididas.

Ahora bien, reconocer esta proyección del Medio Oriente en algunas regiones del mundo es una cosa. Ver el mundo únicamente desde ese prisma es otra muy distinta. No es recomendable reaccionar frente a la complejidad del mundo con generalizaciones simplificadas y respuestas simplistas. Lo que hace que el mapeo de las emociones sea una labor tan dificultosa no es solo la existencia de enérgicas contracorrientes e influencias recíprocas, sino ante todo el hecho de que el miedo, la humillación y la esperanza siempre están presentes en proporciones variables dependiendo del continente, las regiones, los países y el momento específico. En otras palabras, los elementos asiáticos están presentes en Europa junto a los elementos del Medio Oriente. Unos constituyen una influencia positiva, los otros una influencia potencialmente peligrosa.

Por ejemplo, un país como Estonia, uno de los más dinámicos de la Unión Europea, tiene un crecimiento anual de su PIB de más de 10%, lo que acerca a ese país más a Asia que al resto de Europa en términos de desempeño económico. De hecho

todas las repúblicas bálticas del norte de Europa, junto a Irlanda, hacen más parte de la cultura de la esperanza que de la cultura del miedo. En Norteamérica, el gentil optimismo y el notable desempeño económico y social de un país como Canadá tiene más que ver con la esperanza de los nuevos asiáticos que con el miedo de su poderoso vecino, los Estados Unidos. Y en el interior de Asia, el continente de la esperanza, existe la mayor proporción de miembros de las clases marginadas del mundo, así como países asediados por desastres naturales (Bangladesh, Indonesia) y por una violencia en crecimiento (Afganistán, Pakistán e incluso el Tíbet). Una vez más, los peligros del pensamiento simplista son obvios.

Una dificultad adicional surge del hecho de que incluso conceptos geográficos como "Asia", "Occidente" y "Medio Oriente" son en gran medida construcciones artificiales. Asia es en cierto modo una categoría occidental, casi un invento de Occidente. Los japoneses no se perciben a sí mismos como asiáticos, y son vistos con algo de envidia por el resto de Asia. Similares a los camaleones, imitan a Occidente mientras siguen siendo, para los occidentales, probablemente los más misteriosos e impenetrables de los asiáticos. India es una especie de zona intermedia entre Europa y China, entre el budismo y el islam. ¿Y qué decir acerca de China, que se percibe a sí misma como un centro (o como *el* centro) de la civilización más que como parte de un gran conjunto?

Incluso la noción misma de Occidente se está volviendo cada vez más artificial, especialmente cuando se la observa desde Occidente mismo. ¿No deberíamos mejor hablar de dos Occidentales, uno marcado por los Estados Unidos y otro por Europa, ambos en peligro de alejarse cada vez más cultural y políticamente?

Mientras tanto, el Medio Oriente parece crecer a pasos veloces, extendiéndose desde Argelia, Túnez y Marruecos en el oeste hasta Pakistán y Afganistán en el este. Sin por ello dejar de ser una realidad extremadamente dividida. Los iraníes no tienen nada que ver con los árabes o con los turcos. En su presente geográfico, Turquía es, de modo innegable, asiática, mientras que las élites turcas, percibidas por la mayoría de europeos como musulmanes asiáticos, se declaran a sí mismas europeas y desean formar parte de la Unión Europea.

La percepción propia no corresponde necesariamente con la realidad. Una vez más, podemos buscar algunos indicadores significativos en la arena deportiva internacional. En deportes como el fútbol o el baloncesto, Israel es vista como parte de Europa una situación que la mayoría de israelíes aprueban, pero que no ayuda a su integración regional en el Medio Oriente. Al mismo tiempo, nadie —y definitivamente no los europeos— considera que catalogar a los israelíes como "europeos" sea un paso hacia la integración de Israel en la Unión Europea.

¿Por qué son importantes las emociones?

Las dificultades de dividir el mundo en regiones a partir de patrones emocionales son claramente enormes. Sin embargo, es posible intentar esbozar un mapa global de emociones, ya que las emociones dominantes, como los colores dominantes en la pintura, sí existen. Incluso si los matices grises se encuentran por doquier, son más claros en la exitosa Asia, más oscuros en el mundo occidental y casi negros en algunas regiones del Medio Oriente. Es deber de los gobiernos examinar las emociones de sus respectivas poblaciones, sacar provecho de ellas si son positivas o intentar modificarlas o subyugarlas si son negativas.

Este deber no puede ser realizado si no se intenta diagnosticar antes el estado emocional de la población.

Como las estaciones, las emociones son cíclicas. Y estos ciclos pueden ser largos o cortos, dependiendo de la cultura, los eventos mundiales, los desarrollos económicos y políticos. En nuestro mundo moderno, incluso una victoria deportiva importante puede crear una sensación de euforia breve, pero de serias consecuencias inmediatas. Los chinos usaron los Juegos Olímpicos de Pekín del 2008 para confirmar el estatus internacional de su país, si bien los Olímpicos eran de hecho un resultado y no la causa de este estatus.

Las emociones reflejan el grado de confianza de una sociedad en sí misma. Es un grado de confianza que, por su parte, determina la habilidad de una sociedad para recuperarse de una crisis, responder a los nuevos retos, ajustarse a las circunstancias cambiantes. Es a causa de la importancia de las emociones sobre el ánimo colectivo que supongo, por ejemplo, que China e India tienen una mayor capacidad de recuperarse de la actual crisis económica que Europa.

Pero, ante todo, las emociones pueden cambiar. El miedo puede dar pie a la esperanza. Gran parte del atractivo que Barack Obama poseía como candidato presidencial respondía a su disposición para ser un líder capaz de reabrir un ciclo de emociones positivas que se reflejan en la percepción de los estadounidenses de parte de sí mismos y del resto del mundo. En contraste, en la Francia actual, los trabajadores, los industriales, los empresarios y los banqueros caen simultáneamente en un profundo pesimismo, al tiempo que el discurso político parece estar casi vacío en su deseoso despliegue de esperanza.

Hay un hecho que se encuentra en el núcleo mismo de mi intento por analizar las emociones en la arena geopolítica: las emociones importan. Ellas impactan sobre las actitudes de la

gente, las relaciones entre las culturas y el comportamiento de las naciones. Ni los líderes políticos, ni los estudiantes de historia, ni los ciudadanos comunes se pueden dar el lujo de ignorarlas. Sin duda, intentar realizar un mapeo de los patrones emocionales de nuestro mundo actual es un ejercicio arriesgado; pero suponer que estos patrones no existen lo es aún más.

CAPÍTULO 2

LA CULTURA DE LA ESPERANZA

Si lo intentamos de veras y trabajamos duro, el futuro será hermoso. Vine aquí a construir una nueva sociedad. La gente necesita casas. Estoy ganando dinero, pero no vine simplemente por eso. Hace treinta años, la China era como Angola; no servía para nada, pero ahora las cosas han cambiado.

Xuebao Ding, un trabajador chino en Angola,
citado en "The New Colonialist" por Alec Russel, *Financial Times*,
noviembre 17-18 de 2007

La esperanza es confianza...

En el mundo occidental, la noción de esperanza tiene dos connotaciones distintas. Existe la esperanza en un sentido espiritual del término, la creencia en la salvación de la humanidad a través de la redención de los pecados. Pero también hay un significado secular. La esperanza es la confianza en nuestra propia capacidad de interactuar positivamente con el mundo. Las palabras del trabajador chino en Angola que dan inicio a este capítulo son una perfecta ilustración posmoderna del significado secular de esperanza. La esperanza es lo contrario de la resignación, una forma de confianza que nos empuja a acercarnos a los otros, a aceptarlos como son sin miedo.

¿Es posible deducir alguna lección del hecho de que la esperanza se ha trasladado de Occidente a Oriente, de un mundo

marcado por el cristianismo a un mundo en gran medida panteísta, donde predomina el secularismo (como en la China), o donde la espiritualidad ha dejado de ser un obstáculo para el crecimiento (como en el caso de la India)? No es casualidad que uno de los mejores estudios recientes sobre el milagro indio, escrito por Edward Luce, lleve el título *In Spite of the Gods: The Rise of Modern India*.¹²

Pero la esperanza no solamente se ha trasladado hacia el Oriente. También ha ganado un trasfondo materialista, secular, mientras el significado espiritual del mundo pierde importancia. En el siglo XXI, la esperanza consiste en hacer las cosas mejor en este mundo, aquí y ahora, no en la creencia en algún mundo futuro mejor en el cielo o la Tierra. A pesar de que la creencia tradicional en la reencarnación es aún poderosa a lo largo de toda Asia, un número cada vez mayor de chinos, indios y asiáticos intentan hoy en día hacer lo mejor posible, tanto individual como colectivamente, durante su presente paso por la Tierra. Es casi como si estuvieran ahora influidos por la llamada ética protestante que determinó el florecimiento de Occidente (demostrando, por lo demás, que la esperanza secular ya existía en Europa en los siglos XVIII y XIX).

Hoy en día, la esperanza se refiere al avance económico y social, y su sede se halla en Oriente. Más aún, para un número significativo de asiáticos, lo que importa no es solo que buscan estar a la altura de Occidente, sino además que confían en que pueden y podrán hacerlo. Si la fe es una "esperanza en lo invisible", el mundo asiático claramente avanza a paso seguro más allá de la fe, cifrando sus esperanzas en un progreso material

12 LUCE, EDWARD. *In Spite of the Gods: The Rise of Modern India*. Boston: Little, Brown, 2006.

que puede ver, sentir, escuchar, saborear y experimentar en un mundo que cambia a toda velocidad.

La esperanza asiática

Consideremos por un momento la línea del horizonte de Pudong, el nuevo y ultramoderno distrito de Shanghai que rápidamente se convierte en el núcleo financiero de toda la China. Antes de 1990, en el mismo lugar donde hoy se elevan estas orgullosas torres, se podían encontrar principalmente campos de granjas. Actualmente, todo el lugar retumba de energía. El estilo arquitectónico elegido por quienes planifican la ciudad transmite una impresión de modernidad y confianza, de optimismo en el futuro. Los arquitectos, la mayoría de ellos chinos, pero también algunos occidentales, han recibido (dentro de los límites de un sistema político bastante estricto) un cheque en blanco y la exhortación: "Sean creativos, atrevidos, sean altos. En resumen: sean modernos". El resultado es una reluciente serie de rascacielos futuristas que sencillamente dejan sin aliento: la escalonada torre Jin Mao de ochenta y ocho pisos, el Centro Financiero Internacional de Shanghai (el segundo rascacielos más alto del mundo), la característica torre Oriental Pearl (con sus tres masivas columnas que soportan once esferas suspendidas de diferentes tamaños), y la más reciente incorporación, el Centro Shanghai, un rascacielos actualmente en construcción que se elevará 580 metros (127 pisos) hacia el cielo. Esta es la arquitectura del siglo XXI, a veces fantástica, a veces horrorosa, pero siempre audaz.

El panorama urbano de Pudong no representa el último aliento de un estilo pasado de moda, como la Ópera de París, construida por Charles Garnier para Napoleón III: un testimonio del ego inflado de un imperio a punto de venirse abajo,

basado en la reinención del estilo clásico del *Ancien Régime*. Tampoco imita el estilo pesado y grandilocuente de la arquitectura rusa bajo Vladimir Putin. Se trata de algo nuevo, que celebra concientemente la confluencia de dos acercamientos a la modernidad: el occidental y el asiático. Es la prueba visual de que la modernidad no puede seguir siendo equiparada con la occidentalización; una señal de que una nueva escuela de la modernidad está surgiendo en Asia.

Pasemos de la arquitectura a la ópera. La ópera *La aventura de los monos a Occidente*, basada en *La peregrinación a Occidente*, obra maestra clásica de la literatura china, fue presentada durante la temporada 2007-2008 en Manchester, París y Berlín, en una versión que representa la síntesis definitiva de música clásica occidental, danza china y tradiciones circenses. Y, ante todo, de modernidad. El espectáculo puede ser descrito como un ovni cultural de la Era Global, o como uno de muchos símbolos preliminares de una nueva era cultural. Es fundamentalmente una muestra de confianza por parte de China, que ya no titubea a la hora de someter sus textos clásicos a un tratamiento moderno que combina influencias chinas y occidentales. Así, es una vuelta a una China imperial antigua y segura de sí misma –la China del siglo xviii, cuando los emperadores gozaban de la suficiente confianza para permitir a los artistas chinos crear pinturas y dibujos en el estilo “jesuita” (occidental)–. Solo los países inseguros sienten la necesidad de protegerse de las influencias extranjeras. La confianza y la apertura cultural están entrelazadas.

(La confianza cultural de la China moderna, sin embargo, tiene sus límites. Cuando una de las más populares actrices chinas, Zhang Ziyi, actuó en el papel de una prostituta japonesa en las *Memorias de una geisha* en Hollywood, las reacciones no fueron precisamente positivas. Muchos sostenían que la actriz

degradaba a China y que había ido muy lejos al aceptar un papel en una película estadounidense).

Pasemos ahora al mundo de la moda. Aquí, la influencia de jóvenes diseñadores asiáticos –japoneses, chinos y especialmente indios– ha crecido rápidamente. Por primera vez en París, en otoño del 2007, un diseñador indio (Manish Arora) abrió una semana de la moda con un show que fusionaba modernidad e imaginarios populares indios. Estos desfiles de moda representan de modo especial el entrecruzado de influencias entre culturas que han ganado o recuperado la confianza suficiente para poder permitirse fusionarse con otras culturas. Los indios y los chinos ya no necesitan vivir a la defensiva (o a la ofensiva) respecto a su cultura: simplemente pueden ser ellos mismos, el producto único de la mezcla de influencias suyas y nuestras. Aceptan que están en deuda con Occidente, pero así mismo son conscientes de que los occidentales también se han enriquecido a través del mutuo encuentro.

Es instructivo considerar cómo el entrecruzamiento de culturas ha cambiado en las últimas décadas. Las influencias asiáticas, en especial las chinas, ayudaron a modelar el estilo rococó de la Europa del siglo xviii; los pintores impresionistas y los poetas simbolistas de finales del siglo xix europeo se hallaban bajo una fuerte influencia japonesa. Al mismo tiempo, Asia representaba para Europa la poesía, y Europa representaba para Asia la modernidad. Hoy en día, esta ecuación se ha invertido: Asia es un ejemplo de futuro, mientras que Europa representa un pasado glorioso que se apaga lánguidamente. Este viraje da pie a preguntas relevantes para ambos continentes. ¿Se convertirá Europa en un museo a los ojos asiáticos? ¿Perderá Asia su singularidad como resultado de la globalización, a pesar de que se dirige a adoptar la posición dominante en la formación de

la cultura mundial, posición que tradicionalmente era ocupada por Occidente?

También existe hoy en día una nueva sensación de balance entre Occidente y Asia. Examinemos el campo de la medicina, donde técnicas tradicionales chinas, como la acupuntura, conviven felizmente con prácticas occidentales modernas, no solo en Asia, sino en un número cada vez mayor de hospitales, clínicas y centros médicos a lo largo de Europa y toda América. O pensemos en la popularidad de las películas de Bollywood en el mundo occidental, que ha crecido a tal punto que las estrellas indias están causando el renacimiento del género de la comedia musical en Occidente.

Durante los últimos treinta años en el caso de China, y los últimos veinte en el caso de la India, estos dos superpoderes han crecido económicamente en un promedio de casi 10% por año. El periodista y político indio Jairam Ramesh acuñó el término "Chindia" para referirse en una palabra a los dos gigantes demográficos de Asia.¹³

Es un término útil, aunque también un concepto profundamente ambivalente. China e India no se encuentran en la misma categoría en términos de peso económico. Teniendo en cuenta la población, el PIB y otros indicadores estándar, China es dos veces más poderosa que la India. Pero si le sumamos a los 350 millones de chinos que han ascendido al estatus de clase media los 350 millones de indios que han hecho lo mismo, tenemos frente a nosotros el mayor gigante emergente del mundo, una entidad de más de 700 millones de personas que están transformando el orden económico, e incluso el orden estratégico, de todo el mundo. Chindia se refiere a estos 700 millones. La pregunta es si

13. Ramesh, Jairam. *Making Sense of Chindia*. Nueva Delhi: New Delhi Research Press, 2006.

son una locomotora suficientemente fuerte para sacar al resto de los cientos de millones que habitan estas regiones de la pobreza y la desigualdad absolutas.

En un sentido más amplio, Chindia se refiere a dos civilizaciones muy distintas, que se sienten ambas suficientemente fuertes y seguras de sí mismas para abrirse al mundo y someter su esencia cultural al examen de los otros. No obstante, la confianza propia de Chindia es selectiva. En el caso de China, no se extiende a campo político; lo cual es comprensible, dado que los líderes chinos carecen de una comprensión real del significado de la libertad y la democracia, y sus alianzas contradictorias con el comunismo y el capitalismo son acaso insostenibles, incluso a corto plazo. Y tampoco se extiende al control y administración de la "política imperial" china. La brutal represión en el Tíbet a inicios del 2008 expresa el pánico de los líderes chinos de arriesgarse a experimentar manifestaciones similares en otras partes de su imperio.

De hecho, en China podemos percibir la coexistencia de dos tipos de nacionalismo: uno defensivo, que insiste en reprimir cualquier actividad que pueda amenazar el imperio, y uno positivo, pleno de optimismo y confianza. (De acuerdo a un sondeo reciente, el chino es el pueblo más optimista del mundo.¹⁴)

Y la confianza China tampoco incluye a las masas pobres quienes a pesar de ser enormes no definen el estado de ánimo ni la dirección del país, pero podrían hacerlo si empezaran a desbaratar desesperadamente la lógica de esperanza en toda la región.

Sin embargo, mientras la sensación de progreso entre los miles de emergentes trascienda la desesperanza, la ira y el hambre

14 Pew Global Attitude Project. "China's Optimism: Prosperity Brings Satisfaction and Hope", noviembre 16 de 2005.

de la mayoría pobre, la cultura de la esperanza prevalecerá en Chindia. Y no solo allí. La región de esperanza incluye también a los miembros del grupo ASEAN (la Asociación de Naciones del Sureste Asiático, que incluye Camboya, Brunei, Laos, Tailandia, Indonesia, Malasia, Birmania, Vietnam, las Filipinas y Singapur). De forma dispareja e irregular, también ellos progresan; han superado la crisis financiera de 1998 y la turbulencia política respectiva con una sensación de orgullo y dedicación y un sano sentido de la imitación de sus vecinos más prósperos: "También nosotros podemos lograrlo. Y lo vamos a demostrar".

Claro que describir todo un continente bajo una misma rúbrica, "el continente de la esperanza", es inevitablemente provocativo y quizá simplista. Consideremos algunas advertencias y condiciones que deben ser tomadas seriamente.

En primer lugar, como ya lo he indicado, el concepto mismo de "Asia" es en gran medida un concepto occidental. Los asiáticos no se llaman a sí mismos, o se consideran, "asiáticos" –al menos no hasta el punto en que los europeos se consideran a sí mismos "europeos"–. Los asiáticos no tienen una religión en común, como sí los europeos, quienes comparten la compleja (y hoy en día algo atenuada) mezcla de culturas religiosas griegas, judías y romanas conocida como "cristianismo". Los asiáticos no tienen una historia común. No tienen un enemigo común (alguna vez representado por el islam para las naciones cristianas de Europa). No tienen referencias culturales en común. Por ejemplo, el "Occidente" al que se refiere el relato chino nombrado antes, *La peregrinación a Occidente*, es India. Quizá sea significativo que la pequeña ciudad-Estado de Singapur, que usa el inglés como su idioma oficial para unificar sus poblaciones china, malaya e india, sea el único país en Asia que posee un Museo de la Civilización Asiática.

En segundo lugar, la cultura de la esperanza no incluye todos los países de Asia. Como explicaré en breve, el grandioso país que es Japón ha superado la imagen de esperanza del resto del continente, mientras otros numerosos países, de Pakistán a las Filipinas, ni siquiera se hallan allí aún.

En Pakistán, por ejemplo, una de las más contradictorias y problemáticas naciones del mundo, existe en el nivel de las élites y la pequeña clase media emergente algo como un rayo de modernidad y un sentido de lo que se necesita para superar el fundamentalismo y la violencia e integrar el país a la cultura asiática de la esperanza. Pero esta conciencia solo la comparte un segmento muy limitado de la población. Pakistán es uno de los países más preocupantes del mundo, no solo a causa de su poder nuclear, sino porque da constantemente la impresión de hallarse al borde del debacle político. Cuando caminas por las calles de Karachí, te sientes lejos, muy lejos del Asia llena de esperanza de Pekín o Delhi.

En contraste con Pakistán, Corea del Norte parecería ser ligeramente menos peligrosa hoy, incluso si da más la impresión de ser la víctima de una secta política brutal y cínica que un recipiente de esperanza. Y Birmania (Myanmar), a pesar de sus inmensos recursos naturales, ha resbalado por la escalera del crecimiento y la prosperidad gracias a la opresiva, corrupta y continuamente pésima administración de su brutal junta militar, lo que la ha convertido en el equivalente asiático del Zimbabwe de Robert Mugabe.

En la primavera del 2008, Birmania y China se vieron enfrentadas a dramáticos embates de la naturaleza: el ciclón en Birmania, el terremoto en China. Sus reacciones no hubieran podido ser más dispares. El comportamiento responsable de los chinos hacía perfecto contraste con la incompetente y despótica

brutalidad de la junta militar de Myanmar. Sin duda, la China vic en la catástrofe, que ocurrió en vísperas de los Juegos Olímpicos, una oportunidad para enmendar su imagen internacional, afectada por los eventos en el Tíbet. Los intentos del gobierno por silenciar las voces de una sociedad civil que exigía la investigación de la muerte de niños chinos en escuelas mal construidas podría representar el regreso del péndulo a la represión.

Si hay alguna esperanza en Myanmar, la vemos en el heroico desafío del líder de la oposición y ganador del premio Nobel de la Paz, Aung San Suu Kyi, y en la resistencia espiritual del los monjes budistas. Se trata de un país que ha logrado aislarse a sí mismo casi por completo de cualquier influencia internacional, por lo que las sanciones al gobierno de Myanmar no se deberían enfocar tanto en seguir aislando el régimen, como en exponer a sus líderes a las realidades del mundo más allá de su gueto nacional.

Así que desde ya debe quedar claro que nuestra descripción de Asia como el continente de la esperanza, incluyendo países como Filipinas e Indonesia (que se hallan en los bordes de la esperanza, dado su notable, pero aún incompleto, progreso económico), es unilateral y un tanto exagerada. Y no obstante certera en sus fundamentos.

El regreso del Imperio del Medio

Cuando hablamos de Asia como el continente de la esperanza, los países que vienen a la mente son China e India. Su ascenso económico como los dos gigantes demográficos del planeta ha sido notable, a pesar de sus enormes diferencias. Cada uno de estos dos países constituye un caso único y muy peculiar.

"China ha regresado", fue el mensaje explícito de una exhibición organizada bajo el auspicio del gobierno de China en la

Real Academia de Artes en Londres, en el año 2005. La pieza central de la exposición era una pintura gigantesca llamada "Los tres emperadores", en el estilo europeo ("jesuita") típico de la China del siglo XVIII. La obra representaba un desfile de enviados europeos en su camino a pagarle tributo al emperador chino.¹⁵ El mensaje era muy claro: "Pronto también ustedes nos pagarán tributo". Por supuesto, en la China actual no existe un emperador, solo una anodina, enigmática y medianamente competente burocracia bajo el liderazgo de Hu Jin Tao. Pero existe una tremenda sensación de orgullo y confianza respecto a lo que China fue alguna vez, y a aquello en lo que se está convirtiendo.

Durante mi primer viaje a China en 1985, el primer monumento que me mostraron fue una represa gigantesca a través del río Yang Tse.

—Somos el primer pueblo de la historia que dominó el arte de hacer represas —fue lo primero que me confió mi guía enviado por el servicio diplomático.

Pero, más sorprendente aún, también me confió su profunda frustración con su propia vida. Se consideraba a sí mismo un fracaso, y casi explotó de ira cuando me acompañó a mi hotel de lujo para extranjeros y vio que mi habitación era más grande que el piso en el que vivía con toda su familia.

—Cometí el principal error de mi vida al unirme al servicio diplomático —me dijo— en vez de volverme un hombre de negocios.

Hasta este día me pregunto qué habrá sido de él. ¿Habrá logrado realizar su sueño capitalista?

Este contraste entre orgullo y frustración constituyó mi primera impresión de China a mediados de los años ochenta. Hoy

15 "China: Los tres emperadores, 1662-1795". Exhibición de la Real Academia de las Artes en Londres, noviembre de 2005-abril de 2006

en día, ambas emociones siguen determinando la atmósfera china, pues la frustración es de algún modo una consecuencia de la esperanza: mientras más progresamos, más exigimos y esperamos.

A fin de entender la naturaleza particular de la psique china, la diferencia entre China y Egipto puede ser iluminadora. Las civilizaciones egipcia y china se contaban entre las más antiguas y opulentas del mundo. Pero la gloriosa civilización egipcia desapareció hace mucho tiempo (a pesar de los intentos de líderes egipcios contemporáneos de evocar glorias del pasado con el fin de reclamar relevancia actual). Por el contrario, la civilización china tradicional aún existe. Única y en gran medida idéntica, ha superado los embates del tiempo. Esta continuidad es fuente tanto de problemas como de creatividad.

La China siempre ha sido el país más populoso del mundo. Como resultado, el temor al caos social y económico siempre ha obsesionado a los líderes chinos. A modo de reacción, han creado un sistema en donde el individuo siempre ha debido someterse al dictado de una lógica colectiva más que al de una personal.

El tamaño de la China influyó sobre su psicología nacional en otro modo importante. La autopercepción de China como el "Imperio del Medio" no implica simplemente centralismo geográfico, sino también la convicción de que China era en cierto sentido el centro de gravedad del universo. A diferencia de Rusia (por ejemplo), este inmenso y orgulloso imperio no tuvo que expandirse a fin de existir. La Gran Muralla constituía un santuario, pero también expresaba el hecho de que China no necesitaba conquistar a otros para sentirse importante. China no se expandió, por supuesto, pero su crecimiento territorial fue determinado no tanto por la fuerza de las armas como por la de la demografía: la magnitud del número de chinos, usada

por el régimen como una fuerza colonizadora y controladora. Por ejemplo, recientemente China ha alentado un gran flujo de chinos Han al Tíbet y a Xinjiang, donde China teme subversiones pan-turcas y pan-islamistas. La carta demográfica también es usada por China en Asia Central. Según el profesor Harry G. Gelber, quien cita cálculos no oficiales, en 2004 ya había 300 mil chinos solo en Kazajstán.¹⁶ (Recientemente, sin embargo, con el crecimiento de la economía china, el número de chinos en Siberia parece estar disminuyendo. Aparentemente las oportunidades laborales son cada vez mayores en China.)

Hay otra dimensión de esta carta demográfica de naturaleza más blanda, más cultural. La influencia china en el mundo está multiplicada por el fuerte papel que la diáspora china desempeña, los millones de chinos étnicos y sus descendientes, quienes han establecido poderosos puntos de apoyo en los negocios, la cultura y la política mundial, principalmente en el sureste de Asia, pero también mucho más lejos. En los actuales tiempos de crecimiento económico y orgullo nacional, Pekín puede contar con esta diáspora como un precioso transmisor de influencias y un vector de tratos económicos.

Así pues, desde el punto de vista de las ambiciones expansionistas, los paralelos realizados a menudo por analistas occidentales entre la China de hoy y la Alemania de finales del siglo XIX no aplican realmente. Las rivalidades entre China, India y Japón no darán forma al futuro de Asia como las rivalidades entre Gran Bretaña, Francia, Rusia y Alemania dieron forma a Europa (y al mundo) en el siglo XIX y a inicios del XX. Y los asiáticos tampoco se despedazarán a través de guerras nacionalistas, como creen algunos comentaristas occidentales. Las diferencias entre

16 Gelber, Harry G. *The Dragon and the Foreign Devils*. Nueva York: Walker and Company, 2007. p. 415-6. [Trad. castellana: *El dragón y los demonios extranjeros*. Barcelona: BAA, 2007.]

la Alemania de entonces y la China actual son mucho mayores que las semejanzas. La Alemania recién unida era un poder en apuros, especialmente tras el retiro del influyente canciller von Bismarck (el único hombre capaz de ejercer algún tipo de control sobre el emperador Guillermo I). Era una nación al mismo tiempo llena de confianzas e inseguridades. China, por el contrario, es un imperio re-emergente, cuyo sentido del tiempo es infinitamente más amplio que el nuestro en Occidente. Lejos de confiarse demasiado, China es profundamente consciente de los grandes retos y contradicciones que debe superar y de sus diversas vulnerabilidades.

Si queremos una analogía europea del siglo XIX para la China contemporánea, sugiero que no la busquemos en Alemania, sino en la exhortación a los ciudadanos franceses hecha por Guizot, el primer ministro del rey Luis Felipe: "Enriquezcanse y cállense". ¿Pero qué sucede cuando este "contrato" se rompe? ¿Seguirán guardando silencio los chinos si dejan de ser ricos?

A pesar de ser consciente de sus vulnerabilidades, China sigue estando convencida de que el tiempo está de su parte. Esta convicción fue reforzada por los eventos del 11 de septiembre y por la reacción estadounidense al hiperterrorismo. El historiador militar israelí Azar Gat ha argumentado enérgicamente en *Foreign Affairs* que aquella reacción ha acelerado el "regreso de los Grandes Poderes Autoritarios".¹⁷ China cree no solo que el poder blando de los Estados Unidos fue herido por el comportamiento de la administración Bush, sino también que su propio poder blando ha sido estimulado por el creciente escepticismo respecto a la democracia y los derechos humanos, valores que los Estados Unidos predicaban pero muy a menudo no aplicaban.

17 Gat, Azar. "The Return of Authoritarian Great Powers". En: *Foreign Affairs*, julio-agosto de 2007.

El surgimiento de países económicamente exitosos y no democráticos como China y Rusia es una prueba para Pekín de que su estilo autoritario representa una alternativa viable hacia la modernidad. En lo que concierne a su trato con África, los chinos están dispuestos a comunicar este mensaje a los regímenes africanos: "A diferencia de Estados Unidos y Europa, no somos un antiguo poder colonial perorando hipócritamente lecciones sobre democracia y derechos humanos. Tampoco somos un nuevo poder imperial asiático. Estamos tratando con ustedes de manera pragmática. Necesitamos sus recursos y ustedes dinero para seguir creciendo. Trabajemos juntos para alcanzar un beneficio mutuo".

Al mismo tiempo, es claro que las nuevas clases medias y los ricos de la China quieren vivir según el estilo occidental. En efecto, a nivel económico, ecológico y acaso político el más grave reto mundial del momento proviene del hecho de que mil millones de chinos quieren vivir y gastar como los occidentales sin ser necesariamente gobernados como ellos. Aman nuestra música, nuestras películas, nuestra comida (incluidas nuestras dietas de carne nocivas para el medio ambiente) y nuestra vestimenta. Y al mismo tiempo no se quieren convertir en nosotros, incluso si no saben exactamente en qué se quieren convertir o qué tipo de papel internacional quieren desempeñar.

La gran pregunta es si el ambivalente e híbrido enfoque chino, en el cual coexisten las ambiciones capitalistas occidentales y el autoritarismo de estilo oriental, es realista. A corto plazo este tipo de enfoque puede seguir siendo exitoso. Pero a largo plazo promete inconvenientes. China necesita someterse al principio de legalidad tanto como un mercantilismo obstinado. La ausencia de tal principio de legalidad y la resultante corrupción llevaron al sacrificio de miles de niños cuando sus escuelas se derrumbaron durante el terremoto del 2008. Hay

un límite de la paciencia del pueblo chino frente a desastres de este tipo.

La arrogancia del régimen chino también ha creado problemas en el escenario internacional. La actitud china frente a la represión de los generales birmanos a finales del 2007 no ha sido, por decir poco, particularmente útil. China es el único país del mundo que puede ejercer una presión real sobre Myanmar, y sin embargo, falló a la hora de ejercer esa influencia de modo efectivo. Del mismo modo, la fiera reacción China a la recepción que los Estados Unidos ofrecieron en el 2007 al Dalai Lama resultó ser una reacción neurótica, degradante para su propio régimen y perjudicial para la imagen de China en el mundo. Y en cuanto a sus actitudes frente al Irán de Ahmadinejad, dada la compleja ambivalencia de sus posiciones, parecería que Rusia y China compiten entre sí para ver quién es el más irresponsable. En África encontramos otros ejemplos de los cínicos y miopes cálculos de la China: el principio de no intervención ha llevado a una implícita complicidad criminal con los regímenes de Omar Hassan al-Bashir en Sudán (envuelto en graves violaciones a los derechos humanos en Darfur) y el mortífero régimen de Mugabe en Zimbabwe. Si quiere seguir siendo un país estable, y convertirse algún día en viga maestra, positiva y responsable de los asuntos mundiales, o incluso en un superpoder benevolente, China necesita con urgencia una nueva élite impulsada por un espíritu de bien común.

A pesar de todo, hay modestas señales de que China está madurando en su nuevo papel de gran poder en el escenario mundial. El regreso de Hong Kong a la China a mediados de los años noventa resultó ser un proceso mucho más sencillo de lo que muchos observadores esperaban. Los líderes chinos han demostrado poseer suficiente inteligencia para equilibrar el cuasi-occidental nivel de libertad de Hong Kong con la exigencia

de control por parte de las autoridades chinas. Y, por otra parte, han desempeñado un papel positivo en el hasta ahora exitoso intento por resolver la crisis nuclear con Corea del Norte: han logrado evitar el colapso del país, que hubiera podido llevar a una Corea reunificada y más poderosa, y a una inmensa ola de migración hacia la China, y han puesto freno a las ambiciones nucleares del régimen norcoreano.

Además, a través de la creación del Grupo de Shanghai (junto con Rusia, Kazajistán, Kirguizistán, Tayikistán y Uzbekistán), los chinos parecen ser un catalizador de estabilidad al mejor estilo del siglo XIX europeo, ayudando a compensar la influencia occidental en Asia Central a través de una contrafuerza asiática, por cierto de un modo mucho más prudente que sus homólogos del siglo XIX. En palabras de Zbigniew Brzezinski (citado por Harry Gelber), el otrora Consejero de Seguridad Nacional del presidente Carter: "No cabe duda de que China está impulsando silenciosamente una exitosa esfera de co-prosperidad en Asia Oriental. Los países de la región empiezan a tratar a China con mayor deferencia, a lo que China ha sabido responder gentilmente".¹⁸

Así pues, sería un gran error de interpretación de la situación internacional y de la forma de pensar china percibir a China únicamente como un factor preocupante y amenazador. Y no podemos juzgar a China solamente a partir de su falta de compromiso con la democracia. La falta de responsabilidad democrática y de cualquier comprensión del principio de legalidad es ante todo un problema para los chinos mismos. No debemos, no podemos imponer sobre ellos nuestras categorías. En Occidente debemos examinar sus acciones al menos en parte a través de sus propias percepciones, de forma multidimensional, no unilateral, aunque sin olvidar ni perder nuestros valores. Se trata de

¹⁸ Citado en Harry G. Gelber, *The Dragon ...*, p. 418

un difícil ejercicio de balanceo que presupone una sensibilidad diplomática no siempre poseída por los líderes occidentales, quienes a menudo terminan inmovilizados por las contradicciones entre su retórica de derechos humanos y su defensa de intereses comerciales nacionales.

La falta de libertad y la ausencia de un sistema jurídico independiente constituyen un serio obstáculo en el camino chino hacia un crecimiento económico a largo plazo y al desarrollo ecológico sostenible. Pero la inmensa mayoría de chinos juzga a sus líderes a partir de criterios muy distintos. Quieren progreso material, condiciones de vivienda más dignas y la libertad de conocer el mundo (aspecto quizá más importante para muchos chinos que la libertad de escribir, pensar y publicar su desacuerdo con el sistema). Tras un siglo de sufrimiento a causa de las privaciones y la escasez, el desorden y la inseguridad, todo ello exacerbado por un exceso de ideología, la mayoría de chinos anhela un periodo de tranquilidad política. Pero también exigen que su Estado los proteja de la violencia de la naturaleza, la contaminación causada por el hombre e incluso del comportamiento brutal de corruptas e ineficientes administraciones locales. Estas exigencias tienen sin duda consecuencias políticas.

No obstante, el cambio político está llegando muy lentamente para China, impulsado no solo por la presión internacional sino ante todo por factores internos, incluyendo las crecientes exigencias de una clase media cada vez más segura de sí misma.

Pero los ciudadanos chinos también empiezan a exigir más y más de sus autoridades. La foto de la mujer que se opuso a la destrucción de su casa hace algunos años se convirtió en noticia internacional y en un símbolo de la resistencia civil moderna; un equivalente en el siglo *xxi* del joven estudiante encarando un tanque de combate en la Plaza de Tian'anmen en mayo de 1989. Es cierto que ambos perdieron —la casa fue demolida y el

movimiento estudiantil reprimido—, pero en un futuro cercano puede que el próximo símbolo de este tipo salga victorioso.

Durante un viaje al corazón de China en el verano del 2006 mi hijo mayor fue testigo de algunas señales del surgimiento de una sociedad civil china. Algunos viajeros, cuyo vuelo entre dos ciudades chinas fue cancelado por la incompetencia de la Chinese Air Company, organizaron una especie de manifestación. El representante de la aerolínea no solo se vio desprestigiado, sino que fue forzado a garantizar la indemnización de los pasajeros varados. De manera similar, tras la tragedia de Sichuan, los padres desconsolados exigieron no solo una indemnización, sino que además hicieron un llamado a la justicia.

La actual combinación de progreso económico y estancamiento político durará tanto como la esperanza sobreviva. Pues la esperanza implica ante todo el deseo continuo de crecimiento económico.

En realidad, los chinos no creen que deban hacer mucho en el ámbito internacional para seguir creciendo en términos de prestigio, influencia y autoridad. Simplemente deben seguir beneficiándose de los errores cometidos por otros, especialmente de lo que ellos, y muchas otras personas en todo el mundo, perciben como una reacción exagerada estadounidense al fundamentalismo islámico. Como enseña la historia, un día los chinos experimentarán su momento de gloria en el escenario diplomático internacional, tal como los Estados Unidos lo vivieron en 1905, cuando organizaron la Conferencia de San Francisco que dio término a la guerra ruso-japonesa. China aguarda pacientemente el momento propicio para organizar algo equivalente.

Los principales escollos que podrían obstaculizar el paciente plan chino son, por supuesto, Taiwán y el Tíbet. Las características de cada caso son bastante particulares. El Tíbet es controlado por la China con mano dura, mientras que Taiwán, para todos

los efectos prácticos, es completamente independiente de Pekín según la fórmula "un Estado, dos sistemas".

El surgimiento de China llevará inevitablemente a un eclipse de la influencia estadounidense. Para bien o para mal, los Estados Unidos seguirán siendo un actor central en Europa y Medio Oriente. Pero si uno observa las crisis de Corea del Norte y Myanmar del 2008, se pregunta si la influencia estadounidense en realidad es tan poderosa en Asia Oriental. Parecería que China, no los Estados Unidos, se convierte en Asia Oriental en aquello que Gran Bretaña fuera para Europa durante casi la totalidad del siglo XIX: el gran elemento de equilibrio. Claro que el espectacular surgimiento de China ha llevado además a los otros países asiáticos, en particular a Japón, a esforzarse por encontrar un equilibrio con China, pues este país (a diferencia de Gran Bretaña) es un poder continental con posibles tentaciones expansionistas.

En su intento por contener el crecimiento del poder chino, los Estados Unidos confían en dos cartas. En primer lugar, la esperanza de que el crecimiento económico chino, basado en principios mercantilistas, obligue a China a aceptar una moderación democrática, incluso si no se convierte en una democracia con todas las de la ley. En segundo lugar, la influencia de India. En el clímax de la crisis trasatlántica en torno a Irak en el 2003, un importante diplomático estadounidense me dijo en tono triunfante:

—Quizá hayamos perdido el apoyo de 300 millones de europeos, pero hemos conseguido el de más de mil millones de indios. Los primeros se encuentran en un proceso de deterioro, pero los segundos emergen como una nueva fuerza mundial.

Demos un vistazo entonces al caso de India, y veamos si las esperanzas estadounidenses en una influencia benévola de India en Asia están bien fundadas.

El surgimiento de India

Si "China está de vuelta", India arriba al escenario mundial por primera vez. No se percibe como un antiguo imperio que recupera su estatus central, sino como una nueva nación que celebra en el 2008 el aniversario número sesenta de su independencia con una combinación de inmenso orgullo y profundo cuestionamiento: "Hemos hecho tanto en tan poco tiempo. ¿Lo habremos hecho del modo correcto?".

Sin duda, crear una nueva nación en el vasto subcontinente fue una tarea de enormes proporciones. ¿Existe acaso algún otro país del mundo que albergue tan extraordinaria mezcla de grupos étnicos, lenguajes, religiones y prácticas culturales? Winston Churchill solía decir que India "es simplemente una expresión geográfica. Es un país único tanto como lo es la línea ecuatorial". Y no obstante, India ha desmentido a Churchill. Este país es mucho más que la suma de sus contradicciones. Quiz alguna vez fue un mito y una idea; ahora se ha convertido en una realidad bastante palpable y pragmática.

Si bien India no comparte con China el hecho de haber sido un gran poder imperial, tiene sin embargo una rica y vigorosa tradición en un campo muy diferente. Hace sesenta años, en las librerías de todo el mundo, los libros sobre India se encontraban principalmente bajo la categoría "Espiritual", no bajo "Economía" o "Política". La riqueza de India era de "naturaleza espiritual". El economista Amartya Sen nos recuerda que los chinos del primer milenio a.c. se referían a India como el "imperio budista". También nos recuerda, en *The Argumentative Indian*, que fue Ashoka, un emperador budista de India, quien en el tercer siglo a.c. "no solo pregonó la necesidad de tolerancia y la riqueza de la heterodoxia, sino que también estableció las que quizá sean las más antiguas reglas para realizar debates y disputas, regla

que garantizan todo el tiempo el honor de los oponentes”.¹⁹ Esta tradición de tolerancia dio pie a un radical contraste no solo con China, sino también con la Europa de aquellos tiempos.

La herencia del legado de Gandhi de no-violencia extendió esta dimensión única de la cultura india al campo político. Es difícil calcular cuánto de la herencia de Gandhi aún sigue estando viva hoy en día. En octubre del 2007, *Arte*, el canal de televisión franco-alemán, presentó un programa titulado “Por el camino de Gandhi”, que contenía imágenes de una competencia de carcajadas bautizada en honor del líder indio. Hablando de las enseñanzas profundas y las lecciones políticas de Gandhi... El mismo programa mostraba cómo en casi todos los pueblos de India los omnipresentes bustos de Gandhi son depositados en los garajes municipales. Es como si el país, en un deliberado ataque de “realismo”, le hubiera dado la espalda a Gandhi.

De modo semejante, cuando India fue invitada de honor al Foro Económico Mundial en Davos, celebró su momento con elaborados desfiles de moda y otros glamorosos símbolos de consumo capitalista estilizado. Era difícil imaginar que un filósofo semidesnudo, un activista político que predicaba la simplicidad y la austeridad, había sido el padre de esta nueva nación.

Así que las contradicciones internas de India son al menos tan profundas como las de China, aunque sean todas de diferente naturaleza. Los indios están orgullosos, y con razón, de su estatus democrático. La fórmula india “La mayor democracia del mundo” es de carácter tan ritual como la afirmación china de ser “La más antigua civilización del mundo”. Pero este orgullo debe coexistir con el disgusto que causa la incompetencia y la corrupción de la clase política india –la peor del mundo

19 Sen, Amartya. *The Argumentative Indian. Writings on Indian History, Culture and Identity*. Nueva York: Allen Lane/Penguin, 2005, p. xii-xiii. [Trad. castellana: *India contemporánea. Debatir sobre su identidad*. Barcelona: Gedisa, 2007.]

según muchos intelectuales indios—. Sin duda, las elecciones libres, un sistema jurídico independiente y la libertad de expresión son importantes, pero estos atractivos se ven seriamente debilitados por la fuerza de la corrupción. ¿Cuál es el sentido de la democracia sin un principio de legalidad que funcione correctamente?

El otro gran defecto de la democracia india es el extravagante sistema de castas. De forma inquietante, parece que la batalla contra las divisiones de clase (incluido el sistema de castas) ha debilitado a India en los años más recientes. No solo no ha sido posible hacer realidad el sueño de Jawaharlal Nehru de establecer un sistema social libre de las barreras de la estratificación clasista, sino que además este sueño parece evaporarse lentamente, víctima de la falta de seriedad de las élites políticas y el poder y la avaricia de las clases capitalistas, interesadas más en el crecimiento económico que en la justicia social.

Los indios ricos tienden a no ver las inmensas multitudes de personas que viven en la pobreza. Su visión selectiva las ignora con una serenidad de espíritu que acaso se funde en parte en el sistema de castas. La actitud implícita es la siguiente: "Sin duda son muy pobres, ¿pero es que podemos esperar otra cosa? Siempre ha sido así; y por lo menos no son tantos como antes ni mueren de hambre, como antes".

Es cierto que la pobreza absoluta ha disminuido considerablemente en India. Hoy en día, menos del 10% de la población vive en la pobreza, en contraste con el 25% de hace dos décadas. Sin embargo, el problema de la pobreza se halla lejos de haber sido resuelto, y da pena ver a las élites indias tomar una actitud indiferente frente al tema.

Durante las celebraciones en torno al decimosexto aniversario de la fundación de la India, el primer ministro Singh habló acerca de este problema, enfatizando la necesidad de centrarse

no tanto en el crecimiento económico como en la equidad a la hora de repartir los beneficios del progreso monetario. De hecho, las denuncias de injusticia social hechas por el primer ministro indio y el premier chino se asemejaban bastante, como si quisieran reforzar la validez del concepto de Chindia; en este caso una Chindia que exige una mayor justicia social, a la vez que la mayoría de las energías sociales se enfoca sobre la húsqueda de crecimiento económico.

India demuestra que la modernidad no necesariamente trae consigo una mayor igualdad. Quizá incluso la modernidad esté exacerbando las tradiciones nacionales menos saludables. Por ejemplo, como lo ha indicado Edward Luce, la brecha de género entre los niños y las niñas en India se ha dilatado agudamente.²⁰ La modernidad también parece estar intensificando los roles del nacionalismo y la religión en la política. Sangrientos disturbios comunales han vuelto a surgir a lo largo de toda la India; solo en el año 2003 acabaron con más de dos mil vidas musulmanas. Ni la Europa secular ni la China materialista pueden ofrecer modelos satisfactorios para resolver este problema. Si es que existe un modelo, parece estar del lado de los Estados Unidos, con su (en gran medida) estable combinación de religión secular, no-sectaria, y patriotismo inclusivo, simbolizada por el lema nacional *"In God We Trust"* ("En Dios confiamos"). ¿Pero acaso puede la India desarrollar una base sobre el lema implícito "En los dioses confiamos"?

En términos comparativos, hay quizá más esperanza que desesperación en India que en China. Muchos indios ricos están sorprendidos por lo que han logrado alcanzar en tan corto periodo de tiempo y por el respeto internacional que han adquirido. No obstante, a diferencia de los chinos, los indios parecen

20 Luce, *In Spite of the Gods*, pp. 221-6.

profundamente inseguros de su nueva identidad como gigante emergente. Al parecer, extraen la confianza que necesitan para asumir su nuevo estatus en el mundo del respeto, si no la envidia, que el resto del planeta siente frente a su dinamismo y éxito económicos. En mayo del 2008, durante el discurso del Presidente en conmemoración de los sesenta años de la creación del Estado de Israel, había dos "estrellas". La más obvia y visible era el anfitrión, el presidente de los Estados Unidos, George W. Bush; la más discreta era Lakshir Mittal, la gigantesca compañía de acero que se ha convertido en el símbolo del advenimiento de la India en el mundo de la globalización.

Más allá de India se halla la diáspora india, que suma aproximadamente veinte millones de personas. Sus miembros son cada vez más exitosos y enérgicos, demuestran confianza, orgullo e incluso una sensación de legitimidad personal a raíz del florecimiento del estatus internacional de India. Hoy en día, los analistas financieros indios son apetecidos en Nueva York y Londres; los médicos indios son miembros estimados de los más importantes centros médicos de los Estados Unidos; y un indio-americano (si bien cristiano), Piyush "Bobby" Jindal, es el actual gobernador de Louisiana, y su nombre sonó bastante como potencial candidato a la vicepresidencia durante las campañas electorales del 2008.

La creciente confianza de los indios de la clase media-alta, tanto en India como en el resto del mundo, es la contraparte de la legendaria "resistencia" india, que Pavan K. Varma describe como una cualidad surgida de siglos de adversidad: "Ningún extranjero puede entender en qué medida un indio está preparado mentalmente para aceptar lo inaceptable", escribe Varma.²¹

21 Varma, Pavan K. *Being Indian: Inside the Real India*. Londres: Arrow Books, 2006, p. 186. [Trad. castellana: *La India en el siglo XXI*. Barcelona: Arrel, 2006.]

Mientras la creencia en el cambio siga animando las periferias marginadas, la esperanza sobrevivirá en India.

Si la confianza china se basa parcialmente en su pasado imperial, la confianza de India se basa en su visión del futuro. Una nación joven (con 700 millones de habitantes menores de veinticinco años en una población de más de mil millones), India es "la sociedad del 1%". En palabras de T. N. Ninan, uno de los editores más respetados del país (citado por Edward Luce) "Sea cual sea el indicador que uno elija, sea de naturaleza social o económica, India crece a un ritmo de 1% anual". Y Luce prosigue: "A juzgar por las condiciones de vida de los Indios y no por el drama de los eventos nacionales, el país avanza en una trayectoria sorprendentemente estable".²² Sin embargo, para seguir creciendo, India deberá modernizar su infraestructura, reducir la inequidad social y ponerle freno a la corrupción.

En términos comparativos, la compleja diversidad de la pluralista India puede ser uno de los motivos clave de la supervivencia y estabilidad de su democracia. En contraste, la naturaleza centrada de China hace que el país sea mucho más eficiente, pero a mismo tiempo más vulnerable a la rápida propagación del caos en caso que la inestabilidad política siguiera creciendo.

La excepción japonesa

Si Chindia, el gigante de dos cabezas, representa completamente el florecimiento de la esperanza asiática, ¿qué decir del otro gigante económico asiático, Japón? ¿Por qué no es esta próspera isla otro participante de la cultura de la esperanza? Hagamos un breve desvío para examinar las circunstancias que hacen de Japón la principal excepción en medio de las naciones asiáticas.

²² Luce, *In Spite of the Gods*, p. 336.

Sin duda, Japón fue pionera del milagro económico en Asia desde mediados de los años sesenta. Los Olímpicos de Tokio en 1964 festejaron el Renacimiento japonés menos de veinte años después del final de la Segunda Guerra Mundial y más de cuarenta años antes de que los Juegos Olímpicos llegaran a Pekín. Japón, un país camaleónico que en su insularidad es quizá más difícil de comprender para la mente occidental que China o India, es la prueba viviente de que modernidad no equivale a occidentalización. Solo Occidente percibe a Japón como "Asia". En la Asia de hoy en día, más de sesenta años después del fin de la Segunda Guerra Mundial, Japón es aún visto con algo de resentimiento como particular y arrogantemente "nipón" por la mayoría de sus vecinos. Demasiado occidentales para la mayoría de los asiáticos, los japoneses no obstante siguen siendo demasiado asiáticos para poder ser comprendidos por completo por los occidentales.

Una de las razones principales del divorcio aún existente entre Japón y el resto de Asia es, por supuesto, la historia y las heridas del pasado; específicamente el flirteo de sus líderes militares con el fascismo y el nazismo, y su alianza militar y diplomática con los alemanes, con todas las trágicas consecuencias para sus vecinos y, a fin de cuentas, para Japón mismo. En Asia, a diferencia de Alemania y sus vecinos Europeos, aún no ha ocurrido un proceso de reconciliación de la posguerra. ¿Es acaso que los japoneses, a raíz de factores religiosos, culturales o históricos, y a diferencia de los alemanes, no saben cómo ofrecer disculpas? ¿O es poco realista e injusto pensar a Japón en términos de analogías con Alemania? Para el ensayista holandés Jan Buruma se trata de la combinación de estos elementos, más otro esencial. Por haber sido las primeras, y hasta ahora, por fortuna, las únicas, víctimas de la bomba atómica, los japoneses sienten que ya han pagado un precio inmenso por su compor-

tamiento durante la guerra, al que consideran un error, pero no necesariamente un crimen.²³ Durante mi última visita al Japón en octubre del 2008, un antiguo diplomático japonés me dijo:

—Estaremos dispuestos a ofrecer disculpas por iniciar la guerra en Asia cuando los Estados Unidos nos ofrezcan disculpas por Hiroshima.

Pero acaso exista otro fenómeno cultural determinante en todo esto. La relación con el propio pasado es una de las claves del futuro, y al parecer la historia es percibida de modo muy distinto en Europa y Asia. En un continente donde la creencia en la reencarnación de hecho existe, la versión reconstruida del Pabellón Dorado en Kyoto, tantas veces víctima fatal de las llamas, es considerada tan auténtica como la construcción original. ¿Es posible que esta "relatividad" de la historia asiática nos ayude a explicar esa diferente actitud frente al pasado?

La mayoría de los europeos, a excepción de los pueblos de los Balcanes, ha logrado trascender su pasado y se ha entregado exitosamente a la conformación de la Unión Europea. En contraste, para la mayoría de asiáticos aún resulta difícil enfrentarse a su pasado, y cuando lo han hecho, ha sido de manera selectiva y a menudo contradictoria. Los chinos, por ejemplo, aprovechan cada ocasión para mencionar los crímenes de guerra japoneses, pero prefieren ignorar sus propias fechorías domésticas, desde la represión en Tian'anmen en 1989 hasta la reciente represión del Tíbet.

Incluso en el caso de las inconformes emociones de esperanza y miedo, pareciera como si un abismo separara a Japón del resto de sus vecinos en Asia y de sus equivalentes occidentales.

23. Buruma, Ian. *The Wages of Guilt: Memories of War in Germany and Japan*. Nueva York: Vintage Books, 1995.

Los miedos nacionales japoneses han sido tradicionalmente muy distintos de los miedos occidentales. Los miedos japoneses son definidos por la naturaleza. El miedo a los terremotos los tsunamis y las inundaciones lleva a las familias japonesas a conservar equipos de emergencia en la entrada de sus casas. Por el contrario, los miedos europeos se concentran en lo que otras personas puedan hacer a través de la agresión o la invasión. En cierto sentido, la preocupación japonesa por la naturaleza puede ser vista como la predecesora moderna de los actuales miedos occidentales frente a las amenazas al medio ambiente. Pero incluso aquí las diferencias son más significativas que las semejanzas, pues mientras el mundo occidental se concentra en lo que el hombre pueda hacer a la naturaleza, en el caso de Japón es justamente lo contrario.

Sin embargo, la actual cultura del miedo en el Japón no se encuentra únicamente en los desastres naturales, y explica por qué Japón no forma parte de la cultura asiática de la esperanza, sino que tiende más a la cultura occidental del miedo. El clima japonés de inseguridad personal tiene a la fecha algo más de veinte años; se originó entre los años 1988 y 1990, durante el colapso financiero precipitado por el estallido de su burbuja inmobiliaria. En esos tiempos, Japón sufrió una crisis estructural que duró al menos hasta el 2002, año de la llegada al poder del primer ministro Yoichi Koizumi. (Como lo ha indicado un gran número de economistas, existen inquietantes paralelos entre el trauma que Japón sufrió desde los años noventa y la crisis financiera que golpeó a los Estados Unidos en el 2008. Falta por ver si los líderes estadounidenses serán capaces de evitar un periodo prolongado de estancamiento y declive comparable al que Japón tuvo que experimentar.)

Incluso hoy en día, Japón aún no se ha recuperado por completo de la crisis de los noventa. Uno siente que el país ya

no sabe muy bien adónde se dirige ni cuál es su lugar correcto en el mundo. Es dolorosamente consciente de que India lo ha superado como el mayor socio diplomático de Estados Unidos en Asia, y que China se convierte en el mayor socio económico y rival global. De hecho, uno percibe en los círculos extranjeros diplomáticos en Tokio, especialmente en el Gaimusho, el Ministerio de Relaciones Exteriores del Japón, algo parecido a una obsesión con China. Todo lo cual refleja la conciencia de un estatus internacional reducido en comparación con los años anteriores a la década de los noventa, cuando Japón era el único país asiático con relevancia en el escenario mundial.

Pero las dudas personales del Japón tienen otras causas adicionales. Su población está a punto de convertirse en la más vieja del mundo, lo que dificulta que el Japón se comporte con el dinamismo y la energía requeridos por la cultura de la esperanza. Su tasa de suicidios, especialmente entre la gente joven, es una de las más altas del planeta. Y, con la excepción notable de los años de gobierno de Jun'ichiro Koizumi (2001-2006), el sistema político japonés ha estado marcado por la mediocridad y el estancamiento. Durante los años noventa, los japoneses mismos solían describir su sistema como una combinación de los peores aspectos de los de México e Italia: rigidez e ineficiencia.

De hecho, Japón comparte muchas de las fuerzas y las debilidades de Europa. Ambos poseen empresas poderosas y dinámicas, sistemas democráticos estables y sistemas de salud de alta calidad. Pero también comparten la tendencia a la depresión, la introspección, la ansiedad y el enismismamiento. No sorprendería comprobar que la cultura occidental del miedo ha infectado también a Japón.

Diplomática y emocionalmente, Japón es por lo general aliado más con los países de Occidente que con sus vecinos asiáticos. Como Australia, Canadá y Alemania, Japón es un país

democrático, próspero, una potencia no nuclear y un miembro permanente del Consejo de Seguridad de la Naciones Unidas. Japón tiende a ser "emocionalmente moderado" en su acercamiento al mundo, y a menudo busca actuar como puente entre diversos modos de líneas divisorias: la geográfica que separa Oriente de Occidente, la social y étnica entre Canadá y los Estados Unidos (el primero de estos países es visto por lo general como una nación pacifista más que una belicosa), la económica que divide el globo en norte y sur. Japón, que a los ojos asiáticos es occidental, y a los ojos europeos y estadounidenses, asiático parece sentirse a gusto en una posición conciliadora.

Pero el ascenso de China e India causa que hoy en día Japón se sienta menos como un puente entre culturas y más como un híbrido rechazado, con su peculiaridad, su importancia y su influencia sustancialmente disminuidas. Durante las décadas de la reconstrucción de la posguerra, generaciones de japoneses hicieron enormes sacrificios económicos a fin de asegurar la grandeza y la prosperidad de su país, y como nación, Japón fue un pupilo aplicado y entusiasta de la democracia y el capitalismo de estilo europeo. Ahora, esos sacrificios y aquellos años de aprendizaje parecen casi inútiles, a medida que los vecinos de Japón reúnen cada vez más poder e influencia sin hacer tantos sacrificios. Es como si, tras décadas como el mejor pupilo de la clase, Japón viera ahora a los "malos" estudiantes ser premiados con las mejores notas. Mientras China se convierte rápidamente en un importante socio económico de Japón, muchos japoneses están resentidos por tener que trabajar tanto, ya no para el "Rey de Prusia" (como rezaba la queja de los inmigrantes franceses a Alemania en el siglo XVIII), sino para el "Emperador de la China".

Por todos estos motivos, Japón vive actualmente agobiado por una vaga sensación de ansiedad respecto a su futuro. La es

peranza que gobernara Japón durante los años sesenta y setenta da paso hoy en día al miedo.

Los retos de la esperanza

A pesar de las diferencias entre sus sistemas políticos, China e India, los dos grandes imperios de la esperanza, se enfrentan a retos sorprendentemente similares. Ambos países deben sacar a millones de personas de la pobreza absoluta, impedir tragedias ecológicas potenciales, prevenir la propagación continuada de la epidemia del sida y reducir el abismo entre la sociedad y la política. Este último reto, que hoy en día parece difícil incluso para las "maduras" democracias occidentales, resulta una empresa de enormes proporciones para una democracia desordenada como India o una autocracia anquilosa como China. La cultura de la esperanza que inspira a millones de indios y chinos existe, en gran medida, no gracias a los líderes políticos, sino a pesar de ellos.

A medida que China e India alcanzan la mayoría de edad en el escenario internacional, ambos países encaran inmensas preguntas respecto a sus futuras relaciones mutuas y con los otros grandes poderes. Para ambas naciones, un reto importante será la decisión de cómo negociar sus relaciones con los Estados Unidos, que sigue siendo, a fin de cuentas, el mayor poder global.

India ya ha empezado a dar pasos para indicar su independencia de sus antiguos patrocinadores estadounidenses, por ejemplo, a través del desarrollo de planes para construir un gasoducto y un oleoducto hasta Irán, y del rechazo de las exigencias de los Estados Unidos de llevar a cabo negociaciones bilaterales sobre la industria nuclear privada india.

India debe decidir en qué tipo de poder se quiere convertir. En el año de su nacimiento, en 1947, el país se percibía a sí mismo de modo similar a como la Unión Europea se ve a sí misma actualmente, como un "superpoder moral". Esta percepción se justificaba en gran medida por el hecho de haber logrado con éxito la independencia pacífica bajo el liderazgo espiritual de Gandhi. Pero en el siglo *xxi* India ya no puede apoyarse en la nostalgia de su antiguo estatus moral. Su principal reto en los años venideros será lograr forjar una identidad internacional frente a los Estados Unidos en una forma madura y balanceada, libre de cualquier variante india del "gaullismo" (el deseo de independencia a cualquier costo), y de una visión estricta del "balance de poder", según la cual la función primordial de India sería equilibrar el poder de China a favor de los Estados Unidos.

Mientras tanto, el dilema de poder de China es casi el reverso del indio. Un diplomático experto occidental citado por el *Financial Times* sostiene: "La idea de que los líderes chinos se despiertan cada mañana con la idea de dominar el mundo simplemente no es correcta. Si acaso, se despiertan preocupados sobre el modo en que enfrentarán cientos de problemas domésticos".²⁴ Esto es verdad. *Por ahora*. ¿Pero durante cuánto tiempo respetarán los chinos su política de no mecer el barco? Solamente un exceso de confianza y de orgullo global (lo cual es improbable) o una pérdida de confianza y la necesidad de desviar la atención mundial de sus propios problemas domésticos (más probable) podrían llevar a China a alguna forma de nacionalismo irresponsable que incluyera acciones agresivas, por ejemplo contra Taiwán.

La evolución de los papeles internacionales desempeñados por China e India dependerá de la habilidad de ambos países de

24 "Special Report on China". En: *Financial Times*, septiembre 13 de 2008.

reformarse a sí mismos. ¿Puede China seguir siendo un motor de crecimiento para la economía global y convertirse en el mayor mercado del mundo sin tener que acelerar la evolución de su política? ¿Puede China seguir siendo el mercado mundial más promisorio para las corporaciones multinacionales si el gobierno de Pekín permanece tan anquilosado como hasta ahora? ¿Cómo podrá India desarrollar un sector de producción masiva, con enormes necesidades de mano de obra, sin ofrecer un mínimo de educación a millones de campesinos que viven actualmente en la pobreza? ¿Y por cuánto tiempo podrá India seguir siendo un atractivo proveedor de bienes y servicios para Occidente sin reducir dramáticamente sus niveles de corrupción privada y gubernamental?

Se trata de retos muy reales. Y sin embargo, no debilitan las razones para llamar a Asia "el continente de la esperanza". Podemos incluso decir que Chindia constituye una base tranquilizadora de esperanza global precisamente porque sus líderes *no* se ven a sí mismos como depositarios de la misión de salvar al mundo de los embates de las fuerzas del mal (como George W. Bush lo hiciera alguna vez), o incluso como responsables de establecer normas éticas, sociales y culturales universales (como sucede algunas veces con Europa). En todo caso, mientras China e India sigan creciendo, tendrán que aceptar el hecho de que el poder trae consigo responsabilidad, y de que en un mundo interdependiente el respeto por las reglas y las normas internacionales es parte de esa responsabilidad.

Desde la segunda mitad del siglo *xx* hasta hoy, Asia ha dejado de ser un continente de guerras para convertirse en uno de la esperanza, incluso si se trata de una forma modesta de la esperanza, basada no en grandes sueños acerca de la paz del mundo y la libertad, sino simplemente en una visión de continuo y estable crecimiento de la prosperidad material. Para las miles

de millones de personas de todo el mundo que viven sumidos en la miseria y el hambre, una visión tal resulta sin duda atractiva. ¿Pero será suficiente a largo plazo? Esta es una de las grandes preguntas que solo el siglo XXI podrá responder.

CAPÍTULO 3

LA CULTURA DE LA HUMILLACIÓN

En el plano existencial, Bin Laden estaba marginado, fuera del juego, pero dentro de la crisálida del mito que había creado en torno suyo se estaba volviendo representativo para todos los musulmanes perseguidos y humillados. Su vida y los símbolos con los que se cubría personificaban poderosamente el penetrante sentido de desposeimiento que caracterizaba el mundo musulmán moderno. En su propio exilio miserable logró absorber la miseria de sus hermanos en fe, su pérdida le dio el derecho de hablar por todos ellos, su venganza santificaría su sufrimiento.

Lawrence Wright, *The Looming Tower*

Si la esperanza es confianza, la humillación es impotencia, una emoción que surge ante todo del sentimiento de que ya no estamos en control de nuestras vidas, bien sea colectivamente como un pueblo, una nación o una comunidad religiosa, o individualmente, como persona particular. La humillación alcanza su punto máximo cuando estamos convencidos de que el Otro se ha inmiscuido en la esfera privada de nuestra propia vida y nos ha hecho completamente dependientes. La humillación condensa una sensación de desposeimiento relativa tanto al presente como, de forma más grave, al futuro, un futuro en agudo contraste con un pasado idealizado, glorificado; un futuro en el que nuestras condiciones políticas, económicas, sociales y culturales están dictadas por el Otro.

La humillación existe en cierto grado al interior de todas las culturas y las sociedades. Como el colesterol, puede asumir formas buenas o malas. Un pequeño grado de humillación puede constituir un incentivo para escalar socialmente a través del trabajo duro: "Quiero probarles de lo que soy capaz". "Quiero mostrarles cuánto se han equivocado al no tomarme en serio". "Voy a triunfar, para hacer justicia a mis antepasados irrespetados y desposeídos".

Puede sostenerse que el primer milagro económico en Asia, durante los años ochenta, fue en parte una respuesta victoriosa a sentimientos nacionales de humillación. Países como Corea del Sur e incluso Taiwán querían probar a Japón, el antiguo poder colonial, que también ellos podían tener éxito en el escenario económico global. Un sentimiento de desafío similar también ha sido uno de los motores del actual renacimiento chino. Así, la humillación ocasionada por los japoneses sobre el resto de Asia se ha convertido en una droga energizante para toda la región. Por su parte, los japoneses mismos empiezan a exhibir sus propios sentimientos de humillación frente a China. Una amiga japonesa me explicó por qué es importante para Japón tener a China como vecina:

—Sin ellos nos volveríamos perezosos.

(Pero, por supuesto, esta observación no elimina totalmente la amargura de sentirse relegado a una categoría inferior.)

Cuando se logra trascenderla y dominarla, la humillación actúa sobre las naciones como lo hace sobre los individuos. Refuerza el instinto de competencia. Confiere energías y estimula el apetito. Pero esto presupone la existencia de oportunidades, reales o imaginadas, de algún atisbo de esperanza. En otras palabras, para que la humillación sea "buena humillación" son necesarios un mínimo de confianza y de circunstancias favorables, como un contexto político y económico relativamente

promisorio y un liderazgo nacional que sea capaz de volver a unir un pueblo desmoralizado.

En contraste, la humillación sin esperanza lleva al desespero y a querer alimentar el deseo de venganza, que muy fácilmente puede convertirse en un impulso destructivo. Si no puedes alcanzar el nivel de aquellos que percibes como causantes de tu humillación, al menos querrás arrastrarlos contigo: "Les voy a mostrar qué es el sufrimiento". Hoy en día, esta cultura de la "mala humillación" está presente ante todo en enormes porciones del mundo árabe-islámico, con la excepción significativa de los emiratos del Golfo, diminutas ciudades-Estados que son, al menos por el momento, la proverbial excepción que prueba (es decir, que verifica) la regla.

En primer lugar, algunas palabras definitorias.

Es errado hablar del islam como una entidad única. El islam ha explotado en múltiples encarnaciones que incluyen diversas variaciones religiosas, culturales, nacionales y políticas: chiítas contra sunitas, árabes contra no-árabes, asiáticos contra pueblos provenientes del medio Oriente, africanos contra europeos, moderados contra radicales, religiosos contra agnósticos... En este capítulo intentaré ser explícito acerca de las facciones a las que me refiero en cada momento.

Más aún, el "mundo árabe" no existe en realidad como tal. Está compuesto por varias y diversas naciones unidas por un sentimiento común de inseguridad. Pero no existe algo así como una unidad árabe, una diplomacia árabe, una expresión coordinada de la unidad o los intereses árabes. Sin embargo, aunque la Liga Árabe sea una institución multilateral asediada, existe, a pesar de todo, algo como una "emoción árabe": una sensación de identidad árabe, por vaga que sea, que distingue a los árabes de los no árabes y de hecho enfrenta a los dos grupos entre sí. Hasta hace poco tiempo, durante la era de la posguerra, cuando

los sueños nacionalistas pan-árabes respaldaban una clara agenda política de liderazgo poscolonial, esta emoción árabe podía ser percibida como una fuerza importante en los asuntos internacionales. Hoy en día se ha ido perdiendo de vista, dando paso a una identidad musulmana más que a una árabe, particularmente a través de la radical oposición con el mundo occidental.

¿Cuáles son las fuentes y los significados de este resurgimiento de la identidad musulmana? Se hallan profundamente enraizadas en la historia mundial. El islam es un movimiento religioso que surgió a inicios del siglo vii en los márgenes de los enormes imperios bizantino y sasánida, y que llegaría a dominar el mundo occidental. En nombre de la nueva religión, ejércitos formados por habitantes de Arabia fundaron un nuevo imperio, el Califato, que se extendía desde Asia Central hasta España. Bajo la dinastía de los califas Omeyyas, el núcleo de poder del imperio se trasladó de Arabia a Damasco, en Siria. Luego, bajo los Abasidas, a Bagdad en Irak.

Simultáneamente, la lengua árabe se extendió y se convirtió en el intermediario de una cultura que trascendía a los musulmanes. El árabe se volvió el equivalente del latín en tiempos del Imperio Romano —algo así como el inglés en nuestros tiempos—, una *lingua franca* empleada por cristianos, judíos y musulmanes. De hecho, incluso hoy no es siempre posible determinar con exactitud la filiación religiosa de algunos científicos y filósofos de aquel periodo, quienes vivieron, escribieron y pensaron en árabe, sin por ello ser necesariamente musulmanes. De aquí que el título de una importante exhibición histórica presentada hace pocos años en El Cairo fuera: "Cuando las ciencias hablaban árabe".

La Era Otomana, del siglo xvi al xviii, fue la última gran expresión del mundo del islam, pero también marcó el inicio del declive de una gran civilización. Esta decadencia se manifiesta ya en el hecho de que la familia reinante hablara turco. Occidente

se empezaba a mover, y el Imperio Otomano se encontraba a la defensiva. La decadencia política, económica y militar del islam, iniciada en el siglo xviii, continúa hasta nuestros días.

Hoy, en términos demográficos, puede que el islam esté creciendo como religión, quizá en vía hacia un mundo donde los musulmanes serán más numerosos y representarán una mayor parte de la población que nunca antes. Sin embargo, psicológica y emocionalmente, lo que domina al mundo musulmán es una sensación de humillación política y cultural, y una exigencia exacerbada de dignidad.

Animada por generaciones de líderes aparentemente incapaces de toda forma de autorreflexión y no dispuestos a confrontar claramente sus responsabilidades históricas, una mayoría dentro del mundo islámico se ha dedicado a buscar chivos expiatorios, "Otros" que puedan ser denunciados como facciones culpables de haber conspirado contra el islam, el mundo musulmán y el pueblo árabe. Se denuncia a los Estados Unidos, a Israel, al mundo occidental, e incluso, de modo más general, a "cristianos y judíos", "cruzados y sionistas" en el lenguaje de Al-Qaeda. Mahmoud Ahmadinejad, presidente de Irán, niega el derecho mismo del Estado de Israel a existir; es como si dijera: "Hemos sido humillados durante tanto tiempo... pero solo aguarden: muy pronto, Israel dejará de existir, y no podrá insultarnos más con su simple existencia". Y esta agitación contra enemigos externos goza de popularidad entre muchos musulmanes. Según una encuesta reciente llevada a cabo por el Centro Ibn Khaldun en El Cairo, el presidente Ahmadinejad y el líder de Hezbolá, Hassan Nasrallah, son los líderes extranjeros más populares entre la población sunita de Egipto.²⁵ Por supuesto, muchos árabes

25 "Hassan Nasrallah Tops Poll", por Amir Elbaz. El artículo en inglés se puede encontrar en la página web *Abi-Alquran*: http://www.abi-alquran.com/English/show_article.php?main_id=356

sienten disgusto frente al hecho de que su causa sea defendida con tanto brío por líderes de una nación no-árabe (aunque musulmana); de que, por así decirlo, el manto del orgullo y el honor árabe haya sido robado por Teherán; y algunos árabes moderados incluso se sienten ofendidos por lo que perciben correctamente como el populismo vulgar y barato de estos líderes. Pero la gran mayoría mantiene sus reservas para sí mismos, convencidos de que el *Zeitgeist*, la marea de la historia, no se mueve en su dirección.

El surgimiento del radicalismo en el mundo islámico es tanto una causa como una ilustración de este fenómeno que afecta a todas las corrientes del islam, especialmente a la corriente ultra-fundamentalista Wahhabi en el interior del sunismo, y al chiísmo en Irán. Todos los países islámicos se han visto afectados, pero algunos lo han sido más que otros. De hecho, resulta tentador afirmar que mientras más cerca el régimen en poder se halle de los Estados Unidos, más afectado resulta el país en cuestión por el surgimiento del radicalismo. Egipto y Arabia Saudita son los mejores ejemplos de esta realidad. Pero estas tendencias también existen en países como el Líbano o incluso Jordania. Especialmente en el primero, donde gracias a la ayuda de Irán y Siria Hezbolá se ha convertido en un estado al interior del Estado.

Las principales características de este mundo árabe-islámico han sido la presencia del radicalismo como una parte integrante de los países, así como su expansión geográfica, desde países como Argelia, Túnez y Marruecos, en las costas del Mediterráneo, hasta el tradicional "Arco de Crisis" asiático, en países como Afganistán y Pakistán. Y esta expansión geográfica ha estado acompañada de la expansión de la cultura de la humillación. Esta es ahora omnipresente en este inmenso e inestable conjunto de países, que también incluye a Indonesia y Malasia. Pero, ¿de dónde proviene la humillación y en qué consiste exactamente?

Las raíces de la humillación: decadencia histórica

El predominio de la humillación en el mundo árabe-islámico responde a muchas causas, pero la primera, la más importante es una sensación de decadencia histórica.

Lo que domina las fantasías islamistas es el miedo a la decadencia: una emoción que afecta a todas las civilizaciones imperios, naciones y culturas, si bien con ritmos e intensidad distintas. Los otomanos, por ejemplo, estuvieron obsesionado por la idea de su decadencia durante por lo menos los últimos tres siglos de su historia, y durante el siglo XIX, el Imperio Otomano fue conocido como "el enfermo de Europa". (Los europeos, por su parte, son relativamente unos recién llegado al campo de la decadencia. Empezaron a reflexionar sobre su declive tras la Primera Guerra Mundial, gracias a autores como Oswald Spengler y Arnold J. Toynbee. "Las civilizaciones humanas comprendido que somos mortales", escribió el poeta y filósofo francés Paul Valéry en 1922.²⁶)

La percepción islámica de la decadencia puede ser rastreada hasta finales del siglo XVIII, y ha alcanzado preocupantes profundidades durante el último siglo. En el siglo VII, los árabes supieron construir un mundo capaz de atraer a otros pueblos durante los siglos XIX y XX ellos mismos fueron atraídos hacia un nuevo mundo creado en Europa occidental. Es como si los árabes mismos hubiesen integrado la visión hegeliana de la historia y decidido que pertenecían, en palabras del gran historiador Albert Hourani, "a un movimiento pasado en el desarrollo de espíritu humano, como si, al completar su misión de preservar el pensamiento griego, hubieran entregado la antorcha de la ci

²⁶ Valéry, Paul. "Regards sur le monde actuel". 1922.

vilización a otros".²⁷ En este contexto, la derrota árabe la Guerra de los Seis Días en 1967, fue percibida no solo como un revés militar, sino, más profundamente, como una forma de juicio moral. Para el economista egipcio Galal Amin, el problema es que los egipcios y otros pueblos árabes "habían perdido la confianza en sí mismos".²⁸ El problema era entonces más cultural y moral que político o económico, como si los actuales niveles de humillación histórica que se venían acumulando desde 1683 se hubieran fundido en un nuevo ser, cargado de debilidad, incapacidad y fracaso.

Cuando el Occidente cristiano se hallaba en la bruma de su Edad Media, el islam se encontraba en el pleno florecimiento de su Renacimiento, en particular en lugares como Andalucía. Es interesante observar que Córdoba, Estambul e Ispahán son las tres ciudades representativas usadas en el ala islámica del Museo de Londres Victoria y Albert como símbolos del clímax de la civilización islámica. De las tres, solamente una era árabe (Córdoba), y dos (Córdoba y Estambul) son hoy en día esencialmente occidentales. Solo la tercera (Ispahán, en Irán) es actualmente una ciudad islámica. (Esto puede ayudar a explicar la centralidad del Irán a los ojos árabes, tanto como reto y modelo, y el relativo éxito de la estrategia de los actuales gobernantes del país, a pesar de su acercamiento "incivilizado", acaso a veces bárbaro, a su propia cultura.)

En general, el mensaje explícito del ala islámica del Museo Victoria y Albert es para un musulmán actual tan reconfortante como inquietante. Puede ser leído como "Ustedes han sido grandes, y pueden volver a ser grandes", o "La última vez que fueron realmente grandes fue hace más de cuatro siglos". En la

27 Hourani, Albert. *A History of the Arab Peoples*. Londres: Faber and Faber, 1991. p. 249.
[Trad. castellana: *La historia de los árabes*. Barcelona: Ediciones B, 2007.]

28 Citado por Hourani, *ibid.*, p. 442-3.

gran novela egipcia *El edificio Yacobián*, de Alaa Al Aswany, se siente la nostalgia por un mundo de tolerancia y refinamiento en medio de un ambiente corrupto, vulgar, terriblemente pobre y cada vez más violento.²⁹

Es difícil rastrear los orígenes de esta sensación de decadencia, primero relativa y luego absoluta. El momento en que el Occidente cristiano inició su propio Renacimiento coincide con el comienzo del declive del islam. El punto decisivo fue 1683. Tras su fracaso de tomarse Viena, los otomanos comprendieron que la historia ya no estaba "yendo en su dirección", como lo creyeran después de la conquista de Constantinopla (la "nueva Roma del Oriente") en el año 1453. El fracaso del Imperio Otomano de mantener una ventaja competitiva sobre la Europa cristiana respecto al desarrollo de la tecnología militar, en especial armas de fuego, demostró ser un elemento clave del traslado de poder del islam a Occidente.

Para finales del siglo XVIII, Napoleón Bonaparte pudo conquistar Egipto fácilmente, y la salida de los franceses no se debió a la resistencia islámica, sino a la victoria de la Marina Británica bajo Horatio Nelson. En palabras de Bernard Lewis: "Las fuerzas dominantes en las tierras de los musulmanes eran ahora fuerzas extranjeras. Quienes daban forma a sus vidas eran las acciones y decisiones extranjeras. Lo que les daba oportunidad de elegir eran las rivalidades extranjeras".

En último término, los otomanos se mostraron incapaces de estar a la altura de Occidente. En contraste, el Japón del período Meiji (1868-1912) enviaba a finales del siglo XIX "misiones de expertos" al mundo occidental, las cuales demostrarían ser un factor clave de la modernización de Japón. Como resultado

²⁹ Alaa Al Aswany. *El edificio Yacobián*. Madrid: Maeva, 2007. El libro original fue adaptado al cine en el 2006 por el director egipcio Marwan Hamed

de todo esto, un Japón en ascenso pudo vencer a una Rusia en declive en 1905. Las misiones enviadas por el Imperio Otomano, siguiendo el ejemplo japonés, llegaron demasiado tarde, cuando ya el Imperio se había debilitado y vuelto demasiado decadente para recapturar su poder pasado. La modernidad solo llegaría a Anatolia con el ascenso de Kemal Atatürk en 1923, e incluso el kemalismo mismo, por estar limitado geográficamente y restringido al antiguo núcleo otomano, fue insuficiente para trascender la humillación resultante de la caída del Imperio Otomano.

La sensación de decadencia histórica que constituye la raíz fundamental de la cultura de la humillación árabe-islámica se ha reforzado e intensificado a través del impacto acumulativo de una serie de frustraciones: la sumisión al imperialismo occidental en los siglos XIX y XX; las desilusiones de los ideales de independencia; la creación del Estado de Israel; la escasez de petróleo —que al menos hubiera servido como un arma económica y diplomática—, y ante todo la ineptitud de sus propios líderes. Esta última fuente de frustración es incluso más profunda y dolorosa, pues no es el resultado de imposiciones extranjeras (si bien las fuerzas extranjeras han ayudado a mantener el statu quo, en países como Egipto y Arabia Saudita, y en Irak han derrocado por la fuerza el régimen político de Saddam Husein, impopular entre la mayoría de la población).

Israel como humillación

En estos niveles de humillación, la frustración causada por la mera existencia de Israel ocupa un lugar muy importante, y es el resultado de una combinación de razones históricas, culturales, demográficas y religiosas. La creación del Estado de Israel en 1948 fue por sí misma un choque simbólico para el mundo árabe. Fue, a sus ojos, la prueba absoluta de su decadencia, de la

duplicidad de Occidente, de su incapacidad de dictar su propia historia: un símbolo de su impotencia. Para algunos occidentales, la sensación de consternación que la fundación de Israel produjo en el mundo árabe puede parecer desproporcionada. Al fin y al cabo, Israel ocupa una diminuta tajada de tierra en medio de una vasta región musulmana. Pero lo que importaba, por supuesto, no era tanto el tamaño del país, sino su "localización emocional" central en la mitad de lo que los árabes y musulmanes consideraban sus tierras propias, incluyendo Jerusalén, con su Cúpula de la Roca, uno de los más sagrados emplazamientos del islam.

La única forma en que los regímenes árabes han logrado aceptar la humillante impotencia simbolizada por su fracaso a la hora de evitar o erradicar Israel ha sido a través de una mezcla de romanticismo y negación históricos. La primera reacción psicológica fue la analogía entre el recién creado Estado judío y los reinos cruzados de la Edad Media. Según esta analogía, Israel, como los reinos cristianos, era una frágil y artificial creación que no podría durar. En realidad, esta analogía no era, desde un punto de vista histórico, precisamente fuerte o exacta. Pero esto no disuadió a los creadores de mitos árabes. Estos se convencieron a sí mismos de que las arenas del desierto se tragarían tarde o temprano las arrogantes torres de Israel, así como en el pasado habían cubierto los castillos cristianos.

En el año 2001, antes del 11 de septiembre pero en medio de la segunda Intifada, el presidente francés Jacques Chirac le preguntó a cierto príncipe saudita:

—¿Por qué no apoyan económicamente a los palestinos de modo más activo? Un apoyo económico ayudaría a asegurar la paz entre Israel y Palestina.

La respuesta del príncipe saudita no pudo ser más clara:

—Sería un desperdicio de dinero, dado que en veinte años Israel habrá dejado de existir.

Sin duda, tras los ataques del 11 de septiembre, tanto Arabia Saudita como la mayoría de los países del Golfo han modificado su posición, al menos de modo oficial, bajo la doble influencia del temor por la supervivencia de sus regímenes en caso de que el caos se extendiera desde Palestina hasta el Golfo, y de la creciente confianza económica impulsada por el aumento de los precios del petróleo. En los emiratos del Golfo, también es posible percibir hoy en día el deseo de convertirse en epicentro de un renacimiento islámico, que toleraría la presencia de judíos (incluso de israelíes). Y sin embargo, estos cambios de actitud son relativamente superficiales comparados con el pertinaz deseo en el corazón de millones de musulmanes de ver al Estado de Israel borrado para siempre del mapa del Medio Oriente.

Posiblemente, el país que se sintió más humillado por la existencia continua de Israel haya sido Egipto. La Guerra de los Seis Días hizo añicos las ambiciones nacionalistas árabes del presidente Gamal Abder Nasser. Él había logrado confrontar con éxito las anacrónicas acciones neo-imperialistas de Gran Bretaña y Francia en 1956 con la ayuda de los Estados Unidos y la Unión Soviética. Pero ahora, en 1967, un país con una población de menos de tres millones había logrado, sin la ayuda de nadie, destruir su ejército de un soplo de superioridad aérea. Y lo que era peor, ese país no solo representaba la encarnación de la arrogancia y la superioridad occidentales, sino que además se presentaba a sí mismo como descendiente espiritual de los otrora esclavos de Egipto. ¿Cómo era posible que un puñado de antiguos esclavos pudiera humillar de ese modo a los herederos de Ramsés II?

Antes de iniciar del proceso de paz con Israel, el político y militar egipcio Anwar el-Sadat tuvo que restablecer el estropeado orgullo de los egipcios. El cruce del Canal de Suez en 1973 fue el primer paso de un proceso que culminó simbólicamente

con la visita de Sadat a Jerusalén en 1977. Por supuesto, Sadat habría de pagar con su vida en 1981 este atrevido movimiento tan adelantado respecto a la sensibilidad de su pueblo y de la gran nación árabe. La mayoría de egipcios estaba ciertamente lista para una tregua indefinida, o algún tipo de paz fría con Israel, pero no para una verdadera reconciliación.

El intento de Sadat por producir esperanza en medio de la humillación fue un fracaso, y su muerte selló el final de tales esfuerzos. Durante el mandato de Hosni Mubarak, Egipto ha sido gobernado por una anquilosa gerontocracia cuya única prioridad evidente ha sido mantener el poder. Una guerra contra Israel se ha vuelto imposible. Pero también una paz real. Las frustraciones de los egipcios de cara a sus líderes eran y son sencillamente enormes. Y, por supuesto, la oposición religiosa a Mubarak, la Hermandad Musulmana, tiene sus propios motivos religiosos e ideológicos para odiar tanto a los judíos como a Estado de Israel.

Ahora bien, si queremos ser imparciales tendremos que admitir que los israelíes mismos han alentado esta sensación de humillación en el mundo árabe-islámico. Seguir exponiendo sus emplazamientos a pesar de las promesas hechas a los palestinos y a la comunidad internacional ha sido, por parte de Israel, una demostración de su actitud indiferente frente a las sensibilidades palestinas. La multiplicación de puestos de control y bloqueos en las carreteras al interior de los territorios controlados por Israel ha desempeñado un papel central en esta sistemática política de humillación que trasciende las exigencias de una lucha contra el terrorismo.

Sin duda, las acciones de Israel han sido dirigidas por su propia sensación de inseguridad. En el ambiente de orgullo que resultó de la Guerra de los Seis Días, los sentimientos de éxito y alivio se mezclaron con una sensación de superioridad frente al

enemigo derrotado. Era común escuchar por esos días en Israel cosas como: "Israel tiene un arma secreta: los árabes". Hoy en día, muchos árabes le apostarían a: "Los árabes tienen un arma secreta: la fragilidad psicológica de Israel". Ambos lados se equivocan al subestimar la capacidad de resistencia del adversario y al exagerar sus propias fuerzas. Y a final de cuentas, el peso de la responsabilidad por el fracaso del proceso de paz debe ser compartido por palestinos, israelíes, líderes árabes y la totalidad de la comunidad internacional.

Al estar rodeada por vecinos hostiles, Israel debe realizar actos macabros de equilibrio, en los que la calidad prevalezca sobre la cantidad, la riqueza sobre la desesperación de la miseria y la superioridad tecnológica sobre la pasión y el espíritu de sacrificio de las masas árabes. Este juego de fuerzas llevó a la segunda Intifada (2000-2002) y a la guerra contra Líbano (2006). La ausencia de una clara victoria israelí equivale a un fracaso de Israel; la ausencia de una clara derrota se convierte en una victoria para Hezbolá. A través de una proporción de un israelí muerto por diez árabes, Israel fue "balanceada".

En su intento por contrarrestar la sofisticada precisión de los arsenales de Israel, los humillados palestinos buscaron infundir terror a los israelíes a través del humo de bombas humanas, armas de destrucción inteligentes que pueden ser detonadas en momentos y lugares elegidos como especialmente letales. Se trató de una estrategia perfecta en su falta de humanidad, que solo logró endurecer la determinación y el carácter de los ciudadanos de Israel. Muy pronto, se convirtió en un fracaso estratégico y en una propaganda negativa autoinfligida; pero también en una perfecta ilustración de los modos de violencia que una cultura de la humillación puede llegar a producir.

La manipulación política de la humillación ha asumido varias formas, no solo en el mundo árabe-islámico, sino también en

Asia. Los musulmanes de India a Indonesia, de Malasia a las Filipinas, han expresado a través de la violencia su sensación de haber sido humillados a manos de Occidente, en particular de los Estados Unidos y sus propios gobiernos corruptos aliados con los estadounidenses. Los escándalos en torno a la publicación de caricaturas del Profeta Mahoma en un periódico danés en el 2005 dan muestra de esto. Sin duda, la libertad de expresión no debería incluir el derecho a insultar la más profundas emociones de los otros. Es tonto jugar con cerillas junto a un tanque de gas: ¿quién quiere atacar deliberadamente las creencias más sagradas de los otros simplemente porque se trata de una "buena provocación"? Pero es igual de obvio que la capacidad de aquellas caricaturas de encender la furia a lo largo y ancho del mundo islámico se debió al subyacente sentimiento de humillación que ha preparado a los musulmanes a responder con ira defensiva a cualquier supuesto insulto a su fe asediada.

Es interesante observar que la violencia no estalló entre los musulmanes de Dinamarca, sino en capitales distantes de un enfurecido mundo musulmán, de Karachi a Trípoli. Sin duda, pues es allí donde la cultura de la humillación pervive con mayores energías.

La diplomacia de la humillación

Algunas veces, el sentimiento de humillación puede convertirse en una poderosa arma diplomática, como lo ilustra una serie de episodios de la historia reciente del Medio Oriente. Uno de los modos en que funciona es jugando con el sentimiento de *culpa* de otras naciones que han participado en la humillación, y usando esta culpa para derivar concesiones o apoyo.

La explotación del sentimiento de culpa de los antiguos poderes es un instrumento clásico de la diplomacia que algunos

países musulmanes utilizan. Esta estrategia debería debilitarse con el paso de los años. El Estado de Israel tampoco ha rehusado usar otro poderoso sentimiento de culpa del continente europeo: la culpa por los crímenes históricos del antisemitismo y ante todo el Holocausto. Europa, presa de dos sentimientos de culpa contradictorios, no la ha tenido fácil a la hora de definir una posición común y viable en Medio Oriente. Alemania se inclina hacia Israel, mientras Gran Bretaña (carente de cualquier culpa relacionada directamente con el Holocausto) y Francia (percibida como una nación de resistencia antinazi bajo De Gaulle) han tendido en algunos momentos hacia sus antiguas posesiones coloniales, impulsadas sin duda también por la sed de petróleo, todo lo cual resulta en una combinación de culpa y codicia.

Durante las eternas negociaciones con Occidente en torno a cuestiones nucleares, los representantes del Irán siempre han iniciado sus discusiones con una referencia a su antiguo primer ministro, Mohammad Mossadegh, derrocado por un golpe de estado apoyado por los Estados Unidos en 1953. Como si fuera un conjuro, su nombre es usado como un arma de disuasión emocional: "Ustedes nos humillaron hace más de cincuenta años. No podrán hacerlo de nuevo. Ahora somos un actor principal, y tenemos el derecho de volvernos nucleares, como cualquier otro país de la región. Tenemos mejores calificaciones como civilización que Pakistán y, en términos demográficos, ni siquiera nos hallamos en la misma categoría del diminuto Israel". Puede que esta estrategia no siempre funcione, pero a veces ha sido de gran ayuda para debilitar la determinación occidental. Y en la diplomacia, incluso las más pequeñas ventajas son provechosas.

Incluso Turquía, a su modo, juega con la carta emocional cuando el mundo exterior intenta hacerle reproches respecto a su pasado. Los esfuerzos del Congreso estadounidense en 2009 para que Turquía reconociera la trágica masacre de los armenios

nios (1915-1919) solo empeoraron las relaciones entre Turquía y los Estados Unidos, ya deterioradas tras la guerra en Irak. Puede que los turcos miren con aires de superioridad a los árabes, y consideren a Irán una amenaza estratégica. Sin embargo, un sentimiento de humillación común los empuja a reaccionar emocionalmente cuando se ven confrontados con su propio pasado, especialmente por Occidente. "Ustedes no tienen nada que enseñarnos. Miren lo que ustedes mismos han hecho con sus nativos indígenas y con los judíos": este parecería ser el lema implícito de Ankara.

Por otra parte, algunas veces la humillación puede ser ocultada a causa de una combinación de razones políticas, diplomáticas e incluso religiosas.

En 1979, el régimen saudita intentó mantener en secreto la ayuda de un comando élite francés durante la recuperación de lugares sagrados en la Meca de manos de un grupo de fundamentalistas islámicos. El régimen temía revelar la entrada de "infieles" a aquellos santuarios del islam, así como su propia incapacidad de enfrentar lo que más tarde se vería como el nacimiento de Al-Qaeda. El hecho de que los príncipes árabes necesitaran de Occidente para proteger sus santuarios sagrados, su seguridad personal y la estabilidad de sus regímenes se convirtió en fuente de profunda vergüenza personal y nacional de parte de aquellos líderes. Incluso hoy en día, la compra de armas a Occidente puede ser vista como una discreta forma de encubrimiento de un modo más personalizado de protección: "Les compramos sus armas, pero se entiende que ustedes protegerán la integridad de nuestros regímenes con sus tropas élite si es el caso". ¿Pero qué tipo de independencia es esta? ¿Es menos humillante fiarse del apoyo occidental que del emperador otomano en los años anteriores a la independencia? Al menos los otomanos eran buenos musulmanes...

La humillación también puede ser ocultada bajo la fachada de arrogancia intelectual, en la forma de la proclama: "¡El futuro nos pertenece, así como nos perteneció el pasado!". Según un filósofo sirio citado por Bernard Lewis, la única cuestión relevante respecto al futuro de Europa es: "¿Será una Europa islamizada o un islam europeizado?".³⁰ Este tipo de bravuconadas son apenas un mediocre consuelo para los resentimientos de millones de musulmanes a causa de las humillaciones sufridas. No hay señales claras de que estos resentimientos puedan ser aliviados a corto plazo.

Humillación, globalización y negación

La frustración a causa del proceso de globalización es un elemento adicional de la humillación. En este mundo nuestro, transparente y abierto, el islam es dolorosamente consciente del creciente contraste entre el éxito de Occidente y Asia para navegar en las aguas de la globalización y de su propio fracaso en hacerlo. El Reporte de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Árabe, publicado en el 2002, significó una especie de llamado a despertar difícil de ignorar por parte de los líderes árabes. Contení una serie de estadísticas alarmantes, desde el bajísimo nivel de inversión en educación e investigación (exceptuando los países del Golfo) a la ausencia de competitividad económica, la falta de progreso democrático y la intensificación de la desigualdad. Todos estos datos reforzaron la sensación de estar frente a un "mundo relegado".³¹ Como el célebre experto en el

30 Lewis, Bernard. *Islam and the West*. Nueva York: Oxford University Press, 1994, p. 28-46.

31 Naciones Unidas. "Reporte de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Humano Árabe creando oportunidades para futuras generaciones". Nueva York: United Nations Publications, 2002.

Medio Oriente Oliver Roy ha demostrado de forma brillante, la reacción violenta musulmana frente a la occidentalización es una respuesta lógica a la propagación del islam por fuera de sus fronteras tradicionales, así como una reacción al sentimiento de impotencia producido por el continuo fracaso: "No puedo ni podré triunfar en el mundo que ellos controlan y definen, así que crearé mi propio mundo, en el que el éxito se definirá como me provoque".³²

Surge la pregunta: ¿por qué esta penetrante y omnipresente sensación de fracaso e impotencia? ¿Son los problemas socioeconómicos inherentes a la religión musulmana? Por ejemplo, ¿pueden ser rastreados hasta el hecho de que el Corán no traza una clara línea divisoria entre los reinos espiritual y mundano? ¿Es el islam de algún modo incompatible con la modernidad, el capitalismo y la democracia? ¿O es que los procesos electorales democráticos, en ausencia de una cultura democrática y una clase media fuerte, intensifican inevitablemente las fuerzas no democráticas, como indicarían la victoria de Hamás en Palestina o la derrota de los moderados en Irán?

La historia reciente ofrece pocos motivos para la esperanza respecto al surgimiento de un islam modernista y democrático. Incluso en Turquía, más moderna y desarrollada que otros países islámicos, el progreso de la democracia ha coincidido con el surgimiento reciente de partidos islamistas. Muchos en Occidente escucharon con optimismo las afirmaciones de Recep Tayyip Erdogan, primer ministro turco, respecto a que el Partido de Justicia y Desarrollo de Turquía se convertiría en un equivalente musulmán de la Unión Cristianodemócrata en Alemania. Pero los cristianodemócratas son en primer lugar demócratas, luego

32 Roy, Oliver, *Globalized Islam. The Search for a New Ummah*. Nueva York: Columbia University Press, 2002. [Trad. castellana: *El islam mundializado: Los musulmanes en la era de la globalización*. Barcelona: Bellaterra, 2003.]

cristianos. A juzgar por la relativa intolerancia que muchos seguidores de Erdogan muestran frente a otras fuerzas políticas parecería que son primero musulmanes, demócratas después (si es que son demócratas en absoluto).

Parece claro, pues, que la relación entre el islam y la política es de algún modo esencialmente distinta a aquella entre el cristianismo y la política. Lo que no significa que la democracia sea un sistema totalmente incompatible con el islam. Un creciente número de intelectuales musulmanes en sociedades tan diversas como Egipto, Jordania, Turquía, Irán, Malasia e Indonesia exploran actualmente (en palabras del académico James Piscatori) "cómo es posible implementar el pluralismo, la tolerancia y la participación cívica, valores que ellos consideran profundamente islámicos" en la cultura política de sus países.³³

Estos intelectuales no estarían de acuerdo con la oscura visión del islam presentada por la polémica escritora feminista Ayaan Hirsi Ali. En su desafiante ensayo "La virgen enjaulada", Ali sostiene que los problemas son inherentes al islam. En sus palabras, "la relación de un musulmán con Dios es de temor". El segundo elemento del problema, afirma, es que el islam solo conoce una fuente moral: el infalible Profeta Mahoma. Y "el tercer elemento es que el islam está dominado por una moralidad sexual derivada de valores tribales árabes que datan de los tiempos en que el Profeta recibió sus instrucciones de Alá". (Por este motivo, la presencia de mujeres soldados en el ejército americano estacionado en tierras islámicas debe ser percibida poco una forma de humillación particularmente agresiva.) Para Ali, "estos elementos explican en gran medida por qué las na-

33 Piscatori, James. "The Turmoil within Islam". En: *Foreign Affairs*, mayo-junio de 2002.

ciones musulmanas se hallan aisladas de Occidente y, de forma más reciente, también de Asia".³⁴

En todo caso, es claro que la falta de integración de las mujeres como actores igualitarios en el funcionamiento de la sociedad constituye una profunda e ignorada desventaja para la mayoría de países islámicos que intentan competir en un mundo globalizado. Recuerdo claramente una conferencia que di en Berlín algunos pocos días tras los ataques del 11 de septiembre. El público estaba formado por banqueros de los emiratos de Golfo, incluyendo a ejecutivas de alto rango, cada una de ellas vestida en impecables trajes adornados con un ligero velo. Estas mujeres resultaron ofendidas por mis opiniones acerca del trato a las mujeres en el islam, e intentaban hacerme ver que sus altas posiciones en las instituciones financieras ni siquiera eran imaginables en el mundo occidental. Negaban una realidad que considerarían humillante. Si una mujer no puede conducir su propio coche en un país como Arabia Saudita, ¿Cómo pretende desempeñar un papel autónomo y significativo en la sociedad?

De modo semejante, cuando el presidente iraní Ahmadinejad durante su presencia en los Estados Unidos en el marco de la Asamblea General de las Naciones Unidas en septiembre de 2007, sostuvo una conferencia en la Universidad de Columbia enfatizó, contra toda evidencia, que la condición de las mujeres en Irán era "la mejor del mundo". (También declaró que no había homosexuales en Irán. Si esto es cierto, cabría preguntarle a Ahmadinejad por qué es entonces necesario prescribir la pena de muerte en la horca por un crimen que no existe.)

Acaso no sea sorprendente que para una cultura que vive bajo el lastre de la humillación resulte insoportablemente dolo

34 Hina Ali, Ayzan. *The Caged Virgin. An Emancipation Declaration for Women on Islam*. Nueva York: The Free Press, 2006. (Trad. castellana: *No acuso, defenso de la emancipación de las mujeres musulmanas*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2006.)

roso reconocer los hechos evidentes, y que una de las estrategias que emplea para dominar su molestia sea simplemente la negación, incluso de lo más obvio.

Islam y cristianismo

La relación entre islam y cristianismo conforma un elemento central en la construcción de esta cultura de la humillación. Se trata de dos religiones monoteístas, que se perciben ambas como universales, exclusivas, y que tienen como fin convertir a otros. Así, la expansión de Occidente –en su forma cristiano-capitalista o en la encarnación atea-marxista– solo pudo ser percibida en las tierras del islam como guiada por el deseo de su propia desaparición. La propagación de la cultura y la fe occidentales en países otrora mayoritariamente islámicos parecía significar que los musulmanes, una vez más, no se hallaban en control de su fe y su historia.

En tiempos recientes, la competencia religiosa entre islam y cristianismo ha adoptado nuevas formas. En primer lugar, mientras el islam es hoy en día una religión en expansión, el cristianismo se halla en gran medida, especialmente en Europa, en retirada. Incluso si no nos tomamos en serio una descripción de Europa hecha por un neo-conservador estadounidense según la cual se trata de "un continente donde las iglesias están vacías y las mezquitas llenas", debemos reconocer que las prácticas religiosas cristianas se encuentran en declive a lo largo y ancho de todo el continente. Las aplicaciones para el sacerdocio disminuyen de forma alarmante; hoy en día hay más jesuitas en Asia que en Europa. En contraste, el número de fieles del islam en todo el mundo, incluidos Estados Unidos y Europa, crece continuamente. Sin embargo, ya que la expansión del islam no viene acompañada por alguna forma notable de progreso

económico, social o político, su creciente popularidad como religión no logra aliviar el sentimiento de humillación entre los musulmanes. Y muy a menudo, el papel del islam en las vidas de los musulmanes se limita a una serie de reglas, restricciones y rituales, más que a una mejora real de la existencia cotidiana. En las madrasas de Pakistán, los jóvenes se aprenden de memoria el Corán en árabe: un idioma que no entienden. Bajo tales circunstancias, es difícil pretender conectar de manera positiva la religión con una mejora de la vida diaria.

Entre una cultura testigo del crecimiento en importancia de su religión, pero obsesionada con su propia sensación de decadencia, y una cultura que ve su religión con creciente indiferencia, pero que aún se percibe a sí misma como universal y central, solo puede haber una relación difícil. "Nosotros", en Occidente, somos cada vez más seculares. "Ellos", en el mundo islámico, cada vez más religiosos. Como resultado, "nosotros" podemos verlos a "ellos" como una anacrónica evocación de "nuestro" pasado, entre los siglos XVI y XVIII, cuando Europa se hallaba en medio de las guerras de religión. En contraste, lo que "ellos" perciben es que a causa de "nuestra" modernidad (que perciben como decadencia moral) no están más en control de sus propias vidas. "Nuestro" acercamiento casual a la sexualidad les señala que ya no están a cargo de sus valores; que despreciamos o ignoramos sus sensibilidades.

Por supuesto, muchos musulmanes progresistas, tanto en Occidente como en el resto del mundo, se esfuerzan por disolver esta dicotomía de "nosotros" contra "ellos". Un número creciente de mujeres musulmanas de segunda generación en Europa, Estados Unidos, e incluso en naciones islámicas, eligen luchar por los derechos de las mujeres *en el interior* del islam. Acaso con el tiempo, esta se convierta en la más poderosa revolución de la historia. Y por supuesto, en un mundo de redes de comu-

nicación globales, ninguna cultura es inmune a las influencias extranjeras. En un libro publicado recientemente, *Heavy Metal Islam: Rock, Resistance and the Struggle for the Soul of Islam*, el escritor Mark LeVine examina los movimientos de música *underground* de influencia occidental que han florecido bajo regímenes totalitarios a lo largo del Medio Oriente y África del Norte.³⁵ Pero mientras que el propósito de LeVine puede ser destruir la noción de diferencias irreconciliables entre islam y Occidente, los musulmanes conservadores pueden usarlo para justificar todo lo contrario: "¡Miren cómo Occidente corrompe a nuestros jóvenes con su música decadente! Debemos erigir barreras más fuertes para luchar contra esos males".

El tema de la poligamia es una perfecta ilustración del abismo existente entre las percepciones del islam tradicional y Occidente. Para la mente occidental, se trata de una ofensa a la modernidad y a los derechos de la mujer. Pero para un musulmán devoto (o una mujer musulmana devota), es la realización perfecta de las leyes del islam. Nuestra condena recuerda a muchos musulmanes de una difícil realidad: que viven hoy en día bajo "nuestras" leyes internacionales y nacionales. Y es que debe ser así, si los musulmanes viven como miembros de una minoría en el mundo occidental. La línea que separa la necesidad de respetar los valores de los otros del peligro del un relativismo cultural extremo, que abandona todas las reglas y estándares en nombre de la aceptación universal, es muy delgada.

Esta cuestión de la tolerancia es aún otro tema sensible de la relación entre musulmanes y cristianos. Algunos musulmanes quieren sostener que, de hecho, el islam es la más tolerante de las grandes religiones monoteístas. Señalan las circunstancias

35 Levin, Mark. *Heavy Metal Islam: Rock, Resistance and the Struggle for the Soul of Islam*. Nueva York: Three Rivers Press, 2008.

históricas en que las minorías judías y cristianas eran tratadas con benevolencia en regiones islámicas. Hay alguna verdad en esto: en el siglo XVIII, Voltaire observó en su denuncia de la intolerancia cristiana que aún era posible encontrar iglesias en los países islámicos, mientras que en los países cristianos jamás era posible ver mezquitas. Pero la tolerancia islámica frente a otras religiones ha variado con el tiempo, y es hoy en día mucho menor que entonces, cuando la confianza prevaleciera sobre las dudas personales. Hoy en día percibimos más bien el contrario de la observación volteriana: hay mezquitas en el Occidente cristiano, incluso en Roma, pero no hay iglesias en Arabia Saudita. Nuestros actuales intentos multiculturalistas de un "compromiso constructivo" con el islam acaso no satisfagan o mitiguen a los conservadores del mundo musulmán, quienes los perciben como señales de hipocresía o debilidad. Y por su parte, los musulmanes dominantes desean obtener respeto, y por ahora lo único que tenemos para ofrecerles es simple tolerancia.

La decadencia cultural árabe

Las fuentes de la humillación, ante todo de carácter político y social, se ven reforzadas a nivel cultural por el declive de la lengua y la cultura árabes. El islam como religión podrá estar en proceso de expansión; pero la cultura árabe no es particularmente próspera. Con algunas excepciones notables, como el novelista egipcio y premio Nobel de Literatura, Naguib Mahfouz, y su compatriota el dramaturgo Kateh Yacine, la literatura, la música y las películas árabes tienen pocos adeptos fuera del mundo árabe. Por su parte, si bien el flujo de la literatura occidental al mundo árabe a través de traducciones ha aumentado en los últimos años, es aún bastante débil, lo cual refleja el relativo aislamiento del mundo árabe de la cultura global. In-

cluso dentro del mundo islámico, la cultura contemporánea es muy poco fomentada; de hecho, a menudo sucede justamente lo contrario. Es peligroso ser un intelectual o un artista en un ambiente donde déspotas y fundamentalistas comparten el interés de refrenar la libre expresión de creatividad. Por ejemplo, el cantante argelino Lounès Matoub fue asesinado en 1998 por el "crimen" de abogar por la libertad de los beréberes, así como por las líricas "sacrílegas" de sus canciones.

Sin duda, hay grandes diferencias entre los países musulmanes. A este respecto, nada es más sorprendente que el contraste entre las librerías en El Cairo y Estambul. Aquellas ilustran claramente el provincialismo de un decadente estado gerontocrático; estas retumban de vida. El premio Nobel de Literatura turco Orhan Pamuk es ciertamente una especie de disidente en su propio país, pero de ningún modo una casualidad. En muchos sentidos, Pamuk es la ilustración simbólica del hecho de que el declive que describimos afecta mucho más al mundo árabe que al islámico.

En algún tiempo, Egipto se vio a sí mismo como el orgulloso heredero de una cultura preislámica. La continuidad física entre los egipcios antiguos y los modernos es mucho más real que la continuidad entre la Grecia actual y la clásica. Recuerdo vívidamente mi encuentro hace veinte años con Neguib, el entonces ministro de relaciones exteriores de Egipto. Después de nuestra entrevista, tuve la oportunidad de ver a su ancestro físico en el Museo de Antigüedades de Egipto: la famosa escultura del "escriba" se veía exactamente igual al ministro. Egipto aún se podía ver a sí mismo como un tipo de Imperio del Medio, actor indispensable, con el derecho a desempeñar en Medio Oriente el mismo papel de China en Asia.

Por desgracia, esto ya no es realidad. Egipto, congelado por un régimen que ha logrado muy poco y ha durado demasiado,

ha perdido la sensación de confianza que sus memorias de la era de los faraones le habían conferido. En este sentido, Egipto resume y encarna perfectamente lo que ha sucedido con el mundo árabe.

Aún recuerdo los carteles que vi en los muros de El Cairo en 1986, en vísperas de las elecciones presidenciales que habrían de confirmar una vez más la presidencia de Hosni Mubarak. Los retratos de Nasser eran seguidos por retratos de Sadat, y por enormes carteles que recordaban las obras de Mark Rothko, y representaban una nueva ola de la política egipcia: la Hermandad Musulmana. El mensaje era claro: "Egiptios: ustedes han probado el nacionalismo árabe con Nasser y el nacionalismo egipcio con Sadat. Ambos han fracasado. ¿Por qué no darle un chance al partido de Dios, la Hermandad Musulmana?". Los Hermanos Musulmanes son usados hoy en día por el régimen —al menos en parte— para amedrentar a las audiencias domésticas y extranjeras y hacer que acepten el statu quo político: "¿Les parece que somos malos? ¡Lancen un vistazo a la alternativa!".

Dios como respuesta al fracaso, Dios como solución definitiva: este es el camino que demasiadas personas en el mundo islámico han elegido, un camino en último término infructuoso, pues no ofrece una vía significativa para enfrentarse a los retos de la modernidad; retos a los que cada nación del mundo debería poder responder.

Humillación y terrorismo

Muchas personas en Occidente han expresado su desconcierto frente al hecho de que ideas islamistas, incluyendo ideas extremas que aprueban la violencia, hayan encontrado un público favorable no solo entre los pobres y desposeídos del mundo árabe y musulmán, sino incluso entre clases sociales, econó-

micas y educacionales relativamente altas. Como sucedía con los revolucionarios del siglo XIX, los terroristas del XXI no son reclutados de entre los más pobres. De hecho, su nivel de prosperidad y educación es usualmente el promedio, o incluso mayor que el promedio. La razón para esto es simple: la cultura de la humillación ha afectado todos los niveles de la sociedad islámica, desde los más pobres hasta los más prósperos y occidentalizados.

Consideremos, a modo de ejemplo, la vida y la trayectoria del gran académico Edward Said, autor en 1979 del famoso ensayo *Orientalismo*. Este libro es, al menos en parte, producto de un sentimiento de humillación y alienación que incluso un árabe cristiano asimilado puede sentir. Si el más sofisticado de los críticos literarios, un refinado pianista aficionado, pudo denunciar con tal pasión los "arrogantes" modos en que Occidente observa el "Oriente", todas las clases de su sociedad están sin duda vinculadas por esa pasión. ¿Y quién podrá condenar completamente a Edward Said? Sin duda hay un elemento de verdad en lo que sintió y escribió.³⁶

La misma cultura de la humillación subyace a la atracción que la violencia terrorista ejerce sobre muchos musulmanes. Sin la cultura de la humillación, ¿cómo podrían los fundamentalistas incitar a un joven musulmán, ciudadano británico, a asesinar a otros ciudadanos a través de un ataque suicida en el metro del Londres? ¿Cómo explicar que jóvenes alemanes convertidos al islam prepararan ataques asesinos en su propio país? Estos instintos de autodestrucción surgen de una combinación de condiciones psicológicas, culturales y socioeconómicas que conducen de la humillación a la violencia.

36 Said, Edward. *Orientalism*. Nueva York: Vintage, 1978. [Trad. castellana: *Orientalismo*. Madrid: Debate, 2002.]

En un reporte publicado recientemente, titulado "Radicalización en el mundo occidental: la amenaza doméstica", el Departamento de Policía de Nueva York describe el proceso a través del cual ha surgido una *yihad* autónoma en Occidente. No es dirigida ni financiada por Al-Qaeda, aunque se inspira en ella. La conclusión de este reporte es que, a la hora de incubar la radicalización, la búsqueda de identidad y el fracaso de la integración social y económica desempeñan un papel más importante que la opresión, la desesperanza o el espíritu de venganza. Estas emociones negativas pueden llevar fácilmente a la creencia en teorías de conspiración y al deseo de emplear la violencia como fuente de redención.³⁷

La sensación de que el mundo islámico se halla amenazado en términos geopolíticos ha desempeñado un papel central en el surgimiento del fundamentalismo musulmán moderno y el terrorismo que este promueve. Consideremos, por ejemplo, la invasión soviética a Afganistán. Se trató de un punto de quiebre emocional tras el clímax de la humillación árabe en la Guerra de los Seis Días en 1967. Los islamistas se congregaron para apoyar a los rebeldes afganos contra los soviéticos (con la ayuda clandestina del otro superpoder: los Estados Unidos). El éxito inesperado de los rebeldes se convirtió en la prueba de que un superpoder podía ser vencido por una unión nacional islámica.

Por supuesto, derrotar a la Unión Soviética en Afganistán no fue suficiente para aliviar el sentimiento islámico de humillación, pues el verdadero "humillador", en opinión de muchos musulmanes, era Occidente. La derrota simplemente dio nuevas fuerzas al apetito de venganza de los fundamentalistas, que

37 "Radicalization in the Western World: The Domestic Threat" Departamento de Policía de Nueva York, 2008. Selección de pasajes en el diario francés *Le Monde*, junio 26 de 2008.

Musulmanes en Occidente

Para la mayoría de musulmanes que viven en países occidentales, el sentimiento de humillación y frustración es de naturaleza tanto cultural como socioeconómica. La causa de su desesperanza es un profundo sentimiento de aislamiento de la mayor parte del mundo moderno, una frustración más dolorosa a causa de las cicatrices de un pasado colonial no tan distante. Cuando esta historia colonial recibe una resonancia particular, el sentimiento de alienación resultante es particularmente profundo. Por ejemplo, en el año 2001, ciudadanos franceses de descendencia argelina abucheaban a su equipo nacional de fútbol (esto es: el equipo francés), mientras que en el 2008, alemanes de descendencia turca apoyaban alegremente a las selecciones alemana y turca por igual. La razón es simple: no existe un vínculo colonial entre Alemania y Turquía, mientras que Argelia y Francia comparten un difícil pasado que ninguno de los dos países logra olvidar fácilmente.

Pero incluso en ausencia de una historia colonial, los musulmanes de Occidente se ven muy a menudo marginados de sus comunidades, especialmente durante tiempos de conflicto. Tras la primera Guerra del Golfo en 1991, muchos árabes se sintieron excluidos del mundo occidental (como si para los ojos occidentales todos los árabes de Irak a Argelia fueran iguales). Después de los ataques del 11 de septiembre, los musulmanes se sintieron excluidos de todo el mundo (como si los musulmanes fueran potenciales terroristas). Y después de la explosión de violencia en ciudades francesas en el 2005, los musulmanes franceses se sintieron catalogados como "*banlieusards*" en su propio país (como si todos los musulmanes fueran habitantes de zonas suburbanas pobres).

Musulmanes en Occidente

Para la mayoría de musulmanes que viven en países occidentales, el sentimiento de humillación y frustración es de naturaleza tanto cultural como socioeconómica. La causa de su desesperanza es un profundo sentimiento de aislamiento de la mayor parte del mundo moderno, una frustración más dolorosa a causa de las cicatrices de un pasado colonial no tan distante. Cuando esta historia colonial recibe una resonancia particular, el sentimiento de alienación resultante es particularmente profundo. Por ejemplo en el año 2001, ciudadanos franceses de descendencia argelina abucheaban a su equipo nacional de fútbol (esto es: el equipo francés), mientras que en el 2008, alemanes de descendencia turca apoyaban alegremente a las selecciones alemana y turca por igual. La razón es simple: no existe un vínculo colonial entre Alemania y Turquía, mientras que Argelia y Francia comparten un difícil pasado que ninguno de los dos países logra olvidar fácilmente.

Pero incluso en ausencia de una historia colonial, los musulmanes de Occidente se ven muy a menudo marginados de sus comunidades, especialmente durante tiempos de conflicto. Tras la primera Guerra del Golfo en 1991, muchos árabes se sintieron excluidos del mundo occidental (como si para los ojos occidentales todos los árabes de Irak a Argelia fueran iguales). Después de los ataques del 11 de septiembre, los musulmanes se sintieron excluidos de todo el mundo (como si los musulmanes fueran potenciales terroristas). Y después de la explosión de violencia en ciudades francesas en el 2005, los musulmanes franceses se sintieron catalogados como "*banlieusards*" en su propio país (como si todos los musulmanes fueran habitantes de zonas suburbanas pobres).

Sin duda, los musulmanes europeos sufren bajo la segregación política, social, sexual y urbana. Políticamente son tratados como sospechosos a causa de su cultura y su religión; socialmente, a causa de sus nombres y sus direcciones. Les resulta difícil encontrar trabajo (la tasa de desempleo entre los musulmanes es tres veces mayor que entre los no-inmigrantes). Tienen problemas con la ley (a pesar de que representan solo el 15% de la población urbana en Francia, representan del 70% al 80% de condenados en las prisiones). Tienen dificultades para encontrar pareja (¿quién quiere enamorarse de un hombre joven sin futuro que proviene de una cultura que tiende a oprimir a las mujeres?). Y tienden a vivir en guetos suburbanos, al mismo tiempo tan lejos y tan cerca de las ciudades, cuyas luces, su dinamismo y su esplendor contrastan dolorosamente con su vida diaria. Así, durante los enfrentamientos en noviembre del 2005, musulmanes franceses prendieron fuego a escuelas (símbolos republicanos de un amoblado social que los excluye) y a coches (símbolos capitalistas de un amoblado físico del cual no pueden disfrutar). Tras la crisis, las estadísticas mostraban que el nivel de percepción negativa frente a los inmigrantes había aumentado dramáticamente (de un 38% a 56% en un año).

Hace poco tiempo fui invitado a la ceremonia de naturalización de un amigo mío a quien acababan de conceder la ciudadanía francesa. A pesar de ser un día frío y lluvioso, los futuros ciudadanos tenían que esperar fuera de la Prefectura de París donde la ceremonia tendría lugar. En la corte un oficial de la policía les dijo en tono bastante incómodo que debían comportarse "apropiadamente". Pasar por la estrecha puerta hacia la ciudadanía es una verdadera prueba de fuerza y voluntad. Al final, a la familia y los allegados no se les permitió entrar a la corte. Se podía percibir claramente un sentimiento de sospecha en el lenguaje corporal de los guardias de seguridad, como si pensarán: "Están a punto

de convertirse en franceses, ¿pero merecen realmente el honor?. ¿Dónde estaban los valores de la República, especialmente la "fraternidad" de la que tanto nos preciamos? No podía dejar de comparar esta áspera bienvenida con las solemnes, casi religiosas ceremonias de naturalización en los Estados Unidos. Ese día me sentí avergonzado de mi país.

Para los musulmanes en Europa, la humillación proviene ante todo de una trabajosa búsqueda de la propia identidad. La dificultad de integrarse en la sociedad francesa, combinada con la separación de sus países de origen (Argelia, Marruecos, Túnez) los convierte demasiado a menudo en huérfanos sin identidad nacional. En los tres países del Norte de África que se hallaron bajo la dominación francesa y su "misión civilizatoria" —en particular Argelia, en sus tiempos parte oficial de Francia— a los niños de hecho, se les enseñaba que sus ancestros eran "*les gaulois*" (los galos), con lo cual se los despojaba de una historia y un pasado que muchos jamás llegarían a conocer. Y sin embargo no eran tratados como "auténticos" ciudadanos franceses, sino como "indígenas", suficientemente buenos para el servicio militar, pero no para la ciudadanía completa. Podían morir como franceses, pero no vivir como tales.

La situación ha mejorado con el paso del tiempo. Algunos pocos individuos han alcanzado grandes éxitos en la sociedad europea. Pero en Francia, Alemania o Inglaterra aún no existen líderes culturales, sociales y políticos significativos que provengan de las comunidades musulmanas de estos países.

En este contexto, el islam se convierte en la identidad primaria de los jóvenes: "Si aún no soy francés, y ya tampoco soy un argelino, ¿quién soy si no un musulmán?"

En Gran Bretaña, los ciudadanos descendientes de paquistaníes sufren dudas de identidad similares, reforzadas por el hecho de que el sentimiento paquistaní de identidad nacional ya es

bastante problemático. ¿Cuál es el significado de un concepto como "nación islámica"? ¿Es el islam, es este caso, una cultura, una nacionalidad o una religión? ¿Y qué hace que Pakistán sea más "islámica" que otras naciones? Hay más musulmanes viviendo en la vecina India que en Pakistán. ¿Es Pakistán un constructo artificial, un muñón arbitrario de la historia que ha fracasado en su intento por convertirse en una nación? Si lo es, ¿de qué forma afecta esto el sentimiento de identidad y de conexión con un pueblo, tan necesario para que el hombre se sienta completamente seguro?

Al mismo tiempo, otros factores menos evidentes parecen desempeñar también un papel activo en la alimentación del sentimiento de humillación. En "My Brother the Bomber" [Mi hermano el bombardero], un fascinante estudio de uno de los terroristas responsables de los ataques en Londres del 7 de julio del 2005, publicado por la revista británica *Prospect* en julio del 2005, las raíces de la violencia son rastreadas principalmente en conflictos familiares y tensiones entre paquistaníes británicos de diferentes generaciones. El estudio sostiene que la generación más joven tiende a ver el islamismo —en este caso el fundamentalismo Wahhábí— como una especie de teología de la liberación. Presos de irresolubles dilemas de identidad de naturaleza religiosa, sexual y familiar estos jóvenes fueron víctimas fáciles de las seducciones de los extremistas religiosos, quienes dieron sentido a sus vidas alienadas y solitarias a través de la destrucción y la muerte, incluyendo la suya propia.³⁹

Así, una vez más, el sentimiento de humillación árabe-musulmana, patrocinado por una vida de pobreza y marginalidad en el mundo moderno, alimenta y es alimentado por una sensación de decadencia histórica. Mientras más uno crea que la propia

39 "My Brother the Bomber". En: *Prospect*, julio de 2005.

civilización fue alguna vez el centro del mundo, mayor es la sensación de humillación que sentirá respecto al degradante estado actual. Así, el pasado glorioso deja de ser fuente consuek para convertirse más bien en fuente de profunda frustración, a menos para los árabes y los musulmanes conscientes de la idea de una antigua Edad Dorada de la civilización islámica.

Sin duda, esta descripción aplica solamente a una minoría de árabes y musulmanes. Pocos jóvenes musulmanes en los suburbios de las diferentes ciudades francesas se ven motivados por alguna nostalgia por la pasada gloria árabe cuando empiezan a incendiar coches. Tampoco por cuestiones políticas actuales como el conflicto entre Palestina e Israel. Para el típico joven musulmán, en conflicto en Medio Oriente es bastante lejano y profundamente confuso (¿de qué lado deben estar, del de Ha más o de Fatah?)

Sin embargo, las fantasías geopolíticas acerca de un pasado glorioso –y acaso también de su futura restauración– son parte evidente de la actual cultura de la humillación. Los fundamentalistas extremos sueñan con restaurar la grandeza del Califa to, sueñan con una "Reconquista": la restauración del control musulmán sobre el vasto imperio alguna vez dominado por el islam, desde el estrecho de Gibraltar hasta los bancos del Indo. Y si bien solo pocos de sus correligionarios los toman en serio sus declaraciones animan vigorosamente a las Casandras de mundo occidental, en particular a aquellos que predicen que Europa está condenada a convertirse en una "Eurabia" islamizada. De este modo, los extremistas logran exacerbar temores tensiones y sospechas de ambas partes, con lo cual trascienden las limitaciones que les imponen sus propias debilidades numéricas.

¿Qué hacer?

La cultura islámica de la humillación ha contribuido al surgimiento de varios dilemas para los líderes occidentales.

Uno de ellos lo constituye la teoría del choque de civilizaciones de Samuel Huntington. ¿Hay algo inherente a las culturas islámica y cristiana que hace inevitable un conflicto entre ambas? Si enfatizamos las dimensiones emocionales del problema, como sucede en este trabajo, es claro que hay que trazar de inmediato algunas distinciones importantes.

La primera distinción se refiere a los mundos islámico y árabe. Si la expresión "cultura de la humillación" ha de tener algún sentido, se debe aplicar ante todo al mundo árabe. Es aquí donde están presentes el núcleo del problema y el máximo de la humillación. No obstante, hoy en día es muy difícil separar el mundo árabe del mundo del islam. Pues, ¿qué es el islam sin los árabes, sin el lenguaje, la cultura y la civilización árabes? Aunque muchos árabes, en su búsqueda de una identidad y un papel significativos en el cambiante y en apariencia hostil mundo exterior, se refugian en el hecho de ser musulmanes, es difícil para los musulmanes no verse envueltos por las emociones árabes.

Este entretrejado de emociones árabes y cultura de la humillación permite explicar la ausencia de movilización popular en el mundo islámico contra las palabras y los hechos francamente inaceptables de los fundamentalistas islámicos. Ciertamente hubo manifestaciones en el mundo islámico que expresaban sentimientos antiterroristas tras los ataques del 11 de septiembre, pero, a decir verdad, se trató más de la excepción que de la regla.

Sin duda, la relativa debilidad de la movilización contra las formas de violencia al interior del islam tiene muchas causas. La falta de una organización clara y de líderes verdaderamente

representativos al interior de las comunidades musulmanas, especialmente en el mundo occidental, sumada a las profundas divisiones dentro del islam, contribuye a la relativa apatía entre musulmanes moderados. Pero había mucho más que esto. Había también la sensación de que, si bien los ataques de 11 de septiembre eran censurables y probablemente traerían consecuencias negativas para las comunidades musulmanas de todo el mundo, eran sin embargo comprensibles. La arrogancia estadounidense tenía que ser castigada.

Es cierto que los musulmanes no fueron los únicos en albergar tales pensamientos. Algunos intelectuales como el francés Jean Baudrillard expresaron sentimientos similares en sus escritos posteriores a 11 de septiembre. Y no existe una simplificación más viciada, o más peligrosa, que la ecuación de "islam" o de "islamistas" con "terrorismo". Una identificación de este tipo resulta muy provechosa para los discursos de los islamistas que vociferan que el lema "Guerra contra el terror" no es más que un eufemismo occidental para lo que en realidad es una "guerra contra el islam".⁴⁰

También es obvio que cuando se habla del vínculo entre religión y terrorismo, se debe ir más allá del islam. Fue Yigal Amir, un judío ultrarreligioso, quien "por orden de Dios" asesinó al entonces primer ministro de Israel, Yitzhak Rabin, en 1995. El terrorismo ha sido empleado tanto por católicos como por protestantes en el transcurso de la historia reciente de Irlanda. Tras los ataques en Madrid en marzo del 2005, el gobierno español sospechó en un primer momento de los terroristas de ETA.

Sin embargo, son tantos los musulmanes que se identifican hoy en día con la cultura árabe de la humillación que el terro-

40 Baudrillard, Jean. *The Spirit of Terrorism and Requiem for the Twin Towers*. Nueva York: Verso, 2002. [Trad. castellana: "El espíritu del terrorismo". En: *Power Infirmo*. Madrid: Arena libros, 2004.]

rismo antioccidental ha hallado al menos un cierto grado de simpatía a lo largo y ancho del mundo islámico.

Al mismo tiempo, es un error fatal por parte de Occidente cubrir a todos los terroristas (incluso a todos los simpatizantes de cualquier forma de terrorismo) con el mismo manto. La identidad y los objetivos del terrorismo son muy diversos. La declaración de la guerra global contra el terrorismo subsiguiente a los ataques del 11 de septiembre puede haber sido muy comprensible desde el punto de vista estadounidense. Pero sin duda se trató de una política condenada al fracaso. A pesar de la opinión expresada por Philip Bobbit en su libro más reciente, *Terror and Consent: The Wars for the Twenty-First Century*, el terrorismo no es un enemigo que pueda ser derrotado. Es una táctica violenta que seguirá siendo empleada mientras demuestre ser efectiva de uno u otro modo.⁴¹

• Y sin embargo, debería ser enteramente posible para Occidente lograr controlar el problema del terrorismo y reducirlo a un nivel que permita manejarlo como una amenaza aceptable. Solo algunos cientos de terroristas son considerados realmente peligrosos en países como Francia y Alemania (países con poblaciones de cinco y tres millones de musulmanes). Y el terrorismo desecha a sus agentes bastante rápido. Lenin solía decir: "No es posible ser un revolucionario toda la vida", y lo mismo aplica para en el caso de los terroristas (incluso sin tener en cuenta el hecho de que la vida de un terrorista tiende a ser bastante breve). Y si bien la "Guerra contra el terror" jamás podrá ser ganada (en el sentido de lograr una erradicación completa y definitiva del terrorismo), los terroristas tampoco pueden ganarla por completo. Solo sus víctimas pueden darse

41 Bobbit, Philip. *Terror and Consent: The Wars for the Twenty-First Century*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2008.

por vencidas, perdiendo la fe en su causa o violando sus propios valores en la lucha contra el terror. Esta es una realidad crucial que los líderes y ciudadanos occidentales deben recordar siempre que los demagogos exageren el impacto de la amenaza por motivos políticos.

La cultura de la humillación árabe-islámica tiene algunas otras implicaciones importantes más allá del papel que desempeña como patrocinadora del terrorismo. Como ya lo he afirmado muchos árabes abrigan sentimientos contradictorios respecto a Irán. Se sienten quizá amenazados por su crecimiento actual, y sin embargo admiran el radicalismo de un país que se atreve a enfrentar a Occidente y a su creación, Israel, de modo enérgico. El actual gobierno en Teherán se regodea con esta realidad emocional. Hossein Shariatmadari, director del conservador *Kaybar Daily*, principal periódico del Irán, e influyente promotor de la revolución islámica, observa: "La gente de Irán siente que posee dignidad, y que la era de los abusos ha llegado a su fin", y añade "Si Teherán interfiere en asuntos árabes como en Palestina y en Líbano, es solamente porque su pueblo desea defender al mundo islámico y su identidad; Irán no tiene otra alternativa".⁴²

Algunas personas en el mundo árabe son conscientes de los problemas que la cultura de la humillación ha traído consigo. En *Being Arab*, el último libro que Samir Kassir, célebre columnista del diario libanés *Al-Nabaa*, publicó antes de ser asesinado durante la explosión de un coche-bomba en Beirut, se habla de la "desgracia árabe". Según Kassir, el peor aspecto de esta desgracia es la negativa de los árabes mismos de salir de ella. Añade que, en su opinión, el atractivo del islamismo yihadista radica en el hecho de que se trata de "la única ideología que

42 "Influential Promoter of Islamic Revolution". En: *Financial Times*, septiembre 28 de 2007.

parece ofrecer un alivio del estatus de víctima que los árabes proclaman con furor”.

La cultura de la muerte, según Kassir, es parte de esta profunda desgracia. Si no es posible obtener una victoria, “desangrar a otros se convierte en algún tipo de consolación”. Esta lógica de venganza ha alcanzado una nueva cima durante la última década: “La muerte se ha convertido en el medio indispensable para alcanzar cierto fin, o incluso en el fin mismo”.

La única solución es un cambio de actitud. El mundo árabe debe examinar críticamente su “condición de víctima”. “Debemos reemplazar la tradicional presuposición de nuestro estatus de víctimas no por una lógica de poder o por el espíritu de venganza, sino por el reconocimiento del hecho de que, a pesar de haber traído consigo derrotas, el siglo xx también trajo beneficios que pueden llegar a permitir a los árabes tomar parte en el progreso”.⁴³

A juzgar por lo hechos, el progreso se halla aún bastante lejos de poder ser alcanzado. Una razón crucial para ello es el estatus de las mujeres. Entre la población de los veintidós miembros de la Liga Árabe, si bien el alfabetismo entre adultos se ha duplicado, y entre las mujeres incluso de ha triplicado durante los últimos treinta años, el analfabetismo entre las mujeres sigue siendo de un 60%. Las mujeres son el vehículo del progreso y la modernidad en las sociedades en desarrollo. No solo desde un punto de vista biológico son las mujeres vehículo del futuro; son también instrumentos de la esperanza, en parte porque tienen más apetito por el cambio que sus contrapartes masculinas. Un sistema que tradicionalmente excluye a las mujeres, como lo hace el islam, se condena a sí mismo al atraso y la decadencia.

43 Kassir, Samir. *Batayg Arab*. Nueva York: Verso, 2006. [Trad. castellana: *De la desgracia de ser árabe*. Córdoba: Almuzara, 2006.]

En términos más generales: un sistema que invierte todo su poder en la religión simplemente no puede progresar, teniendo en cuenta que en este caso la interpretación dominante de la religión es ella misma hostil a la modernidad y el cambio.

En este contexto, la tradición del velo es uno de los temas con más contenido emocional simbólico con el que el islam contemporáneo debe lidiar. Mi propio país, Francia, ha aprobado una ley que prohíbe a las niñas usar el velo desde el kindergarten hasta la secundaria. No soy un partidario entusiasta de esa ley, pero entiendo su lógica. Francia es un país en el que la tradición jacobina del anticlericalismo extremo, llamada usualmente *laïcité* (laicismo o secularismo) se ha convertido ella misma en una especie de religión. Pero la identidad islámica, incluyendo el uso del velo, no puede convertirse en una amenaza para la sociedad civil. Alguna vez, durante una visita a Londres, fui recibido en la estación de Waterloo por oficiales de policía musulmanas vestidas de blusa y pantalón —además de discretos velos con el fin de destacar su identidad—, lo cual no me sorprendió. En lugar de eso, lo interpreté como el triunfo de la tolerancia y la diversidad.

Por otra parte, en mi opinión, el *niqab* o la *burka* —el enterizo que cubre por completo el cuerpo y el rostro— siguen estando en marcada contradicción con los valores occidentales y las exigencias cotidianas de nuestro sistema de valores. Lo que caracteriza la civilización occidental es el culto por lo individual, y lo que distingue a una persona del resto es, justamente, su rostro. Es por esta razón que el retrato ha sido central en el desarrollo del arte de Occidente. Según esta filosofía vital, nada es más único y precioso en una persona que sus ojos; el “espejo del alma”. En Occidente, si no puedes ver los ojos de una persona, esta sencillamente no existe. ¿Cómo se supone que debe interactuar con la sociedad?

Las autoridades francesas negaron hace algún tiempo la ciudadanía a una mujer casada que vivía en Francia alegando su uso de la *niqab*. Debo decir que esta decisión no me escandalizó en absoluto. Nuestra tolerancia frente al sistema de valores del Otro debe finalizar tan pronto como nos veamos obligados a desautorizar nuestros propios valores. El relativismo cultural absoluto, la idea de que todo el mundo puede hacer lo que le venga en gana sin límite alguno, es tan peligroso como la intolerancia, pues lleva a una especie de neutralidad cínica y a la pérdida de cualquier sistema de valores.

Sin embargo, no es ni será fácil para Occidente enfrentarse a estos problemas. Debemos defender nuestros valores y animar al mundo árabe a mitigar gradualmente la rigidez y la actitud defensiva que caracterizan su cultura de la humillación. ¿Pero cómo podemos lograrlo sin imponerle nuestros valores, reforzando con ello su falta de autonomía y el sentido de opresión que produjeron la humillación y el resentimiento en primer lugar? No pretendo tener una respuesta sencilla a este conflicto.

Uno de los dramas del mundo árabe, y uno de los motivos para la perpetuación de la cultura de la humillación, es el hecho de que la mayoría de expertos en el mundo y la civilización árabes no sean ellos mismos árabes, sino especialistas provenientes de Occidente. Esto significa que demasiados árabes ven su historia solo a través de los ojos del Otro. Deben aprender a acercarse a su historia de modo desapasionado pero posesivo, algo que solo sucederá cuando en el mundo árabe-musulmán se cree un ambiente propicio para los estudios históricos objetivos. Mientras sobreviva el reino de la inseguridad y la corrupción, este avance radical seguirá siendo imposible.

Las reformas políticas, el progreso económico, el enriquecimiento cultural y los cambios psicológicos-emocionales están

profundamente interrelacionados. Todo lo cual se reduce a un solo asunto: confianza en sí mismo.

Rayos de esperanza

Existe una única gran excepción a mis generalizaciones acerca de la cultura de la humillación en el mundo árabe-islámico; un lugar de donde pueden llegar a emanar las fuerzas necesarias para un cambio de actitud.

Los emiratos del Golfo representan una subregión que constituye una zona de prosperidad y estabilidad en un ambiente general pobre y turbulento. Políticamente, los emiratos son oligarquías clásicas, si bien en la tradición beduina la autocracia está atenuada por el diálogo con el otro y el reconocimiento de sus intereses. El despotismo ilustrado de las familias reinantes se ve animado por su sensación de fragilidad. Aparte de la siempre presente amenaza terrorista, existe una amenaza demográfica. A excepción de Arabia Saudita (que no corresponde a la categoría de despotismo ilustrado) y Omán, las poblaciones locales representan apenas una pequeña minoría (15% en los Emiratos Árabes Unidos, 20% en Qatar).

Más aún, hay que reconocer que la confianza de los emiratos es algo artificial, ya que se basa ante todo en su riqueza producida por el petróleo, a fin de cuentas una suerte de la naturaleza. Es cierto que Dubai y Bahrein han expandido sus economías más allá del mercado petrolero –algunos hablan incluso de Dubai como “la máquina de lavar dinero más grande del mundo”–, pero el petróleo y el gas siguen siendo la base de su riqueza y su relativa libertad. Su progreso, pues, es frágil. ¿Qué van a hacer cuando el mundo supere por fin su dependencia de los combustibles fósiles, o cuando sus reservas se agoten?

Así que a menos de que uno crea profundamente en la homeopatía, el poder de una pequeña influencia de transformar un cuerpo mucho mayor, los emiratos no pueden servir como modelo para el resto del mundo árabe-islámico. Su progreso actual es espectacular, pero carente de cualquier contenido espiritual que pueda inspirar algo aparte de envidia o celos.

Un informe reciente de la vida en Dubai ofrecido por el periodista Michael Slackman captura algunas de las contradicciones de la vida contemporánea de los emiratos. Slackman observa:

En cierto sentido, Dubai es una visión de aquello en lo que el resto del mundo árabe podría llegar a convertirse si se le ofrecieran oportunidades económicas comparables, si él mismo insistiera en el respeto por la ley y la tolerancia frente a la diversidad cultural. En este ambiente, la religión no es algo a los que los jóvenes acuden porque llena algún vacío o porque desean someterse a una exigencia colectiva. Este hecho posibilita una atmósfera abierta no solo a aquellas personas inclinadas a un modo de vida menos observante, sino también a los más religiosos. En Egipto, Jordania, Siria y Argelia, un hombre con barba es tratado como un islamista, y algunas veces incluso no puede encontrar trabajo. Pero no aquí en Dubai.⁴⁴

Sin embargo, en el mismo artículo, Slackman retrata el desarraigo y la confusión de muchos de los jóvenes musulmanes que se ven obligados a migrar a los emiratos en busca de oportunidades económicas y libertades personales. Desgarrados entre dos mundos, viviendo en una sociedad islámica solo de nombre, donde la música pop, los coches veloces, el alcohol

44 Slackman, Michael. "Young and Arab in Land of Mosques and Bars". En: *New York Times*, septiembre 22 de 2008.

y la prostitución son rampantes, empiezan a ver sus "antiguas" vidas en culturas árabes tradicionales como sofocantes; pero al mismo tiempo juzgan sus "nuevas" vidas como algo inconexo, empalagoso, igual de insatisfactorio.

Es posible que algún día el creciente mundo de los emiratos desarrolle una estructura social que pueda ofrecer una alternativa genuina a la cultura de la humillación que domina el resto del mundo islámico. Pero ese momento no ha llegado aún.

Es probable que el país clave para la esperanza de un Renacimiento árabe en un futuro previsible sea Egipto. ¿Es capaz el Imperio del Medio de Medio Oriente desempeñar un papel de este tipo? Al ser el poder árabe con la clase media más significativa, los lazos con Occidente más estrechos y el gobierno más moderado, Egipto tiene el potencial para ofrecer la chispa de encendido necesaria. Pero la realidad indica que esto no sucederá a corto plazo. Está localizado geográficamente cerca del centro del gran arco de naciones islámicas que se extiende desde el estrecho de Gibraltar a través de Medio Oriente; con una población de más de 75 millones, es el país más poblado de la región, y su papel histórico como cuna de la civilización mundial lo justifica a reclamar el liderazgo. Pero las condiciones políticas necesarias para que Egipto marque la pauta para un Renacimiento árabe parecen estar ausentes. Actualmente no hay líderes fuertes y positivos capaces de promover un movimiento de este tipo en el escenario egipcio, y tampoco hay señales de que una generación de líderes se encuentre a la espera de entrar en escena.

¿Si las reformas positivas no provienen del corazón mismo del mundo árabe, podrán acaso provenir de los márgenes del islam? ¿Es un islam europeizado un paso hacia la reconciliación de las facciones islamistas y moderadas del islam? Una reconciliación tal constituiría una especie de normalización de las relaciones

del islam con el resto del mundo. No se trata forzosamente de un sueño imposible. Presupone la emergencia de una nueva generación de teólogos e intelectuales musulmanes dispuestos a contribuir a la creación de un islam ilustrado. Implica también la multiplicación y diseminación de las historias de éxito de jóvenes musulmanes europeos en cada aspecto de la vida, desde los negocios hasta el gobierno y la ciencia, la academia y las artes.

Existen esperanzas. Solo hasta considerar el papel cada vez más importante de directores de cine de origen turco en Alemania, de origen indio en Gran Bretaña, de origen argelino o marroquí en Francia. Todos ellos son evidencia creciente de la creatividad del islam europeizado.

Si un renacimiento cultural de este tipo tuviera lugar, el islam europeo podría convertirse en un modelo y una fuente de esperanza para los musulmanes de todo el mundo. Sin duda, siempre existirán los extremistas, pero no podemos olvidar que sus estrechos vínculos actuales con el islam se deben al poder de la cultura de la humillación. Si se vence este poder indicando alternativas, acaso el mundo islámico se vea inundado por una ola de esperanza.

mundo. Incluso si durante el siglo xx nos condenamos a nosotros mismos a la autodestrucción (Primera Guerra Mundial) o al suicidio/asesinato (Segunda Guerra Mundial y Holocausto), al menos lo hicimos nosotros mismos. Fueron nuestros *propios* caprichos. Pero ahora parece que somos víctimas de fuerzas que no logramos controlar. Asia está a punto de superarnos económicamente. Los fundamentalistas del mundo islámico intentan destruirnos. Estamos siendo inundados por olas de inmigrantes de las naciones del sur. ¿Hay acaso algún modo de que recuperemos el control sobre nuestro propio destino?"

En este capítulo examinaré el miedo de modo distinto a como analicé la esperanza y la humillación, pues ahora yo mismo soy parte de la cultura que pretendo describir. No poseo la confortable distancia que me permitiría enfocarme en los puntos esenciales y poner eventos y sentimientos en perspectiva. Además, no solo soy un individuo occidental, sino específicamente un francés, y corro el riesgo de atribuir a otros occidentales percepciones y emociones estrictamente francesas. Al mismo tiempo, mi cercanía a la cultura occidental me permite hablar de ella con la autoridad que proviene de una vida entera de experiencia y, de hecho, de inmersión. El lector habrá de juzgar si he logrado o no matizar esta experiencia personal con la sabiduría de la objetividad.

¿Qué es el miedo?

La crisis de identidad que enfrenta el mundo occidental puede ser resumida a través del concepto de "miedo". Pero una misma palabra define realidades diferentes. El miedo que domina hoy en día a Estados Unidos es bastante diferente del que se experimenta en Europa. Y sin embargo, no es una simplificación sostener que es el miedo lo que une las dos ramas de Occidente,

la estadounidense y la europea. Y es justamente el factor del miedo el que nos puede separar mañana si los Estados Unidos, bajo el liderazgo de un presidente joven, rechaza su cultura del miedo a fin de recuperar su cultura tradicional de esperanza, mientras Europa, tras el tercer voto contra Europa por parte del pueblo irlandés, y frente a la posibilidad de un "no" francés y holandés, sigue hundiéndose a trompicones en una pérdida de confianza aún más profunda.

Sería sin duda una evolución bastante extraña. ¿Puede ser posible que a medida que se acercan cada vez más en el terreno político, los Estados Unidos y Europa se dirijan hacia dos culturas emocionales diversas, esperanza para los Estados Unidos y miedo para Europa?

La crisis de identidad del mundo occidental aún está centrada en la realidad emocional del miedo. Si bien Barack Obama fue elegido presidente de los Estados Unidos tras una campaña que explícitamente prometía cambio y esperanza al pueblo estadounidense, es aún demasiado pronto para saber si tendrá éxito en alimentar un sentido de esperanza que sea algo más que una mera burbuja evanescente.

Empecemos no con las diferencias entre las dos ramas de Occidente, sino con sus semejanzas. Sean cual sean sus diferencias, ambas ramas del mundo occidental se enfrentan al mismo reto: reconocer que la globalización ya no les pertenece. (En contraste, el reto principal de los nuevos poderes —China, India y Rusia— es enfrentar el hecho de que con el poder viene también la responsabilidad, y que no se pueden seguir comportando como caprichosos jinetes internacionales.) Esta pérdida de control sobre el futuro es el origen común del miedo de todos los países de Occidente.

Si la esperanza es confianza y humillación, inseguridad, ¿qué es el miedo?

Según la interpretación más tradicional, el miedo es una respuesta emocional a la percepción –real o exagerada– de un peligro inminente. El miedo lleva a un reflejo defensivo que revela y refleja la identidad y la fragilidad de una persona, una cultura o una civilización en algún momento determinado. Uno podría decir: “Dime a qué le temes y qué piensas hacer para superar tu temor, y te diré quién eres”.

El miedo no es solo un trazador emocional, sino también una realidad multifacética.

Sin duda un cierto nivel de miedo es una protección indispensable contra el peligro del exceso de confianza. El miedo es una fuerza de supervivencia en un mundo naturalmente peligroso. El conejo que no teme al cazador seguramente no vivirá mucho tiempo. Y el turista que viaje por las zonas tribales entre Afganistán y Pakistán sin tomar las precauciones dictadas por el temor es un tonto irresponsable. El miedo estimula la atención frente a lo que nos rodea y es en ese sentido una alarma constructiva, un instinto de protección natural.

El miedo también se puede ubicar en los orígenes de la esperanza. El temor frente a una nueva guerra entre Francia y Alemania tras la Segunda Guerra Mundial fue un factor decisivo de la creación de la Unión Europea. Y el miedo frente a las consecuencias del calentamiento global puede acaso impulsar a la humanidad a tomar los pasos necesarios para salvar a nuestro planeta del desastre biológico.

Pero el miedo excesivo es peligroso. Una obsesión con el miedo, sea real o calculada, es una limitación muy seria a la propia habilidad de interactuar con el mundo de los otros, bien sea de forma interna o externa. “El miedo engaña, muchas veces de modo bastante grave. Promueve un nivel de ansiedad generalizada que, en el mejor de los casos, distrae, y en el peor, resulta extremadamente contraproducente”, advierte el historia-

dor Peter N. Stearns en su libro *American Fear: The Causes and Consequences of High Anxiety*.⁴⁵

¿Acaso el miedo excesivo durante los últimos años ha reemplazado el miedo justificado, empezando así a poner en peligro la esencia occidental, su unidad y su habilidad para interactuar con el mundo? ¿Acaso el miedo ha engendrado una profecía que acarrea su propio cumplimiento?

A muchas personas en los Estados Unidos y en Europa se les pondrían los pelos de punta al escuchar esta pregunta. Algunos estadounidenses se opondrían a hablar del vínculo entre los Estados Unidos y Europa, y preferirían distinguir la "cultura de la debilidad" europea de la "cultura del poder" estadounidense. Otros sostendrían que el temor frente al "islamo-fascismo" (para usar un término popular entre los neoconservadores) de ninguna manera puede ser descrito como excesivo, especialmente tras los ataques terroristas del 11 de septiembre. Algunos otros, de modo más sutil, sugerirían que los líderes occidentales, particularmente en los Estados Unidos, habrían servido al público de forma más efectiva durante la última década si hubieran sentido *más* temor —o hubieran sido más conscientes— de determinados peligros de lento crecimiento que se han convertido en una amenaza para el bienestar global, incluyendo el cambio climático motivado por el hombre y los riesgos progresivos para los mercados financieros. Y aun otros, especialmente en Europa, condenarían cualquier intento de reunir a todos los países del continente bajo un mismo paraguas emocional, y harían énfasis sobre las diferencias reales entre las respuestas políticas y sociales de varios pueblos europeos a las supuestas amenazas que enfrentan en los primeros años del siglo XXI.

45 Stearns, Peter N. *American Fear: The Causes and Consequences of High Anxiety*. Nueva York: Routledge, 2006, p. 201.

dor Peter N. Stearns en su libro *American Fear: The Causes and Consequences of High Anxiety*.⁴⁵

¿Acaso el miedo excesivo durante los últimos años ha reemplazado el miedo justificado, empezando así a poner en peligro la esencia occidental, su unidad y su habilidad para interactuar con el mundo? ¿Acaso el miedo ha engendrado una profecía que acarrea su propio cumplimiento?

A muchas personas en los Estados Unidos y en Europa se les pondrían los pelos de punta al escuchar esta pregunta. Algunos estadounidenses se opondrían a hablar del vínculo entre los Estados Unidos y Europa, y preferirían distinguir la "cultura de la debilidad" europea de la "cultura del poder" estadounidense. Otros sostendrían que el temor frente al "islamo-fascismo" (para usar un término popular entre los neoconservadores) de ninguna manera puede ser descrito como excesivo, especialmente tras los ataques terroristas del 11 de septiembre. Algunos otros, de modo más sutil, sugerirían que los líderes occidentales, particularmente en los Estados Unidos, habrían servido al público de forma más efectiva durante la última década si hubieran sentido *más* temor —o hubieran sido más conscientes— de determinados peligros de lento crecimiento que se han convertido en una amenaza para el bienestar global, incluyendo el cambio climático motivado por el hombre y los riesgos progresivos para los mercados financieros. Y aun otros, especialmente en Europa, condenarían cualquier intento de reunir a todos los países del continente bajo un mismo paraguas emocional, y harían énfasis sobre las diferencias reales entre las respuestas políticas y sociales de varios pueblos europeos a las supuestas amenazas que enfrentan en los primeros años del siglo XXI.

45 Stearns, Peter N. *American Fear: The Causes and Consequences of High Anxiety*. Nueva York: Routledge, 2006, p. 201.

Yo, por supuesto, sería más tradicional y tranquilizador y hablaría de Occidente no en términos de miedo sino de democracia, ya que las instituciones políticas democráticas son supuestamente el vínculo más poderoso entre Europa y los Estados Unidos. Por desgracia, esta visión clásica basada en valores y no en emociones parece pasar por alto una novedad esencial de nuestros tiempos, a saber: el hecho de que hoy en día los ciudadanos de ambos lados del Atlántico están considerablemente menos orgullosos de sus modelos democráticos y sus líderes elegidos (al menos según lo reflejan los sondeos de opinión sobre políticos y política en una gran mayoría de países europeos y en los Estados Unidos).

Por supuesto, los ciudadanos de los países democráticos jamás han sido tímidos a la hora de criticar las fallas y fracasos de sus políticos y del sistema que los produce. Como dijera Churchill: "La democracia es la peor forma de gobierno, a excepción de todo el resto de formas que hemos probado en los siglos pasados". Pero la actual desilusión frente a las democracias occidentales es nueva, dolorosamente real y creciente.

Creo que existe una conexión entre el miedo que sentimos y el debilitamiento del ideal democrático. Yo diría incluso que la cultura del miedo reduce la brecha cualitativa que alguna vez existía entre los regímenes democráticos y los no-democráticos, pues el miedo empuja a los países a violar sus propios principios morales basados en el respeto estricto de la ley. Cuando las democracias pregonan valores que han dejado de practicar, pierden su base moral y con ello su poder de atracción.

Sin duda, es necesario poner la novedad del actual "miedo occidental" dentro de un contexto apropiado y realista. El miedo mismo no es algo nuevo, y tanto en Europa como en los Estados Unidos se han vivido ciclos de temor. La primera tarea de Franklin D. Roosevelt cuando fue elegido presidente en 1932

fue destetar al pueblo estadounidense de la cultura del miedo que se había apoderado del país como resultado de la Gran Depresión. De modo similar, el periodo que precedió la Segunda Guerra Mundial en Europa también fue dominado por una cultura del miedo, miedo del regreso a la guerra, que condujo al continente a la ceguera y la pasividad frente al surgimiento del fascismo, el nazismo y el comunismo soviético, que a su vez constituían la esperanza de otros millones de personas. (Aquí yace la tragedia de la Europa de entreguerras). Una cultura del miedo similar recorrió los Estados Unidos a inicios de los años cincuenta como resultado de la explosión de la combinación de paranoia, sospecha y exclusión típica de la era MacCarthy.

En los últimos años, un nuevo ciclo de miedo, el cual comparte muchas características comunes en Europa y los Estados Unidos, ha invadido nuestras conciencias. No creo que haya empezado el 11 de septiembre, aunque los sucesos ocurridos aquel día lo confirmaron y profundizaron. En ambas regiones del Occidente, este nuevo ciclo incluye el temor frente al Otro, el *outsider* que viene a invadir la patria, a amenazar nuestra identidad y a robarnos nuestro trabajo. En ambas regiones, este temor incluye el miedo frente al terrorismo y a las armas de destrucción masiva. Incluye el miedo a la incertidumbre o el colapso económico. Incluye el miedo frente a los desastres naturales, ambientales y orgánicos, desde el calentamiento global hasta las pandemias. En suma, incluye el miedo de un futuro incierto y amenazante, sobre el cual existe muy poco o ningún control humano. Todos estos temores están hoy en día ampliamente difundidos tanto entre los estadounidenses como entre los europeos.

Ahora bien, por más similares que parezcan los miedos europeos y los estadounidenses, surgen de diferentes realidades y se expresan de modos distintos. Por ello deben ser analizados

por separado antes de examinar cómo se afectan mutuamente y cómo, conjugados, afectan al resto del mundo.

"¿Quiénes somos?": la cultura europea del miedo

La primera dificultad a la hora de definir la cultura del miedo en Europa es la palabra misma *Europa*. ¿Estamos hablando de la Unión Europea o, en términos más generales, de Europa como una realidad cultural y geográfica? ¿Se trata acaso de la Europa definida por la herencia combinada de Grecia y Roma, valores judeocristianos y la cultura de la Ilustración? ¿O se trata simplemente del "club de caballeros" de democracias y economías de mercado que encarnó la esperanza del periodo de posguerra y hoy en día ha empezado a encarnar el miedo?

Basta decir que la sensación de miedo que domina la Unión Europea tiene influencia más allá de los confines de la Unión misma. "No todos murieron, pero todos fueron afectados", como escribió el poeta Jean de La Fontaine en su poema "Los animales enfermos de la plaga". La crisis de identidad europea, intensificada hoy en día por los temores del descalabro de los mercados financieros, la recesión económica y el declive del poder adquisitivo de los ciudadanos europeos, es sin embargo anterior a los inicios del choque *subprime*. Solo basta ver las noticias europeas en la televisión, en especial la francesa, checa o italiana. Casi cada noche, en algún lugar de continente habrá un ataque contra las rígidas y anónimas decisiones de la Comisión Europea que impone sacrificios financieros de varias categorías sobre los trabajadores, sean estos pescadores, campesinos o dueños de restaurantes. Hoy en día, Europa es vista menos como una solución a problemas que como la fuente de problemas, menos como una fuente de protección que como una imposición inoportuna.

Pero no siempre las cosas fueron de este modo. En términos simbólicos, la caída del Muro de Berlín en 1989 representó el clímax de una cultura europea de la esperanza, con personas en todo el continente celebrando el derrumbe de un muro que las había separado. Menos de veinte años después, los votos francés y holandés de rechazo a una constitución europea en 2005, seguidos por el "no" irlandés en el 2008, fueron señales visibles del surgimiento de una cultura del miedo en el continente europeo. De repente, los europeos daban la impresión de querer que se erigieran muros que los separaran del mundo externo, de sus millones de competidores, sus miles de inmigrantes, sus cientos de terroristas. ¿Cómo llegó a ocurrir este cambio?

Para comprender lo que ha sucedido, empecemos por dar un vistazo al periodo de esperanza europea que surgió de las cenizas a finales de la Segunda Guerra Mundial. Fue no solo un periodo de recuperación económica, de reconstrucción y de expansión, sino además un periodo de liberalismo y libertad y de creciente unidad internacional. Europa, la cuna de dos guerras globales, se convertía entonces en la más pacífica y próspera región del planeta, con un poderoso despliegue de organizaciones e instituciones internacionales, desde el Consejo Europeo, con su Convención sobre Derechos Humanos, a las muchas estructuras europeas que eventualmente dieron paso a la Unión Europea, incluyendo el euro. Estas instituciones permitieron asegurar que los beneficios se repartieran entre un creciente número de personas del continente y de todo el mundo.

Sin embargo, un examen cuidadoso de este periodo de esperanza muestra cuán profundamente interconectados pueden estar la esperanza y el miedo. De hecho, como lo indiqué antes, un cierto nivel de miedo fue el que permitió el proyecto mismo de la Unión Europea, comenzando con la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero en 1950 —miedo

del regreso al pasado y el resurgimiento de un conflicto armado entre Francia y Alemania-. Fue el miedo a los tanques soviéticos y el temor de que el estallido de la Guerra de Corea fuera un presagio de un conflicto similar entre comunismo y capitalismo en terreno europeo el que animó a la creación de la Comunidad Europea de Defensa (aunque esta fue rechazada finalmente tras la muerte de Stalin en 1953). Y fue el miedo al resurgimiento del nacionalismo alemán y al agobiante poder que una Alemania económicamente efervescente pudiera llegar a tener el que condujo a la creación del euro.

El canciller Helmut Kohl fue muy claro al respecto. Se veía a sí mismo como el último "buen alemán", esto es, el último canciller alemán con memorias personales de la Segunda Guerra Mundial. Le dijo a sus colegas que Europa se debería dar prisa en completar el proceso de reintegración tras la Guerra Fría y en crear el euro, pues después de él sería demasiado tarde: el miedo disminuiría y el interés egoísta nacionalista regresaría.

Este miedo positivo –positivo en el sentido en que movilizó energías internacionales en un modo constructivo– fue bastante distinto del miedo que domina a Europa hoy en día. El miedo actual produce un efecto paralizante.

Sin duda, Europa sigue siendo una colección de países con culturas políticas y sociales distintas, y cada país europeo representa un caso único. Por este motivo, el miedo francés no puede ser confundido con el británico, o el polaco con el alemán. Y no obstante sigue siendo cierto que el temor actualmente es el "tono dominante" en Europa.

Para comprender las actuales capas arqueológicas del miedo europeo, es necesario examinar primero los factores históricos, políticos, económicos, sociales y psicológicos que han dado forma a la relación de Europa consigo misma y con su pasado. Solo entonces resultará posible analizar las visiones de Europa

de su propio futuro en términos económicos y estratégicos antes de regresar a la difícil búsqueda de identidad que Europa experimenta en el presente.

Los fantasmas del pasado

Debemos empezar por examinar el supuesto cenit de la esperanza europea: 1989. En retrospectiva, podemos ver ahora que la caída del Muro de Berlín, el subsiguiente fin de la Guerra Fría y el derrumbe del imperio soviético no llevaron a Europa a una era de paz, democracia y prosperidad, sino más bien al regreso de la guerra en nuestro patio trasero: los Balcanes.

Es difícil exagerar el impacto devastador de la implosión de Yugoslavia sobre la confianza de Europa en sí misma. Ni siquiera hemos podido comprender lo que significó. ¿Fue la repentina explosión de una parte no resuelta del pasado europeo, vinculado al hecho de que los años de Tito en Yugoslavia habrían hecho las veces de un "refrigerador socialista", en el cual diferentes tipos de nacionalismo se habían enconado lentamente inactivos e ignorados durante décadas? ¿O era acaso el regreso de la guerra en Europa un presagio de un futuro ominoso y potencialmente fatal?

Para empeorar las cosas, los europeos ni siquiera pudimos enfrentar el desastre por nosotros mismos. Fue necesaria la intervención decidida de los Estados Unidos para que se impusiera una paz frágil en Bosnia y Kosovo. Y hoy, los problemas subyacentes de Europa Oriental, con su pobreza y su venenoso caldo de cultivo de pasiones nacionalistas, permanecen irresueltos en gran medida, con países como Bulgaria y Rumania acosados por cargos de corrupción.

Algunos creen que la respuesta reposa en la continuada ampliación de la Unión Europea, aquel club de caballeros con su

fórmula mágica de paz, prosperidad y reconciliación étnica. (Uno podía decir: para evitar la balcanización de Europa, debemos europeizar a los Balcanes –y mañana al Cáucaso–). Pero la mayoría de los europeos occidentales permanecen poco entusiastas respecto a la expansión y la entienden más como una tarea moral e histórica –y como un riesgo político y económico– que como una ocasión para el optimismo y la celebración. Se puede decir que, emocionalmente, la ampliación de la Unión Europea llegó muy tarde (esto es, demasiados años tras la caída del Muro de Berlín y de la reunificación del continente europeo), e institucionalmente demasiado temprano, pues la ampliación llegó con la “profundización” de la Unión –esto es, su integración económica, social y política– aún no completada.

Bronislaw Geremek, un gran europeo que murió en julio del 2008, líder de Solidaridad y ministro de Relaciones Exteriores de Polonia, solía hacer énfasis en el hecho de que Europa no es solo una zona económica, sino además una construcción ética que necesitaba un corazón, que necesita ser una comunidad tierna con una dimensión espiritual. Tenía toda la razón, ¿pero cuántos europeos piensan aún como él?

Los vigorosos impulsos nacionalistas no pueden ser superados fácilmente. Incluso entre los padres fundadores de Europa, la aprensión, si no el miedo, prevaleció sobre la esperanza. Aún recuerdo las reacciones de mis amigos en el Palacio del Elíseo, la sede de la presidencia francesa, cuando algunos días tras la caída del Muro de Berlín solicité junto a ellos un gesto simbólico de la diplomacia francesa. ¿No podrían el presidente francés François Mitterrand y el canciller Kohl darse las manos frente a la Puerta de Brandenburgo como lo habían hecho en el campo de Verdun, vinculado a la Primera Guerra Mundial? En Verdun habían cerrado las puertas del pasado; en Berlín podrían, simbólicamente, abrir las puertas del futuro. Mi idea fue rechazada

de inmediato como un "movimiento romántico". En vez de eso, durante su viaje a Alemania, el presidente francés mantuvo su programa establecido y visitó el régimen agonizante de Alemania del Este. Lo cierto es que la reunificación de Alemania fue causa de miedo, al menos en algunas partes de Europa. El viejo y enfermizo Mitterrand, cuyas referencias históricas antedataban la Segunda Guerra Mundial, no podía evitar reconocer que una Alemania unificada tomaría un papel central en el balance de poder de la nueva Europa. ¿No estaba acaso Varsovia más cerca de Berlín que de París? Si bien fue constreñido por las fuerzas políticas de decirlo públicamente, era claro que, en su opinión, lo que era bueno para Alemania no necesariamente era bueno para Francia.

Con más confianza en su destino y en su capacidad de superar su pasado, Europa habría podido darle la bienvenida a esta nueva circunstancia de modo más abierto, generoso y efectivo. Pero el peso de la historia y las dudas acerca de la esencia de "lo europeo" —¿qué significa ser europeo?, ¿dónde empieza y donde termina Europa?— se vieron reforzadas por la falta de certeza respecto al futuro y las perspectivas económicas de Europa.

Ansiedades económicas

A medida que los años noventa avanzaban, la incertidumbre económica asediaba a Europa. Como resultado, incluso los problemas cotidianos se convirtieron, para muchas mentes, en señales de un acabose inminente. En países como Francia y Alemania, el desempleo se convirtió en el equivalente de un "cáncer social", lo que reforzó una doble sensación de miedo frente al futuro y frente a los Otros, vistos injustamente como ladrones del trabajo de los nativos europeos. Y en el 2008, con el desmoronamiento de los mercados financieros en los Esta-

dos Unidos y la propagación de la incertidumbre económica y la desconfianza por todo el globo, la ansiedad económica y el temor de una depresión comparable a la experimentada por el mundo en los años treinta están agudamente presentes en las mentes de los europeos.

El desempleo sigue siendo un problema muy serio en Europa, especialmente entre la gente joven que trata de ingresar al mercado laboral. Psicológicamente ha creado una sensación de fragilidad que pasa de una generación a la otra, a medida que los hijos de padres desempleados buscan seguridad y se muestran temerosos de tomar riesgos. En Francia, encuestas recientes han mostrado que casi 75% de la gente joven sueña con convertirse en funcionarios públicos a fin de obtener un trabajo asegurado de por vida.

Durante las manifestaciones de estudiantes franceses en el 2006 contra la introducción de leyes laborales flexibles, los manifestantes entrevistados por la televisión francesa decían que no querían "volverse como los chinos o los indios". En otras palabras, querían protección del mercado. Un cambio bastante fuerte respecto de la situación casi cuarenta años atrás, en mayo de 1968, cuando sus padres habían salido a las calles a cambiar un mundo que consideraban aburrido, muchos de ellos inspirados por la Revolución Cultural china. La generación del 2006 no quería cambiar el mundo, sino ser protegida de él. La crisis financiera del 2008 solo ha logrado ahondar esta necesidad de encontrar un puerto seguro frente a la globalización, un puerto seguro que, ¡ay!, no se encuentra por ningún lado.

Un ministro francés de regreso de un viaje a Asia en la primavera del 2008 expresó su frustración en privado. Sentía como si hubiera representado a un país subdesarrollado: "Los asiáticos me trataron del mismo modo en que nosotros los tratábamos en el pasado". Una vez más, la globalización se ha convertido en

una ocasión de temor, equiparada con deslocalización, recorte laboral y trato injusto –ya no trato justo o *fair-trade*–.

Europa, por supuesto, aún tiene sus focos de excelencia: áreas económicas de poder como bienes de lujo y energía nuclear en Francia, maquinaria pesada en Alemania, el dinamismo de las empresas familiares en Italia y las nuevas economías de los Estados del Báltico y Polonia. ¿Pero será esto suficiente para salvar a los pueblos del continente del declive económico?

El miedo del estancamiento económico conduce a otro tipo de miedo europeo, mucho más sutil y extendido. Es el miedo de que Europa esté condenada a convertirse en un tipo de museo, un equivalente más grande de Venecia, un oasis de "buena vida" y cultura sofisticadas que la gente de otros países más dinámicos disfruta como lugar de visita o retiro, pero ya no más un centro de creatividad e influencia mundial. Incluso si Europa (junto con el resto del mundo) se salva de una segunda Gran Depresión, un futuro de declive silencioso pero constante parece la opción más plausible.

Los europeos y el Otro

Francia y los Países Bajos expresaron su voto de "no" a la Unión Europea en el 2005. Irlanda los siguió en el 2008. Las razones en cada caso fueron distintas, pero cada uno de estos votos negativos implicó un malestar existencial. En los tres casos existía el deseo de castigar a las élites políticas, así como un descontento frente a la ampliación y la globalización, especialmente en Francia y los Países Bajos. El "no" irlandés fue particularmente perturbador. Irlanda era el país que se había beneficiado en mayor medida de la Unión. El hecho de que ahora rechazara el Tratado de Lisboa –y de que ese rechazo fuese especialmente enfático entre los jóvenes votantes del país–, manifestaba no

solo ingratitud, sino además un distanciamiento radical de la dirección tomada por la Unión.

Yo me encontraba en Berlín cuando me enteré de los resultados del referendo irlandés. No me sorprendieron. Sentí instintivamente que Berlín en noviembre 9 de 1989 había constituido la mayor victoria de mi generación, y que junio 12 del 2008 se convertía en el golpe de gracia a nuestros sueños. La Europa con que había soñado desde que era un adulto estaba muerta, víctima de la mediocridad política y el distanciamiento ciudadano.

Existe una sensación de inseguridad respecto a aquello en lo que Europa se está convirtiendo. Inicia con el temor al Otro, más exactamente: los más pobres del mundo, que por lo general vienen desde el sur. En las mentes de muchos europeos, los bárbaros no solo se hallan frente a las puertas; ya se han trepado a los muros, han inundado y transformado nuestra sociedad para siempre.

Aún recuerdo la sorpresa de una prestigiosa figura política británica que invité para que hablara en el Colegio de Europa en Natolin, Polonia. Lo llevé a dar un rápido paseo por la cercana Varsovia. No podía creer lo que sus ojos veían: ¡todos los rostros que hallaba eran blancos (a excepción de algunos pocos asiáticos)! ¿Acaso Varsovia, liberada de la órbita soviética, se había vuelto más europea que Londres? Y si bien no lo dijo abiertamente, no pude dejar de notar su alivio –y quizá también algo abumido–. Aquí, el menos aquí, se hallaba aún un bastión de puro linaje europeo, algo que aquel inglés suponía perdido para siempre.

O consideremos las imágenes provenientes hace algunos pocos años del enclave español en Marruecos. Docenas de africanos fueron asesinados por la policía marroquí mientras intentaban escalar sobre alambres de púas con el objetivo de

ingresar a nuestro "paraíso europeo". Estas terribles y poderosas imágenes, al menos para alguien de mi generación, evocaban irresistiblemente las imágenes de otro tiempo, hace no mucho, cuando los alemanes orientales eran acbillados mientras intentaban alcanzar su libertad del otro lado del Muro de Berlín. Hoy en día, miles de africanos arriesgan sus vidas cada mes intentando escapar de la pobreza en pequeños botes que desafían los peligros del Mediterráneo. Estos héroes anónimos incluyen a muchos de los mejores y más preparados de su continente, quienes se atreven a rechazar el destino que los ha puesto en el lugar y el momento equivocados. Pero su sueño es "nuestra" no tan secreta pesadilla.

El miedo frente al Otro trasciende la demografía y la geografía. "Ellos" son demasiado numerosos y carecen de esperanza alguna en el lugar en que se encuentran. "Nosotros" somos demasiado pocos y (comparativamente) acaudalados. Mientras más los necesitamos para el crecimiento de nuestras economías (dados nuestros bajos índices de natalidad), más los rechazamos emocionalmente por motivos culturales, religiosos o raciales. En cierto modo, la diversidad dejó de ser vista como fuente de riqueza creativa y mutuo enriquecimiento. Actualmente es vista como fuente de inestabilidad interna. En Suiza, la imagen de la "oveja negra" usada por la extrema derecha para marginar a los inmigrantes en la más reciente campaña electoral en el 2007 da mucho que pensar. En Francia, Nicolás Sarkozy logró exitosamente atraer a los partidarios de derecha de Jean-Marie Le Pen al prometer que lucharía vigorosamente contra la inmigración ilegal —una promesa que, ahora que es presidente, está cumpliendo con una energía que presagia a largo plazo problemas de derechos humanos y dificultades económicas en Francia—.

Por más exagerado que sea en las mentes de los más temerosos europeos, el miedo al Otro se expande hasta incluir la idea

de la conquista por parte del mundo islámico: la posibilidad de que Europa sea demográfica y religiosamente conquistada por "ellos" y transformada en "Eurabia" (un término usado por la difunta periodista italiana Oriana Fallaci, el historiador estadounidense Walter Laqueur y el famoso orientalista Bernard Lewis).

Este temor de "Eurabia" no está justificado por hechos. En su excelente ensayo sobre Francia y sus musulmanes, *Integrating Islam: Political and Religious Challenges in Contemporary France*, Jonathan Laurence y Justin Vaïsse ofrecen estadísticas reveladoras. Demuestran que la gran mayoría de musulmanes europeos —alemanes de origen turco, franceses de origen argelino, marroquí o tunecino, y británicos de origen indo-paquistaní— desean integrarse positivamente en sus respectivos países. Desean obtener oportunidades para superarse en la sociedad y ser tratados con justicia, incluso con un sentido de fraternidad. Y de hecho, la integración es una realidad, incluso en el modo más íntimo a través del matrimonio, con aproximadamente 40% de musulmanes europeos que se casan por fuera de su comunidad de origen.*

Durante los siete años que trabajé como profesor en el Colegio de Europa en Polonia, algunos de mis mejores estudiantes eran franco-argelinos. Querían hacerse pasar por franceses o, como uno de ellos me dijo, "al menos como europeos". ¿Pero en realidad los tratamos de una forma justa, abierta y (lo más difícil) fraterna?

El miedo al Otro también incluye el miedo al terrorismo, especialmente el encarnado por la imagen del fundamentalista islámico cargado de bombas. El miedo al terrorismo en Europa no es el resultado de un único trauma masivo, como sucede en

46 Laurence, Jonathan y Justin Vaïsse. *Integrating Islam: Political and Religious Challenges in Contemporary France*. Washington, D. C.: Brookings Institution Press, 2006.

los Estados Unidos. Por más terribles que fueran, los ataques terroristas en Madrid en el 2005 y en Londres en el 2006 (así como los intentos fallidos en Inglaterra en el 2007) fueron de una escala menor que la del ataque del 11 de septiembre en Nueva York. Más aún, los terroristas irlandeses y los vascos ya habían habituado a los europeos al terrorismo y endurecido su piel. Y, en cierto sentido, los ciudadanos europeos sencillamente no existen. En el fondo de su corazón, una mayoría de europeos pueden acaso sentir menos por Madrid y Londres que lo que sintieron por algún tiempo por Nueva York después del 11 de septiembre (cuando los titulares proclamaban **TODOS SOMOS MANORQUINOS**).

Sin embargo, los europeos gradualmente han llegado a enfrentarse a la dura realidad de que Europa no solo es un objetivo de los terroristas sino también su base. Para muchos ingleses, después de julio del 2006 la mayor sorpresa era comprender que el enemigo se hallaba en su interior —que, de hecho, el enemigo *eran* ellos mismos—. Los terroristas suicidas en Londres eran en su mayor parte ciudadanos británicos, nacidos y educados en el Reino Unido. Del mismo modo, la mayoría de los secuestradores del 11 de septiembre habían estudiado en universidades técnicas en toda Europa. Vivir con europeos y recibir su educación de parte de profesores europeos no los había distraído en absoluto a la hora de llevar a cabo su terrible proyecto. Es claro que nuestras universidades no tenían el menor atractivo humanista para ellos, ni por el contenido de los cursos que tomaron ni por algún intento marginal de integrarlos cultural y socialmente.

Estos hechos ponen de relieve la vulnerabilidad y debilidad de Europa de cara al odio que proviene del mundo islámico. Pero estas deben ser observadas en perspectiva. Negar la existencia de una amenaza sería una actitud suicida, pero dejarse

obsesionar es contraproducente, pues nuestro objetivo debería ser integrar a los inmigrantes de toda fe y trasfondo del mejor modo posible. A fin de cuentas, los necesitamos tanto como ellos nos necesitan a nosotros.

Finalmente, existe el miedo de ser gobernado por un poder extranjero. Este poder puede ser amistoso, como los Estados Unidos; puede ser uno no tan amistoso, como Rusia; puede ser una burocracia anónima, no elegida como la Comisión Europea en Bruselas. La primera posibilidad fue obviamente causa de gran ansiedad en Francia (al menos antes del arribo al poder de Nicolás Sarkozy en Francia y de Barack Obama en los Estados Unidos), la segunda en Polonia, la tercera en el Reino Unido. Recientemente, la Comisión Europea ha empezado a ser vista más y más por los ojos del público como una especie de nación europea número veintiocho, con intereses nacionales específicos y distintos, más que como la encarnación del bien común de Europa. Pero lo que unifica todos estos miedos es el miedo de perder el control sobre el propio destino.

¿Quiénes somos?

La sensación europea de incertidumbre se empeora a causa de la falta de fronteras geográficas claras. Combinado con el fracaso de la Unión Europea de desarrollar un verdadero sentido de identidad, propósito y dirección para la colección de naciones que comprende, este hecho sin duda ha tenido un impacto negativo sobre las fronteras psicológicas de Europa. ¿Quiénes somos? Los europeos ni siquiera tienen una respuesta clara a la pregunta por el inicio y el final de su continente. ¿Qué decir de Ucrania? ¿Qué de los países del Cáucaso, como Georgia? ¿Pueden Francia y Argelia convertirse en pilares de un proceso de reconciliación entre las dos costas del Mediterráneo, como lo pregona con gran

pasión el presidente francés Nicolás Sarkozy? ¿Y qué de aquel país indudablemente occidental, si no europeo: Israel?

Esta ansiedad respecto a las fronteras de Europa se encuentra centrada emocionalmente en la actual disputa sobre Turquía. Con la posible excepción de los británicos, la mayoría de ciudadanos europeos son claramente hostiles a la entrada de Turquía como miembro de la Unión. Turquía no es percibida como el "Otro europeo", sino como el "Otro no-europeo". En Francia, esta hostilidad es sencillamente agobiante, con encuestas que indican que 75% de los franceses se oponen al ingreso de Turquía en la Unión Europea.

Esta oposición no puede ser entendida únicamente en términos racionales. No surge solamente de preocupaciones políticas, económicas o incluso demográficas. Es ante todo el producto del miedo al numeroso y absoluto Otro —el musulmán— que Turquía encarna. Es el miedo a ver ochenta millones de musulmanes, percibidos equívocamente por el francés promedio como "árabes", invadiendo nuestro hogar "cristiano", pero ante todo secular.

Los argumentos racionales a favor del ingreso de Turquía en la Unión Europea se vieron reforzados por los eventos del 11 de septiembre del 2001. La necesidad de contar con un socio estratégico y diplomático que refuerce significativamente la influencia de Europa en el Medio Oriente, el mensaje de reconciliación enviado al islam, el dinamismo de una Turquía enérgica: todo esto habla a favor de la membresía de Turquía. También lo hace la actual evolución política de Turquía, en la cual la ideología kemalista fundada por Atatürk (centrada en reformas modernas y seculares dirigidas por un autoritarismo militar benigno) está perdiendo fuerza frente a nuevas energías conducidas por costumbres islámicas y crecientes demandas de democracia popular. Bajo las actuales circunstancias, cerrar las puertas de Europa a

Turquía para siempre sería tomar un riesgo histórico enorme, empujando a los herederos del Imperio Otomano hacia su destino asiático, musulmán y medio-oriental.

Es cierto que las credenciales democráticas de Turquía no son particularmente impresionantes. Pero en términos puramente económicos, Estambul tiene más derecho a pertenecer a la Unión Europea que Sofía o Bucarest. Y en el tema del acceso turco a la Unión, el viaje mismo es más importante que el destino. Las reformas que Turquía ha podido implementar en un muy breve periodo de tiempo gracias a su candidatura a la Unión solo pueden ser descritas como impresionantes. ¿Podemos tomar el riesgo histórico de bloquear ese proceso positivo a través de un "no" definitivo?

Emocionalmente, por supuesto, comprendo las preocupaciones de quienes se oponen a la entrada de Turquía en la Unión. Eso convertiría a Siria e Irak en países fronterizos. Y culturalmente, Turquía es claramente un país no europeo. Incluso Estambul, la más occidental de las ciudades turcas, parece estar inmersa en un contexto medio-oriental o asiático tan pronto uno abandona las principales calles. Querer que Turquía entre es un acto de voluntad e inteligencia política que, en muchos sentidos, lo admito, resulta contra-intuitivo.

Y sin embargo, estoy decididamente a favor de la inclusión. Sin la perspectiva de una membresía en la Unión, la tentación del Oriente podría volverse irresistible para Turquía. Como resultado de ello, la Unión misma ganaría a un vecino potencialmente muy problemático.

Incluso más importantes son las cuestiones de identidad que el dilema turco plantea. ¿Se basa la Unión en la cultura o la política? Esta pregunta es menos clara que nunca antes y ofrece una perfecta ilustración de la creciente confusión que existe entre Europa como un todo y la Unión Europea. A largo plazo,

las identidades múltiples solo son aceptables si uno se siente satisfecho con la identidad fundamental. Si este no es el caso, la tendencia a rechazar la imposición de una cultura extranjera artificial sobre la propia cultura básica se volverá irresistible. Para que el multiculturalismo funcione, debe ser practicado junto con la confianza en sí mismo.

Por esta y por otras razones, entre varios países europeos ha crecido una sensación de alienación frente a la Unión. Francia ya no se siente como cabeza de familia cuando se sienta a la mesa de los Consejos ministeriales. En esta nueva Europa hay tantos rostros que uno ya no reconoce, tantos idiomas que uno ni siquiera puede distinguir, tan pocos minutos para expresar la posición propia, ¡entre Malta y Eslovenia! Es difícil para París sostener la ilusión de que Europa es "la persecución de los objetivos nacionales por otros medios" cuando hay que aceptar tantos compromisos.

Mientras tanto, si bien Alemania a veces se ve y actúa como una "segunda Francia", no está dispuesta a sacrificar lo que percibe como su propio interés nacional a causa de alguna causa europea abstracta. Si bien está gobernada por una nueva generación de líderes mucho menos agobiados por la historia de la culpa nazi, la alemana sigue siendo la más europea de todas las naciones, como si doce años de barbarie hubieran constituido un tipo de vacuna contra los males del nacionalismo. Pero Alemania no puede mover a Europa por sí misma.

¿Sería acaso la confianza personal de Europa mayor si el amenazado nacionalismo de los países individuales hubiera sido reemplazado por un patriotismo unificado dirigido a todo el continente? Jamás lo sabremos, ya que los fundadores de la Unión Europea deliberadamente eligieron no promover tal patriotismo continental. Jacques Delors, quien encabezó la Unión desde mediados de los ochenta hasta mediados de los noventa;

y quien fuera quizá su presidente más destacado, se oponía radicalmente a la creación de tal "emoción europea". Para él, "el patriotismo significa guerra". Como resultado de esta visión de condena, uno teme que las emociones nacionales estén regresando con más fuerza, siendo la existencia de una comunidad de intereses nacionales la única barrera racional que puede limitar su impacto negativo.

En Varsovia, estuve presente en la ceremonia de ingreso de Bulgaria y Rumania a la Unión Europea. Los himnos nacionales fueron interpretados con fervor y emoción, mientras que el himno de la Unión, la "Oda a la alegría" de la Novena Sinfonía de Beethoven, fue tocada con discreta indiferencia. La diferencia simboliza la brecha emocional entre nuestras identidades nacionales y nuestras identidades como europeos.

Para recuperar la confianza en sí misma, Europa debe trabajar más duro y crecer más rápido. La actual diferencia en crecimiento económico entre Europa y Asia presagia desastres a largo plazo. Mientras Occidente siga siendo el hemisferio de la deuda y Oriente el hemisferio del crecimiento, el continuado declive de Europa será inexorable.

La cultura estadounidense del miedo

Si es difícil definir a Europa, no resulta más sencillo hacerlo con los Estados Unidos. Los Estados Unidos azules contra los rojos, los ricos contra los pobres, los Estados Unidos rurales contra los urbanos, Main Street contra Wall Street, Estados Unidos blancos contra los negros (la última distinción que se mostró especialmente real tras el huracán Katrina en el 2005): es posible multiplicar indefinidamente el calidoscopio de las múltiples y diferentes realidades que constituyen los Estados Unidos.

Otra forma de dividir al país: uno podría decir que existen unos Estados Unidos unificados por el miedo, y otros unificados por el miedo al miedo –estos últimos se habrían congregado bajo el estandarte de la esperanza–. Desde este punto de vista, la campaña presidencial en el 2008 puede ser vista como una confrontación entre el candidato del miedo, John McCain, y el candidato de la esperanza, Barack Obama.

La campaña negativa del Partido Republicano estuvo dirigida a evocar y exacerbar los temores sociales, culturales y económicos. ¿Es posible confiar en un hombre con tan poca experiencia y cuyo segundo nombre es característicamente musulmán: Hussein? ¿Realmente le interesan a la élite de opinión en ciudades como Washington, Nueva York, Boston y Los Ángeles los valores y las necesidades de los trabajadores y pequeños negociantes del interior estadounidense? ¿Existe alguien capaz de defender los tradicionales valores culturales estadounidenses de las olas transformadoras del capitalismo global? Los miedos de este tipo han sido armas políticas acostumbradas en los Estados Unidos durante la última generación, pero la elección del 2008 experimentó cómo se convertían en estrategias centrales de la campaña republicana.

Por el contrario, ese estilo de Obama, que recuerda al de Kennedy, evocó la cultura de la esperanza en los Estados Unidos. El optimismo democrático durante las elecciones del 2008 estaba fundamentado en la suposición de que, a pesar las desventajas de Obama, su edad y su color de piel, los estadounidenses, justamente por ser estadounidenses, elegirían el juvenil “color de la esperanza”. La victoria de Obama puede ser vista como un significativo punto de quiebre de la historia estadounidense –un alejamiento decisivo del miedo y un acercamiento hacia una nueva versión de esperanza americana–, si bien se necesitará

mucho más que la victoria electoral –sin importar cuán impresionante esta haya sido– para ratificar tal giro.

Al describir la cultura estadounidense del miedo, soy profundamente consciente de una dificultad específica: ¿a quién se supone que debo dirigirme?

Si bien no soy un estadounidense, tengo una relación muy cercana con este país. Estudié en Harvard a inicios de los setenta –lo cual para algunos de mis lectores parecerá más una limitación que una ventaja–. Pero los Estados Unidos significan para mí mucho más que simplemente una fuente de educación. Los Estados Unidos me dieron vida, esperanza y sueños. Los estadounidenses liberaron a mi padre de un campo de concentración alemán el 8 de mayo de 1945, e hicieron con ello posible mi nacimiento. Los Estados Unidos también permitieron que mis sueños se volvieran realidad, pues mis años de estudio en Harvard cambiaron mi vida en más de una manera.

Por desgracia, los Estados Unidos que experimenté entre el 2001 y el 2008 no se parece demasiado al país que ayudó a modelar mi vida. Así, en el caso de los Estados Unidos no soy un observador neutral, sino más bien un amante decepcionado. Estoy preparado para arriesgarme a hablar de este país a causa de esta conexión emocional que tanto significa para mí.

Cuando observo los Estados Unidos hoy en día, veo un país que, como Europa, se siente inseguro y temeroso, si bien las raíces de su miedo son algo distintas.

A diferencia de los europeos, los estadounidenses no están atormentados por los fantasmas de su pasado. Los Estados Unidos siempre se han visto a sí mismos como el futuro, más como un proyecto que como historia. Tres preguntas clave contribuyen a la actual crisis de identidad estadounidense. ¿Hemos perdido nuestra alma, esto es, nuestra superioridad ética? ¿Hemos perdido nuestro propósito, esto es, nuestro sentido de una misión

emocional única? Y finalmente: ¿hemos perdido nuestro lugar en el mundo, esto es, nos hallamos en decadencia? (Esta última pregunta es, por supuesto, ya clásica, y el historiador de Yale, Paul Kennedy, se la planteaba ya en 1988. Quizá simplemente se había adelantado veinte años a su propia época.⁴⁷)

En otras palabras, si los europeos nos preguntamos “¿quiénes somos?”, los estadounidenses se preguntan “¿qué hemos hecho de nosotros mismos?” y “¿por qué nuestros antiguos amigos y aliados desconfían tanto de nosotros? ¿Acaso todo el mundo se ha vuelto contra nosotros sin razón? ¿O hemos dejado de ser el país que el mundo alguna vez amó y admiró?”.

En este proceso de autorreflexión, los estadounidenses han empezado a poner en cuestión el universalismo y la centralidad de su propio modelo y su sistema. Lo que es bueno para los Estados Unidos *puede* no ser bueno para el resto del mundo. Aún más: ya que los estadounidenses han dejado en gran parte de practicar los valores que predicaban, ¿cómo pueden saber qué es bueno para ellos?

¿Qué hemos hecho de nosotros mismos?

A fin de analizar la cultura del miedo en los Estados Unidos, no es necesario iniciar en el 11 de septiembre del 2001. El miedo siempre ha estado presente en la historia estadounidense, y es el terror de la brujería en el siglo xvi una de sus ilustraciones más claras. La conquista estadounidense de su territorio estuvo acompañada por violencia –contra los indígenas nativos y los esclavos africanos, por supuesto, pero ante todo entre los colonizadores mismos–. La libre circulación de armas, que sigue

47 Kennedy, Paul. *The Rise and Fall of the Great Powers*. Nueva York: Random House, 1987. [Trad. castellana. *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: Random House Mondadori, 1995.]

siendo característica de los Estados Unidos hasta el día de hoy, no solo celebra el individualismo y la autodefensa, sino que además representa la herencia de un pasado salvaje, violento y peligroso, donde "el hombre es el lobo del hombre" y el miedo es parte natural de la vida.

En la primera mitad del siglo xx, el surgimiento del comunismo, el radicalismo, el anarquismo, las bombas, los paros, la violencia y el desempleo llevó al miedo frente a los inmigrantes, que eran vistos por muchos estadounidenses como una amenaza a la estabilidad social y política de la nación. Esta histeria contra los ilegales alcanzó su clímax en la era anticomunista del "Red Scare", entre 1919 y 1920; y luego, una generación después, con los oscuros excesos del periodo McCarthy en los años cincuenta.

El miedo no desapareció con el exitoso final de la Segunda Guerra Mundial. La victoria de Reagan en 1980 fue al menos en parte producto de una reacción contrarrevolucionaria contra los "excesos" morales y culturales de los años sesenta, vistos por muchos como una época de descarada libertad sexual, uso de drogas e inquietud política. Para los votantes de Reagan, los Estados Unidos habían perdido en 1980 el control sobre el mundo y su propio destino, así como los padres estadounidenses habían perdido el control sobre sus hijos adolescentes. Había que hacer algo contra ello.

Este diagnóstico cristalizó una batalla de cuarenta años al interior de la generación del Baby Boom, entre la "generación Woodstock", opuesta a la guerra en Vietnam y aquellos que luchaban en ella y la respaldaban. Se trata de un conflicto que aún se encuentra en el corazón mismo de los debates culturales y políticos en los Estados Unidos.

Esta división, y el miedo frente a una decadencia y un declive nacional que ella inspira entre muchos conservadores, permite

explicar la preeminencia que cuestiones morales (el aborto, los derechos de los homosexuales, la oración en las escuelas) han tenido a menudo sobre temas económicos y políticos en las campañas presidenciales de los últimos años.

Así, los ataques terroristas del 11 de septiembre no crearon el miedo estadounidense, aunque sí lo encapsularon y lo elevaron a través del poder de un único evento: el gran número de muertes, la naturaleza simbólica de los objetivos (el corazón del poder militar estadounidense y las Torres Gemelas, que dominaban el horizonte de la más cosmopolita de todas las ciudades, centro del capitalismo y el multiculturalismo). Y para empeorar todo, el momento en que los ataques sucedieron. Los Estados Unidos redescubrieron su propia vulnerabilidad en la cima de su supremacía global, solo una década después del colapso de la Unión Soviética. Los Estados Unidos no habían experimentado un ataque así, contra su corazón mismo, desde el ataque británico contra Washington durante la guerra de 1812 (Pearl Harbor se hallaba bastante lejos del país).

Y si bien el 11 de septiembre no creó la cultura estadounidense del miedo, sí le confirió nuevas profundidades. Desde el inicio de la Guerra Fría, los estadounidenses sabían que su posición geográfica ya no los podía proteger. Pero el 11 de septiembre convirtió este saber abstracto en una realidad trágica y visceral. Y, dado que se trata justamente de los Estados Unidos, de inmediato dio origen a un debate sobre la naturaleza de la respuesta estadounidense.

Muchos de quienes —como yo mismo— nos sentimos habitantes de Nueva York tras el 11 de septiembre, ponemos en cuestión el juicio estadounidense después de los ataques. Nos preguntamos si el país subestimó la amenaza antes del 11 de septiembre y la exageró después de esa fecha; si acaso ha estado conduciendo en Irak la guerra equivocada de un modo equi-

vocado, y si no habrá creado un clima de sospecha perjudicial para su propia imagen y sus intereses.

El debate entre seguridad y libertad es eterno. En su "guerra global contra el terrorismo", la administración Bush fracasó en hallar el equilibrio correcto. Guantánamo, la "detención preventiva", las crueles técnicas de interrogación y la humillación deliberada de prisioneros en Abu Ghraib han ayudado a crear una sensación de abuso y discriminación entre quienes se enredaron en las cuerdas de la justicia estadounidense. Tristemente, ellos simbolizan el mal camino que han tomado los Estados Unidos desde el 11 de septiembre.

En el año 2008, pude experimentar directamente el dramático cambio de la imagen de los Estados Unidos en la ciudad de Berlín. Asistí en junio a la interpretación del homenaje de Beethoven a la libertad y el amor, *Fidelio*, en la ópera de Unter den Linden. La puesta en escena, sin embargo, contenía un fuerte comentario político. Los prisioneros (supuestamente cautivos en una prisión política española) estaban vestidos como los detenidos en Guantánamo. En la imaginación artística del director, los Estados Unidos se habían convertido en la encarnación de la opresión.

Más de veinte años antes, había acompañado a la ópera (en el lado occidental de la ciudad aún dividida por el Muro) a John McCloy, el "procónsul" estadounidense en Berlín en los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial. Cuando se enteró de la presencia de McCloy en el auditorio, el público se puso de pie para aplaudirlo cálida y espontáneamente. Los Estados Unidos eran un símbolo de su libertad, de la liberación, incluso de la redención para los alemanes occidentales. ¿Cómo cambió tan de forma tan radical la imagen de los Estados Unidos, de la libertad a la opresión?

Por supuesto, esa misma ciudad dio la bienvenida triunfal al candidato presidencial Barack Obama en julio del 2008, solo un

mes después de la lúgubre representación de *Fidelio* en la que yo había estado presente. ¿Se había acaso iniciado otro giro?

En su muy convincente libro *Winning the Right War: The Path to Security for America and the World*, Philip H. Gordon denuncia la tentación de equiparar la guerra contra el terrorismo con la Tercera Guerra Mundial, la ilusión de que puede ser ganada como una guerra tradicional y la idea de que no existe una tercera opción a "victoria u holocausto", que es el modo en que David Frum y Richard Perle, dos expertos cercanos a la administración Bush, argumentan en su libro *An End to Evil*.⁴⁸

Ver el "mal" por doquier significa cerrar el país —como lo puede atestiguar cualquier extranjero que haya experimentado las frustraciones del nuevo aparato de seguridad estadounidense al entrar al país—. (Lo cual no quiere decir que Europa sea inmune a tales excesos. Inmediatamente tras los ataques del 11 de septiembre y los atentados en Madrid y Londres, era ciertamente mejor no ser un joven y barbado musulmán viajando por Europa.)

Alentada por los "bolcheviques de la democracia" (la provocadora fórmula creada por el antiguo líder estudiantil Daniel Cohn-Bendit para describir a los neo-conservadores estadounidenses), la administración Bush vio en el 11 de septiembre una oportunidad única para congregarse a los estadounidenses en su tipo muscular de internacionalismo. Pero en este nuevo acercamiento, los Estados Unidos combinaron el exceso de ambición con una reacción exagerada. El objetivo de democratizar Medio Oriente era perfectamente noble, pero la idea de construirlo con una nueva Bagdad democrática como su epicentro no fue más que una ilusión.

⁴⁸ Gordon, Philip. *Winning the Right War: The Path to Security for America and the World*. Nueva York: Times Books, 2007; Frum, David & Richard Perle. *An End to Evil*. Nueva York: Random House, 2004.

Para vislumbrar la búsqueda espiritual en que millones de americanos se hayan actualmente, podemos dar un vistazo a Hollywood, cuyas películas siempre han representado un tipo de programa psicoanalítico nacional. En la poderosa escena final de *En el valle de Elab*, un padre cuyo hijo ha sido masacrado en su regreso a los Estados Unidos desde Irak por su propios compañeros, enloquecidos por la guerra, levanta la bandera estadounidense al revés, un símbolo de urgencia y angustia. El mensaje implícito es: "Mi país se ha vuelto loco, ¿que alguien nos ayude!".

El marchitarse del sueño americano

A diferencia de Europa, los Estados Unidos se han caracterizado tradicionalmente ante todo por la esperanza. Su misma historia (como la del Estado de Israel) está basada en un tipo de esperanza casi mesiánica: la creencia en que Estados Unidos es un país de redención, liberación y un nuevo comienzo. Es este optimismo esperanzador el que permitió que la temprana república estadounidense, modesta, sencilla e idealista, creciera hasta convertirse en un verdadero imperio en menos de dos siglos. Y ese mismo espíritu de esperanza sigue siendo la base del poder blando estadounidense, así como de su enorme atractivo para gente de todas partes del mundo.

Sin duda, el poder para atraer a inmigrantes y seducir al mundo está basado en el atractivo del sueño americano tanto como en los logros de la república estadounidense. Optimismo, idealismo, individualismo, flexibilidad, culto a la excelencia y la convicción de ser únicos: todos estos han sido tradicionalmente los ingredientes clave del éxito para un país que desde sus inicios se vio a sí mismo como un proyecto en construcción, más que como una memoria o una tradición que había que proteger

o trascender. Mientras que la Europa del siglo xx fue construida sobre la idea de trascender la historia, siendo su fuerza especial, pero también su debilidad, evocar o conjurar su pasado, los Estados Unidos son ante todo el futuro.

El sueño de Hollywood que es los Estados Unidos fue encapsulado a perfección por la película *Pelle the Conqueror*, del director danés Billie August. Ambientada en Europa nórdica a finales del siglo xix, la película concluye con la despedida de dos hermanos que han elegido vías distintas para escapar de la pobreza absoluta en la que viven. El primero de ellos elige el socialismo y se propone transformar a Europa desde dentro. El segundo abandona el continente europeo a fin de perseguir el sueño americano. El mensaje implícito de la película es que el segundo hermano ha tomado la decisión correcta. Y este contraste, con los efectos luminosos de la imagen propia de los Estados Unidos, es el tema subyacente de la gran mayoría de las películas estadounidenses: "Si puedes soñarlo, puedes hacerlo". Desde *Shane* y *Casablanca* hasta *Working Girl* y *Norma Rae*, es el poder del individuo el que resulta magnificado en el cine estadounidense —y en el modo de vida estadounidense—.

Recuerdo estar en Washington en la víspera de la intervención militar de los Estados Unidos en Kosovo. Un político importante del Departamento de Estado me explicó que "a su gente en California no le gustaba ver en Europa a gente forzada a subirse en trenes". Sería exagerado concluir a partir de estas palabras que la popularidad de la película épica de Steven Spielberg, *La lista de Schindler*, fue responsable de la intervención militar estadounidense, pero sin duda desempeñó un papel al preparar al público para apoyar la operación.

Pero ahora, algunos estadounidenses empiezan a dudar del valor único del individualismo de su nación. En una columna reciente escrita desde China, David Brooks plantea una pregunta

bastante pertinente: ¿Qué pasará si "las sociedades colectivistas ascienden económicamente y se convierten en el rival de Occidente"? Él concluye afirmando que "el ascenso de China no es solamente un evento económico. Es también un evento cultural. El ideal de un colectivo armonioso se puede volver tan atrayente como el ideal del sueño americano".⁴⁹

Nadie ha contribuido tanto al aumento de esta inseguridad en sí mismos como los estadounidenses mismos. Comparemos por un momento el presente con el pasado. En términos simbólicos, el Día-D (junio 6 de 1944) sigue siendo el cenit del idealismo, la ilustración y el heroísmo estadounidenses. El monumento a la entrada del enorme cementerio de Coleville en Normandía, más allá de la playa de Omaha, lo dice todo: "Esta playa asediada, portal de la libertad, está para siempre consagrada a los ideales, el valor y los sacrificios de nuestros compatriotas". Por segunda vez en menos de treinta años, los soldados estadounidenses habían alterado para bien el curso de la historia de Europa y del mundo.

Lo que siguió después de eso en las guerras estadounidenses ha sido mucho menos brillante y decisivo. La Guerra de Corea fue un turbio juego que terminó en tablas; la Guerra de Vietnam una tragedia y un desastre político para los Estados Unidos. ¿Acaso el mejor momento estadounidense es un clímax que el país jamás vivirá de nuevo?

En comparación con las imágenes y las memorias históricas de la Segunda Guerra Mundial, la actual guerra en Irak parece ser aun más funesta que Corea y Vietnam. Y el periodo subsiguiente a la guerra seguramente no será en absoluto similar al de la Segunda Guerra Mundial, pues Irak jamás será el equivalente de Alemania y Japón en 1945. Estas dos naciones estaban

49. Brooks, David. "Harmony and the Dream". En: *New York Times*, agosto 11 de 2008.

dispuestas a aprender del modelo democrático de los Estados Unidos, a trascender su historia reciente, a sumergirse en otra cultura, a nacer de nuevo. Irak no comparte ninguno de estos rasgos positivos.

Pero aún hay algo más importante: los Estados Unidos de 2003 tenían muy poco en común con los Estados Unidos de 1944. La mayoría de los jóvenes soldados que arribaron a las playas de Omaha y Utah sabían lo que estaban haciendo, estaban dispuestos a sacrificar sus vidas por una causa que comprendían y en la que creían. Estaban respaldados por sistemas políticos y militares en los que confiaban. Estaban convencidos que sus comandantes los llevarían a la victoria, y estaban seguros de que su país estaba haciendo lo mejor para ayudarles a luchar una guerra en las mejores condiciones posibles. ¿Son así las cosas hoy en día? ¿Tienen los soldados estadounidenses la guía correcta, los equipos correctos, los ánimos correctos? Las historias que nos llegan desde Irak suenan más como las narraciones de cinismo, confusión y fracaso de la era de Vietnam que las sagas heroicas de la Segunda Guerra Mundial. Más aun, el ejército estadounidense hoy en día es una fuerza profesional compuesta en su mayoría por ciudadanos pobres que se unieron a las filas para encontrar un trabajo, y que luchan junto a contratistas privados y muy bien pagados que se encuentran en Irak solo por el dinero. La guerra jamás es un asunto agradable, pero los soldados de la Segunda Guerra Mundial reposaban en una lecho de roca de idealismo, difícil de encontrar en el ejército estadounidense de hoy en día.

¿Han perdido los Estados Unidos, el país de la esperanza y los sueños, su sentido de ser una misión única, y se han convertido, como Europa, en una nación del miedo?

El declive de Estados Unidos

¿Son los Estados Unidos a inicios del siglo XXI el equivalente al Imperio Británico hace un siglo o al Imperio Romano durante los siglos de su decadencia?

Los estadounidenses han estado debatiendo sobre el tema del decaimiento desde hace ya algún tiempo. El éxito del más reciente ensayo de Fareed Zakaria, *The Post-American World*, muestra cuán actual es este tema. Comparto la tesis tranquilizadora de Zakaria de que los Estados Unidos pueden sobrevivir "el surgimiento del resto", siendo el resto esencialmente Asia. El dinamismo, la resistencia y el culto a la excelencia estadounidense siguen siendo fuertes en el país, y la habilidad estadounidense de recuperarse de los problemas económicos y sociales es probablemente mayor que en Europa.³⁰

Y sin embargo, la realidad de la decadencia estadounidense está calando poco a poco en diversas formas: la forma orgánica, física, de la plaga de la obesidad; la presupuestaria de permitir el aumento de la deuda sin prestarle mayor atención; el derrumbe de la infraestructura estadounidense, desde puentes hasta ferrocarriles, que a veces hace pensar en una nación en desarrollo del sur global más que en el mayor poder del mundo; la falta de interés de los soldados estadounidenses por aventuras extranjeras; el aumento del uso de drogas, la violencia y la falta de perspectivas entre los jóvenes; los mercados financieros fuera de control, que finalmente colapsaron en el 2008, amenazando con hacer caer con ellos la economía mundial; y, ante todo, la naturaleza disfuncional de la política estadounidense, desde el

30 Zakaria, Fareed. *The Post-American world*. Nueva York: W. W. Norton, 2008. [Trad. castellana: *El mundo después de USA*. Madrid: Espasa, 2009.]

incontrolado crecimiento del poder ejecutivo hasta las excesivas cantidades de dinero invertidas en las elecciones.

En los años recientes, con los mercados de deuda clausurados, el mercado de valores en retirada y los índices de crecimiento cayendo al nivel de los países europeos, los estadounidenses han empezado a temer el declive económico, tanto como los europeos. Como estos, se preocupan por perder sus empleos y ser "comprados" por compañías provenientes de China y otros poderes extranjeros. Se intuye una especie de reacción violenta contra la globalización y el regreso de agresivas tendencias proteccionistas, reforzadas aun más por las angustias ambientales.

Visto desde Europa, Estados Unidos parece un país de excesivos controles en sus fronteras e insuficientes controles en su interior. Y estos controles insuficientes no incluyen solamente medidas fracasadas para regular los mercados financieros. Incluyen sistemas demasiado laxos para modelar los comportamientos sociales y mitigar los peores efectos del individualismo rampante. Consideremos, por ejemplo, el énfasis sobre el "derecho a portar armas", que lleva a la disponibilidad de armas de fuego como una espada de Damocles permanente colgando sobre la cabeza de tantos estadounidenses inocentes, dada la multiplicación de masacres en las escuelas y universidades estadounidenses. ¿Existe algún otro país en el mundo en que los profesores estén autorizados –si no alentados– a venir a clase armados con un revólver? Y a los europeos les preocupa que esta falta de control se esté extendiendo a Europa, una desalentadora forma de americanización que incluye la violencia juvenil modelada a partir de las guerras entre pandillas que tienen lugar en muchas ciudades estadounidenses, y el consumo excesivo de alcohol.

¿Han dejado de existir los sentimientos y las realidades de unos Estados Unidos más jóvenes, más esperanzados, o simplemente es el momento que vivimos una aberración pasajera?

Ahora bien, existen sin embargo razones para un optimismo prudente, motivadas no solo por el cambio encarnado en Barack Obama, sino por ciertos valores fundamentales que siempre han caracterizado a los estadounidenses. Quizá Estados Unidos, la nación de inmigrantes por excelencia, encuentre nuevas energías y supere sus miedos gracias a los millones de nuevos ciudadanos que llegan cada año a sus costas. Los Estados Unidos se precian con toda justicia de ser el país del "melting pot", un crisol de culturas diversas, sede de la integración exitosa de gentes provenientes de todo el mundo. Durante la Segunda Guerra Mundial, a pesar del confinamiento y la segregación, americanos de ascendencia japonesa lucharon con honor en contingentes especiales del ejército estadounidense. Hoy en día, esta tradición sobrevive. Solo basta comparar la exitosa integración de los latinos estadounidenses con las dificultades que experimentan las comunidades musulmanas y africanas en Europa. Y a pesar del 11 de septiembre, la comunidad musulmana estadounidense ha seguido luchando económicamente y sintiéndose y actuando como estadounidenses, de modo mucho más efectivo que la forma en que sus homólogos europeos se integran a la vida en Europa.

Los líderes estadounidenses más responsables reconocen el valor de esta tradición. Políticos claves de ambos lados del espectro, como el ex presidente George W. Bush y el senador Edward Kennedy, siguen estando convencidos de que la inmigración es una ganancia para los Estados Unidos, que los "recién llegados traen consigo una vitalidad muy bienvenida, y que la mente abierta y el optimismo son una parte esencial del carácter de la nación", como ha escrito Tamar Jacoby en *Foreign Affairs*. Cuando los más razonables estadounidenses sostienen que el único remedio posible a la inmigración ilegal es la implementación de cuotas de inmigración más generosas combinada con

un control legal más efectivo, suenan mucho más creíbles que algunos de sus homólogos europeos como Nicolás Sarkozy en Francia, que hasta ahora ha fracasado en hallar el equilibrio entre la generosidad y el control.⁵¹

Sin embargo, es claro que no todo está bien en la nación de los inmigrantes. El número de visas para estudiantes se ha reducido radicalmente en los últimos ocho años, y los controles aplicados a los "extranjeros" han sido aumentados de forma drástica. Los Estados Unidos pondrán su futuro en riesgo si dejan de ser el lugar de elección para los inmigrantes.

Es fácil exagerar el potencial de una nueva administración presidencial para remodelar el horizonte emocional del país. Por más inteligente, competente e inspirador que sea, existe un límite a lo que el jefe del poder ejecutivo puede lograr en cuatro u ocho años en la Casa Blanca. Pero si el presidente Barack Obama realmente está comprometido a restaurar la imagen de los Estados Unidos como la nación de las posibilidades, tiene esto de su lado: que no lucha contra la corriente nacional sino junto a ella, pues no busca tanto innovar como restituir la fe tradicional del país en sí mismo, en la que una sólida creencia en los valores éticos, la instintiva fe en la moderación y una tonificante dosis de realismo se combinan para producir una tranquila y saludable sensación de optimismo. Una restauración tal, si llegara a ocurrir, sería bienvenida en todo el mundo.

El miedo divide a Occidente

En miedo no solo le ha hecho daño tanto a Europa como a Estados Unidos; también ha perjudicado sus relaciones. El desastre del 11 de septiembre unió a la gente de ambos lados del

51 Jacoby, Tamar. "Immigration Nation". En: *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 2006.

Atlántico. Pero a excepción de algunas pocas colaboraciones (por ejemplo entre los sistemas policiales y judiciales), este sentimiento de propósito compartido duró poco tiempo. El 11 de septiembre no unió permanentemente a Occidente, más bien reveló nuestras profundas divisiones. Y las decisiones del presidente Bush en materia de políticas exteriores, así como su estilo de gobierno, ampliaron el abismo que se había empezado a dilatar tras el colapso del imperio soviético.

Cuando finalizó la Guerra Fría, Alexander Yakovlev, un colaborador cercano del presidente Gorbachov, advirtió al Occidente en un comentario profético: "Vamos a hacerles algo terrible; vamos a desaparecer como amenaza. El pegamento de su alianza ya no estará allí para mantenerlos unidos". La aparente disolución de los intereses comunes que llegó con el final de la Guerra Fría coincide con el aumento de emociones divergentes, pues a menos de que la naturaleza del miedo sea completamente clara, tiende a dividir más que a unir. Durante la Guerra Fría, la amenaza externa estaba muy bien definida y, gracias a la disuasión nuclear, bien contenida. (O al menos esta era la percepción general; la realidad era probablemente más confusa y más peligrosa de lo que parecía entonces.) Hoy en día, la realidad es mucho más compleja. ¿Cuál es la amenaza principal? ¿Las armas de destrucción masiva, la propagación del caos político en los Estados fracasados, el calentamiento global, la crisis energética, el potencial colapso económico? La complejidad rara vez da pie a la claridad estratégica —y ciertamente no a la claridad emocional—.

El divorcio trasatlántico no ha sido un evento sino más bien un proceso. Creció lentamente en los años noventa y explotó en los primeros años del siglo XXI. Para resumir esta escisión, uno puede decir que el desdén estadounidense frente a Europa creció a medida que esta sentía que necesitaba cada vez menos

de los Estados Unidos. Al mismo tiempo, los Estados Unidos parecían alejarse de Europa en términos de valores fundamentales. Es como si Europa le dijera a los Estados Unidos: "Podemos vivir sin su protección. Y lo que es peor: ya no podemos reconocerlos". (Por supuesto, esta era la percepción de la "Antigua Europa", más que de la "Nueva Europa" de naciones del antiguo bloque soviético, que se parecen más a la Europa de los setenta que a la de los noventa.)

Paralelamente, la desilusión estadounidense frente a Europa también crecía. La guerra en los Balcanes y la inicial pobre actuación europea confirmaron las sospechas ocultas de algunos miembros de la élite estadounidense. Recuerdo un debate que tuve Estrasburgo con un miembro clave del Consejo Nacional de Seguridad a inicios de los noventa, cuando Yugoslavia aún estaba unida. Aquel importante representante del gobierno de George H. W. Bush hablaba de Europa en los términos más despectivos. "No es posible confiar en Europa. Hay que dejarla sola. Primero muestra estar dividida y ser impotente, luego se vuelve suicida, y los Estados Unidos deberán intervenir una vez más para salvarla de sí misma y recoger los trozos".

La incredulidad estadounidense frente a la capacidad de Europa para controlarse a sí misma, reforzada por los primeros años de la guerra en los Balcanes, coincidió rápidamente con el creciente alejamiento europeo de los Estados Unidos. En los años sesenta y los ochenta, cuando los europeos marchaban en las calles contra los Estados Unidos, denunciaban las acciones de Washington, desde la guerra de Vietnam hasta la utilización de los euro-misiles. En los noventa, las manifestaciones antiamericanas estaban dirigidas ya no tanto hacia lo que Estados Unidos *hacían*, como a lo que *eran*: un pantano cultural, un país donde gobierna la pena de muerte, un poderoso pero inhumano e incivilizado rincón de Occidente.

Esta lectura de Estados Unidos no suprimió la existencia concomitante de una fascinación absoluta con los Estados Unidos, que aún crecía en países como Francia. Aún recuerdo un anuncio a doble página que apareció en el principal periódico dominical francés, *Le Journal du Dimanche*. A mano derecha aparecía la descripción de una joven pareja francesa que vivía en Los Ángeles, se habían unido a "El país de los sueños y las oportunidades" en el reino de "la nueva economía". Del lado izquierdo se podía leer una fuerte denuncia del capitalismo estadounidense expresada por una voz anti-globalización. Esta doble visión lo decía todo. Los Estados Unidos eran el espejo perfecto en que se reflejaban tanto los sueños como las pesadillas de Francia y, por extensión, de toda Europa.

Tras el 11 de septiembre, el miedo reemplazó en gran parte la esperanza en la visión europea de los Estados Unidos. Los europeos y los estadounidenses estaban unidos contra la amenaza terrorista, pero sus divisiones respecto a la mejor forma de combatir al enemigo se volvieron más grandes que la amenaza misma. Para Washington, los europeos se comportaron como "traidores" cuando decidieron no apoyar las decisiones de los líderes estadounidenses. Para los europeos, Estados Unidos se convirtió en una amenaza para la estabilidad del mundo tan grave como la que representaban los mismos terroristas, pues la "reacción exagerada" de Washington estaba preparando el camino hacia un "choque de civilizaciones" innecesario y potencialmente fatal. Los estereotipos de ambos lados del Atlántico—vaqueros estadounidenses y gánsters, cobardes y decadentes europeos— fueron alimentados por una combinación de ignorancia y creciente intolerancia. Pero mientras los prejuicios de Europa frente a los Estados Unidos eran avivados por la pasión, la denuncia estadounidense de la debilidad europea se vio acompañada por una indiferencia cada vez mayor.

A decir verdad, ambos lados eran profundamente contradictorios. Washington hablaba de la importancia de los valores occidentales, como la democracia y los derechos humanos, incluso mientras violaba aquellos principios y evidenciaba su desprecio frente a su "compañera menor", la Europa que había creado aquellos mismos valores. Al mismo tiempo, Europa miraba hacia los Estados Unidos en búsqueda de estabilidad y protección, mientras que se complacía obviamente con el debilitamiento de los Estados Unidos y el deterioro de su imagen en el mundo: una actitud sin mucho sentido, ya que Europa probablemente aún no está lista para aceptar un papel más importante en el mundo, con las cargas que eso implicaría.

A pesar de estas contradicciones internas, la división entre los antiguos compañeros siguió creciendo. La desafiante crítica de los Estados Unidos expresada desde hace tiempo por Francia, encontró eco en una gran mayoría de capitales europeas y de todo el mundo. Solamente en los países no musulmanes de Asia la popularidad de los Estados Unidos ha permanecido alta. Si los estadounidenses se despertaron la mañana del 11 de septiembre preguntándose, por primera vez, "¿Por qué nos odian tanto nuestro enemigos?", hoy deberían preguntarse: "¿Por qué nos hemos vuelto tan poco populares, incluso entre nuestro amigos?".

Algunos podrán responder esta pregunta indicando el hecho de que, en su puja por la supremacía mundial, los Estados Unidos han "traicionado la promesa americana" (para citar el subtítulo del más reciente libro de Tony Smith, *A Pact with the Devil*).⁵² Hay algo de verdad en esto. El gran logro de Al-Qaeda ha sido empujar a los Estados Unidos, bajo la administración Bush, a traicionar sus valores más fundamentales.

52 Smith, Tony, *A Pact with the Devil: Washington's Bid for World Supremacy and the Betrayal of the American Promise*. Nueva York: Routledge, 2007.

Pero yo expresaría de un modo algo distinto lo que ha sucedido. En su desplazamiento de una cultura de la esperanza por una del miedo, los Estados Unidos han perdido su atractivo natural frente al mundo. Con todas las limitaciones que pudiera tener, John Fitzgerald Kennedy hizo que el mundo soñara. Los Estados Unidos de George W. Bush tendieron a asustar al mundo, incluso si algo del miedo generado resulta excesivo e injusto.

“La fe de los estadounidenses en nuestros valores, valores universales, debería ser un puente hacia el mundo”, sostiene Anne Marie Slaughter en su elegante libro *The Idea That Is America: Keeping Faith With our Values in a Dangerous World*.⁵³ Esto aún puede convertirse en realidad, a pesar de la angustia que actualmente domina en el pensamiento occidental. Ni el distanciamiento estadounidense del mundo ni la debilidad europea tienen que ser fatales. Lo que Occidente necesita es un mayor sentido de balance, incluyendo a unos Estados Unidos más contenidos y una Europa más ambiciosa —unos Estados Unidos menos ambiciosos de dominar el mundo y más interesados en recuperarse a sí mismos, con un énfasis reforzado en educación, infraestructura y bienestar social—.

En un mundo transparente e interdependiente, es el resurgir del sueño americano —la capacidad de integrar continuamente a otros y personificar el país de la esperanza— lo que constituye el rostro más atractivo de los Estados Unidos, frente a todo el mundo y en particular frente a Europa.

La mayor responsabilidad yace sobre los hombros del más fuerte de los dos compañeros: los Estados Unidos. Si Occidente ha de recobrar su cultura de la esperanza, será porque los Es-

53 Slaughter, Anne-Marie. *The Idea That Is America: Keeping Faith With our Values in a Dangerous World*. Nueva York: Basic Books, 2007.

tados Unidos habrán encontrado finalmente el líder que pueda servir de puente entre los Estados Unidos y su pasado de esperanzas y sueños, y el mundo del siglo XXI.

Que Occidente pierda su monopolio sobre la esperanza es una cosa, y quizá algo inevitable. Que sea reducido a convertirse el nuevo centro del miedo no debe ser fatal, pero sin un cambio de curso positivo, puede llegar a serlo.

CAPÍTULO 5

CASOS DIFÍCILES

Sin duda existen muchos tonos y matices en el retrato del mundo contemporáneo que analizo aquí. Sin embargo, espero haber tenido hasta ahora éxito en demostrar que, en términos generales, el mundo asiático de hoy en día está caracterizado especialmente por la esperanza, el mundo árabe-islámico por la humillación y el mundo occidental por el miedo.

Existen no obstante otros países muy importantes que eluden mi clasificación tripartita, justamente porque contienen todas estas tres emociones equitativamente o en proporciones entremezcladas de manera profunda. Y existen regiones del mundo, incluyendo continentes enteros, que son aún más difíciles de asignar a alguna categoría simple. En este capítulo me concentraré en una serie de situaciones complejas que no encajan tan fácilmente en mi tesis general, pero que tienen su propio papel significativo en las luchas que se desarrollan gradualmente en este siglo.

La amalgama rusa (más una palabra sobre Irán)

El caso de Rusia en estos tiempos postsoviéticos es definitivamente muy interesante y bastante atípico. El país experimenta al mismo tiempo una buena medida de miedo, humillación y esperanza, todas estas tres emociones mezcladas en una poderosa amalgama de sentimientos e impulsos.

Recuerdo vividamente mi estada en Moscú en el invierno de 1989 en casa de amigos rusos, atento de las noticias sobre la forma en que se desarrollaba la situación en Rumania. La revolución —¿o se trataba de un golpe de estado?— finalizó trágicamente, en un contraste oscuro con la transición relativamente pacífica del comunismo al capitalismo que experimentaba Polonia, y que en poco tiempo experimentaría el resto de Europa Central y del Este. Cuando la pantalla emitió las imágenes de la ejecución de Nicolae Ceaușescu y su esposa, quienes habían gobernado brutalmente el país durante más de veinte años, mis amigos rusos me dijeron:

—Sabes —me advirtieron—, la transición en Rusia se llevará a cabo de la forma rumana, no la polaca. Habrá derramamientos de sangre. Así es como hacemos las cosas en Rusia.

Estaban equivocados, al menos por el momento. Sin embargo, su actitud, que quisiera llamar "narcisismo oscuro", se quedó grabada en mi mente, y la he experimentado muchas veces desde entonces.

¿Por qué están los rusos, a pesar de su progreso innegable al menos en términos económicos, tan obsesionados con sus trágicos fracasos y fallas? ¿Qué tipo de combinación de geografía, historia, religión y cultura los enorgullece y los avergüenza tanto al mismo tiempo?

La primera explicación proviene del hecho de que los rusos carecen de una visión clara de sus fronteras. ¿Dónde termina el imperio ruso? Muy en el fondo, aún no han renunciado a Ucrania, de hecho tampoco a Bielorrusia. La compleja e hinchada red de emociones que caracteriza a los rusos puede ser vista como un resultado de su historia nacional y de su paradójico sentido de atracción y rechazo frente a Occidente, del cual no forman parte por motivos naturales. El debate entre "occidentalizadores" y "eslavófilos" (este último grupo está convencido

de que el "alma" y el destino de Rusia se encuentran más en el Este místico que en el Occidente racionalista) ha hostigado a la historia moderna rusa desde tiempos de Pedro el Grande, y persiste hasta el día de hoy.

Cuando Putin visitó París en el año 2000 en su primera visita oficial como presidente recién electo de Rusia, tuve la oportunidad de hablar con él durante una cena en su honor ofrecida por el Instituto Francés de Relaciones Exteriores. Reflexionando sobre qué pregunta podría al mismo tiempo interesar a Putin e informar a la audiencia, decidí preguntarle qué retratos de líderes pasados y actuales colgaban en su oficina. Su respuesta vino tan rápido que comprendí de inmediato que se trataba de un tema en el cuál él ya había pensado antes.

—Son tres —dijo—. Pedro el Grande, Pushkin y de Gaulle.

El primero, por supuesto, el padre del imperio y el estado rusos modernos. El segundo, la encarnación de la cultura rusa. Y el tercero, el hombre responsable de la reconstrucción de Francia tras la Segunda Guerra Mundial y de su renovado sentido de importancia en el escenario internacional. Según pienso, la elección de de Gaulle era reveladora, pues decía mucho sobre la propia visión de Putin sobre su propio reto como líder de la Rusia contemporánea. También de Gaulle se había sentido humillado por las pretensiones estadounidenses, durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, de que el liderazgo sobre Occidente debería recaer automáticamente en las manos de los jóvenes, poderosos y ricos Estados Unidos.

De las tres emociones que compiten hoy en día en la mente rusa, la humillación es quizá la más fácil de comprender. Durante los años 1989 a 1991, desde la caída del Muro de Berlín hasta la disolución de la Unión Soviética, Rusia experimentó el equivalente de lo que Francia había experimentado como resultado de la Revolución Francesa y de la pérdida de su imperio

colonial –aunque solo en dos años, y no en el transcurso de casi dos siglos–.

En primer lugar, los rusos fueron testigos de la completa inversión de sus normas y sus valores. Aquello que había sido considerado como equivocado –el capitalismo, el liberalismo, la democracia– fue de repente declarado como correcto, mientras que el socialismo y el comunismo fueron de repente declarados como errados. En segundo lugar, Rusia sufrió una abrupta y chocante pérdida de estatus internacional. De ser uno de los dos superpoderes mundiales (ya en los años ochenta, incluso los rusos sabían que eran los más débiles), Rusia pasó a ser, al menos ante sus propios ojos, una simple carta en manos de los diplomáticos estadounidenses.

Para empeorar las cosas, su Estado, su imperio y su ejército –los tres elementos clave de su identidad nacional– habían implodido simultáneamente. Y a diferencia de Francia y el Reino Unido, Rusia había perdido un imperio que no estaba separado de la patria por océanos, sino que se hallaba directamente frente a ellos y había pasado de la noche a la mañana de ser una fuente de orgullo a ser una fuente de ansiedad. Lo que vivían los nuevos países desde Georgia hasta Ucrania y los Estados del Báltico en su recién adquirida independencia y libertad diplomática y política recordaba dolorosamente el fallecimiento del imperio ruso. Cuando, después de algunos años, estos países se mostraron interesados en pertenecer a la OTAN, simplemente confirmaron la sensación de humillación de los rusos.

En Rusia, la humillación ha estado acompañada por el miedo; un miedo exacerbado por la tradición xenófoba del país, hoy en día manipulada y exagerada con fines políticos. Chechenia podrá ser vista por los líderes rusos como una victoria militar. Sobre una montaña de ruinas y sufrimiento se ha reestablecido alguna apariencia de orden ruso en Grozny. Pero

el triunfo ruso es un triunfo pírrico. El conflicto en Chechenia ha expuesto y agravado los problemas rusos: su corrupción generalizada, incluyendo la de las fuerzas militares; su dependencia de la violencia descontrolada, que se extiende desde Chechenia al resto del país; las viciadas prioridades de sus líderes, preocupados por reforzar el poder del Estado más que por el bienestar de sus ciudadanos, y finalmente, el fracaso de Rusia en convertirse en un país "normal" y civilizado en donde el derecho sea lo primordial.

Y no obstante, en la Rusia de hoy en día la humillación y el miedo están también acompañados por la reaparición espectacular de la esperanza en su forma más materialista. Si la mayoría de los rusos se siente hoy en día mejor que hace cinco o diez años, se debe a que Rusia se ve mejor, las condiciones de vida mejoran a un ritmo constante y la economía crece a un promedio de 7% cada año. Lo cual no tiene nada que ver con la tonificante esperanza espiritual e ideológica de los primeros años después de la Revolución en 1917. Irónicamente, la actual esperanza rusa es altamente marxista en la medida en que está regida ante todo por factores económicos. (No fue Marx quien dijo aquello de "Es la economía, imbécil", pero bien podría haberlo hecho.) Este materialismo viene acompañado por el nacionalismo y por una renovada sensación de orgullo, que se manifiesta particularmente en los deportes, desde el fútbol hasta los Juegos Olímpicos.

¿Y qué más da si el resurgimiento económico ha sido acompañado por una campaña ofensiva contra la sociedad civil y el regreso de la autocracia? Los rusos jamás han fundamentado su sensación de valor propio o de orgullo nacional en su habilidad de sostener una democracia al estilo occidental. De hecho, la segunda mitad de la era Gorbachov y los años Yeltsin que la siguieron, testigos del surgimiento de algo como una socie-

dad civil asociada con un débil impulso democrático, fueron considerados por la mayoría de los rusos como un tiempo de humillación. La democracia era, si acaso, una señal de debilidad a los ojos de una población que había perdido su imperio y su estatus internacional, e incluso veía la lamentable condición física de su líder y su evidente falta de dignidad como humillaciones cotidianas.

Putín comprendió todo esto muy bien. La indudable sensación de progreso, e incluso de esperanza, que este ha recreado, junto con la sensación del estatus recuperado, ha sido reforzada sin duda por el aumento de los precios del petróleo y el gas a niveles que previsiblemente se mantendrán en el futuro próximo. ¿Pues dónde se encontraría la esperanza rusa actual si un barril de petróleo costara hoy en día 20 dólares y no 150? El petróleo es costoso y las reservas rusas inestimables, y la mayoría de los rusos están emocionados con la sensación de que "Rusia ha regresado". Y no les interesa que el regreso de Rusia implique el aumento de la brecha entre Rusia y Occidente (al menos en términos de cultura política) y un acercamiento entre Rusia y Asia (lo cual significa una desviación hacia el "despotismo oriental" y un alejamiento de la democracia).

Al mismo tiempo, la tendencia a la autocracia no significa que uno simplemente pueda desestimar por completo las elecciones de marzo del 2008, en las que Medvedev fue entronizado como sucesor de Putín, y sostener que se trató nada más que de una farsa. No fue una elección democrática en el sentido occidental del término —esto es, caracterizada por la libre competencia y el acceso igualitario a las balotas y los medios—. Aun así sus resultados reflejaron los deseos de la mayoría de los rusos. Y en sus primeras declaraciones después de ser elegido, Medvedev ha sido enfático en la necesidad del principio de legalidad en Rusia,

una intención tranquilizadora que aún debe ser hecha realidad, pero que, sin embargo, es una señal significativa.

Es tentador establecer paralelos entre Rusia y otro gran poder regional: Irán.

Tanto Rusia como Irán saben que en este momento su principal fuente de poder e influencia es su riqueza energética. Ambas naciones se sienten confiadas en términos estratégicos porque el tiempo trabaja a su favor. Ambas han experimentado la humillación en su historia reciente (el derrocamiento –dirigido por los Estados Unidos– del primer ministro Mossadegh en 1953 sería para Irán el equivalente del colapso de la Unión Soviética), y ambas usan la humillación en su discurso como un arma propagandística, una fuente de temor y un estandarte de congregación. El mensaje compartido por los líderes de ambos países es: "Jamás nos humillarán y se burlarán de nosotros de nuevo, como lo hicieron ayer".

Pero existe una diferencia esencial entre Rusia e Irán. Rusia es un país que envejece, con una población masculina diezmada por el abuso del vodka y un sistema de salud deficiente; una demografía en completo contraste con el juvenil, emprendedor y esperanzado espíritu que caracteriza a los líderes económicos de la "nueva Rusia".

Por el contrario, Irán es un país joven cuya ambiciosa y abierta energía nada tiene que ver con la naturaleza profundamente anacrónica de los "clérigos barbados" que lo gobiernan. En este contexto, las excéntricas obsesiones de la clase gobernante iraní, como las frecuentes invocaciones del presidente Ahmadinejad del inevitable colapso de la "entidad sionista", parecen ser un intento de cortejar la calle árabe y un esfuerzo desesperado por oscurecer o disimular la creciente fragilidad e impopularidad del gobierno.

Israel: de la esperanza al miedo

El Estado de Israel es otro país estratégicamente importante que desafía cualquier clasificación fácil en términos de emociones. Como en Rusia, existe una combinación de miedo, esperanza y humillación. Puede parecer extraño que un viejo y enorme imperio, y un pequeño y muy joven Estado compartan problemas de identidad similares. Ambos países tienen una relación difícil y ambigua con Europa, y ambos exhiben un intenso sentido de vulnerabilidad basado en el hecho de estar rodeados por fuerzas hostiles, aunque presuman de ser los inigualables poderes económicos y militares de su región.

El miedo de Israel se basa en diversos factores. Uno de ellos es la demografía. Los judíos israelíes son simplemente demasiado pocos en comparación con los árabes, cuyos índices de crecimiento demográfico indican que, a menos que las líneas fronterizas se vuelvan a trazar pronto, Israel está destinado a convertirse en una nación de mayoría árabe. A un mayor nivel, si comparamos el número de judíos y musulmanes en todo el mundo —como sin duda lo hacen los judíos de Israel—, no podemos evitar percibir a los judíos como un diminuto y vulnerable grupo enfrentado a una vasta y creciente colección de mil millones de personas diseminadas en docenas de naciones, la mayoría de ellas real o potencialmente hostiles a Israel.

Si ahora combinamos estos factores demográficos con la violencia política local y las amenazas estratégicas locales que Israel enfrenta, el miedo de Israel no es difícil de comprender. La segunda Intifada fue un error fundamental de los palestinos: terminó con su aplastante derrota. Y sin embargo, los terroristas suicidas tuvieron éxito en instalar el miedo en los israelíes, casi equilibrando a través de su sacrificio inhumano la superioridad tecnológica de sus adversarios, y sorprendiendo

al mundo entero con su disposición a convertir sus propios cuerpos en armas de precisión absoluta. El muro de seguridad construido por los israelíes entre ellos y el Otro amenazante es la mejor encarnación material del justificado sentimiento de miedo de Israel.

El miedo también proviene de Irán, de su apoyo a Hezbolá y a Hamás, y de su combinación de palabras y hechos, de su provocación verbal y sus ambiciones nucleares. ¿Puede permitirse a un país empapado de una ideología absolutista y una hostilidad declarada a Israel tener acceso al arma final? Para un país compuesto espiritualmente, y en cierta medida también físicamente, por supervivientes del Holocausto, y por sus descendientes condicionados por este hecho, aquella representa una amenaza inaceptable, no solo para su patria sino para el pueblo judío mismo.

Y sin embargo, la esperanza también es algo presente en Israel en grandes medidas. La simple creación del país solo puede ser vista como el triunfo de la esperanza contra la lógica. "Es razonable creer en milagros", solía decir el primer líder de Israel, David Ben-Gurion. Hoy en día, los logros increíbles del país en el campo de los negocios, la tecnología, la ciencia, la literatura y las artes han reforzado su sensación de esperanza. Este orgullo compensa, al menos en cierto grado, la insatisfacción nacional frente a la pobre calidad de su élite política (que se evidencia en el mal tratamiento del enconado problema palestino) y, desde la desafortunada guerra en el Líbano, frente a su establecimiento militar. Como muchos bromistas sostienen, en Israel todo va bien, menos lo esencial. De hecho, uno está tentado a hablar de una "italianización" de Israel: una sociedad más resistente que nunca y un estado debilitado, prisionero de su sistema electoral de voto proporcional y de sus más que mediocres líderes políticos. Pero Italia se encuentra en la Unión

Europea e Israel en Medio Oriente, y las diferencias en cuanto al vecindario político y económico son profundas.

Y si bien la mayoría de los israelíes probablemente lo negarían, también existe en la cultura judía de Israel una sensación de humillación, o más precisamente, de resentimiento, que constituye un obstáculo para el éxito del proceso de paz. Sin duda, estar constantemente bajo ataque de enemigos terroristas que no pueden ser eliminados ni neutralizados crea una sensación de frustración e impotencia, muy afín a la humillación. Pero las emociones que sienten los israelíes no pueden ser explicadas únicamente a través de la realidad del Medio Oriente. También son el producto de la historia judía. Así como las personas que fueron violentadas cuando niños violentan a sus propios hijos, el tratamiento israelí de los palestinos, una mezcla de ignorancia, desdén y brutalidad, puede ser vinculado a las cicatrices del reciente pasado judío. El peso excesivo de la historia, combinado con una ignorancia deliberada frente al Otro, constituye una de las combinaciones emocionales más explosivas.

África: entre la desesperación y la esperanza

En las últimas décadas, África ha sufrido un proceso de marginalización internacional continua, exacerbada por el fin de la Guerra Fría, que sacó al continente del tablero de juego a través de la rivalidad entre dos superpoderes. Ahora, la violencia étnica que recientemente ha explotado en Kenia —el país africano en el que menos se esperaba algo así, un país reconocido por su relativa prosperidad y estabilidad política— ha ejercido un impacto negativo tremendo sobre la ya empobrecida imagen internacional del continente africano. Si es posible que *aquí* sucedan masacres, ¿existe alguna esperanza razonable para el resto del continente? Este sentimiento de aprensión ha sido acentuado aun

más por la tragedia de Zimbabwe, que con cada mes que pasa parece más y más una verdadera shakespeareana.

Y con todo, a pesar de la frecuente impresión de penumbra, reforzada por la tendencia de los medios a privilegiar las noticias malas sobre las buenas, África de hecho está emergiendo, aun cuando sea lentamente, del profundo pozo de pobreza y corrupción en que había caído. Hace más de una generación, fuimos testigos de los males históricos del colonialismo, de la forma en que estos eran agravados por los fracasos de la descolonización y por los sucesivos modelos occidentales de desarrollo, marxistas o capitalistas. Si hoy en día algunos comentaristas que se preocupan por África, como el columnista del *New York Times* Nicholas Kristof, van tan lejos como para describir el continente como una "tierra de la esperanza", esto significa que, tras la apariencia de desesperanza interminable del continente africano, es posible detectar cambios positivos.³⁴

Pero incluso las razones para ese cambio de perspectiva sobre África están cargadas de ambivalencia. Los inversores extranjeros atraídos por los gigantescos recursos económicos del continente y su riqueza única en materiales raros y preciosos han redescubierto África: los indios, los brasileños, los estadounidenses y, por encima del resto, los chinos, sedientos de recursos energéticos. Y dado que, entre los extranjeros, los chinos son los menos dispuestos o capacitados para dar lecciones de "bueno gobierno" a los "atrasados" regímenes africanos, estos regímenes, a menudo moral y financieramente corruptos, encuentran en los chinos un buen socio con quien hacer negocios. De ambos lados, la codicia y el miedo son los factores simples de motivación: los chinos temen el caos absoluto que cortaría el acceso a los preciosos y únicos recursos africanos, y los africanos

34 Kristof, Nicholas. "África: Land of Hope". En: *New York Times*, julio 3 de 2007.

temen perder el poder en caso de que este cliente comprensivo y complaciente faltara.

Entre los europeos, especialmente aquellos países que antiguamente eran poderes coloniales en África, la actitud frente al continente incluye tanto una preocupación real frente al futuro de los africanos como una combinación similar de codicia y miedo. En el caso europeo, es el miedo de miles de africanos dirigiéndose a Europa a fin de escapar de sus vidas de miseria. El mar Mediterráneo, que hace mucho dejó de ser la "cuna de la civilización" de la que hablara el historiador francés Fernand Braudel, se ha convertido en un lago en el que los afortunados del mundo, navegando en sus yates, alcanzan a ver brevemente a los refugiados del otro lado del agua, aferrados a sus precarias embarcaciones mientras arriesgan sus vidas para alcanzar el "paraíso europeo".

El nuevo plan de una "Unión Mediterránea" del presidente francés Nicolás Sarkozy (una acción para unir a todos los países de la Unión Europea que bordean el Mediterráneo con varios países no europeos) está dirigido, al menos en parte, a ofrecer una respuesta al creciente problema de los refugiados. El razonamiento entre los europeos ilustrados es simple: si queremos que los africanos se queden donde están, debemos crear para ellos un futuro en África.

Por supuesto, cualquier intento europeo para reformar África debe basarse en la participación activa de los africanos. La idea de que África, tras cuarenta años de independencia, será "salvada" por la intervención occidental es degradante para los africanos y desalentadora para los occidentales que quieren lo mejor para África. También es inexacta. Uno de los eventos políticos más importantes del siglo xx, el nacimiento pacífico del gobierno de mayorías en Sudáfrica, fue un momento trascendente creado por los africanos mismos. F. W. de Klerk tuvo la inteligencia y el

coraje para comprender antes de que fuera demasiado tarde que la autoconservación de una minoría blanca en Sudáfrica exigía no solo el final del apartheid sino también la entrega del poder a la mayoría negra. Por suerte, tenía como compañero a Nelson Mandela, un hombre considerado con razón uno de los mayores héroes de su tiempo, animado por un espíritu no de venganza, sino de reconciliación. (Si solo los palestinos contaran con un equivalente de Mandela, y no con el débil e incompetente Arafat... y si solo el de Klerk israelí, Yitzhak Rabin, no hubiera sido asesinado por un fanático...)

Hoy en día Sudáfrica es una nación, negra y blanca, y su unidad ha sido consolidada por eventos deportivos como las victorias del equipo nacional en la copa mundial de rugby en 1995 y el 2007 y su próximo papel como anfitriona del mundial de fútbol del 2010. La experiencia de Sudáfrica es una lección para el resto del continente: la comunidad internacional puede ayudar a hacer una diferencia, pero no puede crear ni imponer las condiciones para la paz y desarrollo.

Y esas condiciones requieren cambios inmensos en todo el continente, incluyendo Sudáfrica misma, donde la democracia está amenazada por el surgimiento de la violencia y la corrupción. Los problemas que África enfrenta son de todos conocidos: la propagación del sida (que afecta, por ejemplo, al 20% de la población de Sudáfrica); la pobreza profunda en que permanecen cientos de millones, y el carácter artificial de las fronteras heredadas del periodo colonial, que producen débiles sentimientos de unidad nacional y el constante peligro de la fragmentación en líneas tribales o étnicas. África es el continente más lastimado por la guerra. Desde Darfur a Sierra leona, desde el Congo hasta la Costa de Marfil, abundan horribles historias de miseria y asesinato, incluyendo el uso sistemático de la violación como arma de terror y humillación. Y casi en todas partes, la

corrupción gubernamental y la incompetencia mezclada con el constante miedo al crimen y la violencia son aceptadas como condiciones normales de vida.

No obstante, aún existen razones para la esperanza. Existe una nueva generación de líderes, ejemplificada por el presidente Paul Kagame en Ruanda, quien se ve a sí mismo como una versión africana de Lee Kuan Yew en Singapur, o la presidenta Ellen Johnson-Sirleaf de Liberia: autócratas benévolos dispuestos a tomar el difícil pero humano paso necesario para llevar a sus naciones al siglo XXI. Y también está el cada vez más importante papel de la mujer, simbolizado por Wangari Maathai en Kenia (la activista de derechos humanos y medio ambiente que recibió el premio Nobel de la Paz en el 2004), quienes reclaman su legítimo papel como motor de esperanza para África.

Y también está la esperanza económica. Cada vez más y más países adoptan el modelo de Botswana, dando la bienvenida a los inversores extranjeros y siguiendo las reglas del mercado. Aparte de Ruanda, como sostiene Nicholas Kristof, "países como Mozambique, Benín, Tanzania y Mauricio se encuentran entre aquellos que intentan construir un futuro basado en el comercio y no en la ayuda". Kristof incluso concluye su columna con un consejo de inversión: "Compren finca raíz en Benín y en Ruanda" –una recomendación que puede sonar un poco temeraria, pero que indica el lento cambio de estatus de África–. Se trata de un continente entre dos mundos, suspendido entre la desesperación y la esperanza; una esperanza que surge por primera vez en décadas, si no siglos.⁵⁵

Si el arte puede prefigurar la vida, quizá la esperanza gane al final. Una de las atracciones de la temporada londinense de teatro en el 2008 fue una versión sudafricana de la *Flauta mágica*

55 Kristof, Nicholas. "Africa Land of Hope"

de Mozart, interpretada con instrumentos africanos tradicionales. Irradiaba una alegría y energía que superaban incluso el poder universal de la música de Mozart: el espíritu renaciente de África.

Un año antes, el interesado hubiese podido haber visto el debut parisino de *Bintou Wéré, una ópera del Sabel*. En la última escena, una joven madre que ha cruzado el desierto a fin de dar a luz a su hijo en un enclave europeo, sufre un accidente al ser arrollada por un coche que participa en la carrera París-Dakar. Herida de muerte, inicia un diálogo final con el coro sobre la pregunta de si su hijo debería ser criado en Europa o en África. Al final, escoge África.

Se trata, claro está, de una decisión de alto contenido simbólico. Los africanos deben crear esperanza en sus propias naciones, no buscarla en otros lugares.

América Latina: entre la demagogia y el progreso

La situación de América Latina es bastante distinta de la de África, si bien es posible derivar lecciones comunes de los dos continentes. Existe menos desesperanza en América Latina, pero probablemente también menos esperanza, con la notable excepción de Brasil, el gigante del continente. Brasil se ve a sí mismo como la China o los Estados Unidos de Latinoamérica, y está convencido de que su más cercano rival en potencia en ese papel, México, ocupa un distante segundo lugar. Brasil retumba de energía, dinamismo y optimismo, aunque sufra también de las mismas plagas que acosan todo el continente.

Consideremos, por ejemplo, la plaga de violencia. En el 2003 —un año promedio—, cuarenta mil personas fueron baleadas en Brasil, dos mil en Río de Janeiro. Muchos fueron asesinados por balas perdidas, simplemente porque se encontraban en el lugar

equivocado en el momento equivocado. La combinación de desigualdad social y dinamismo económico nos puede recordar el caso de Asia, pero el espectro de violencia le confiere a la desigualdad social en Brasil un rasgo especialmente siniestro. Los vecindarios ricos de Río de Janeiro, rodeados por las notorias favelas, se han convertido casi en fortines protegidos por altas murallas, guardias privados y residentes altamente armados (que comparten la actitud estadounidense frente a la aceptación de porte de armas).

Sin embargo, la esperanza sigue siendo la emoción predominante en el Brasil. Incluso el régimen del presidente Luiz Inácio Lula da Silva, a pesar de sus limitaciones —en particular la “tolerancia” de Lula frente a la corrupción— tiene un carácter de unión sindicalista cristiana tranquilizador. Por desgracia, no podemos decir lo mismo acerca de los gobiernos del resto del continente con la excepción de Chile (que ha descubierto su sólida tradición democrática después de la trágica era Pinochet), posiblemente Argentina (a pesar de su persistente situación económica desastrosa) y acaso Colombia (donde la dureza del presidente Uribe en su guerra contra las FARC parece estar dando resultados).

Suramérica parece funcionar por ciclos. Después de que los regímenes militares de los años sesenta se mostraron incapaces de resolver la crisis económica, fueron seguidos en los ochenta por el regreso a la democracia y la civilidad. Hoy en día, América Latina experimenta un ciclo “populista” con el surgimiento de un nuevo tipo de líder nacional proveniente de los indígenas nativos y en oposición al pasado hispánico, tras una década de liberalismo económico extremo, que por poco arruina a países como Argentina.

La figura de Hugo Chávez en Venezuela ha reemplazado a la de Fidel Castro en Cuba como símbolo de la influencia desestabilizadora de izquierdas. Chávez tiene menos carisma

y menos *gravitas* que Castro –de hecho, puede ser visto como una ilustración de la sentencia marxista: “La historia se repite primero como tragedia, luego como farsa”–. Pero al mando de su petroestado, Chávez tiene algo que Castro nunca tuvo muchísimo dinero. Al comprar las enormes deudas externas de países como Argentina, Chávez no solo hace enormes ganancias potenciales, sino además expande su influencia política en el continente.

El ciclo de populismo en América Latina es menos un resultado de la esperanza que de la humillación. Mientras que la India ha solucionado en gran parte sus problemas con el antiguo poder colonial, el Reino Unido, el caso de América Latina es muy distinto, y las relaciones con los *gringos* estadounidenses (así como con España, el antiguo poder colonial) siguen siendo centrales y difíciles.

Sobre los Estados Unidos, por supuesto, pesa la mayor responsabilidad de esta condición psicológica y política. Los Estados Unidos parecen seguir aplicando en su “patio latinoamericano” (se trata ya de un término condescendiente) la misma actitud que los poderes europeos aplicaban en sus antiguas colonias africanas, y que los estadounidenses denunciaban con severidad. Si bien hoy en día las intervenciones estadounidenses son en su mayoría indirectas, los Estados Unidos siguen siendo un elemento de balance vital y una fuente reprobada de interferencia externa en toda Latinoamérica.

Más allá de la humillación, también hay miedo –pero, de nuevo, curiosamente mezclado con emociones contrastantes–. En América Latina, como en África, abundan los Estados débiles (si no fracasados). Los carteles de la droga se disputan el monopolio estatal sobre el uso legítimo de la violencia. Las guerras civiles duran ya décadas en países como Colombia, si bien Bogotá es hoy en día más segura que la mayoría de ciudades brasileñas.

Y si se lo juzga solamente a partir del crecimiento económico, uno podría hablar de algo así como un "milagro económico colombiano". Armados con poderosos flujos de efectivo, "petroestados" como Venezuela se comportan como superpoderes energéticos regionales, que intentan equilibrar las influencias estadounidenses y brasileñas en el continente, mientras expresan al mismo tiempo un tipo de rebelión indígena-latinoamericana contra las élites nacionales.

A inicios del siglo *xxi*, aún falta formular un juicio sobre África y América Latina. Los políticos, los negociantes y aquellos preocupados por el desarrollo humano no deberían ignorar estos dos continentes. Pero aún no son los lugares donde el porvenir del mundo se está decidiendo, ni se convertirán en ello en el futuro inmediato.

CAPÍTULO 6

EL MUNDO EN EL AÑO 2025

Mi propuesta de usar las emociones como una forma de descifrar el mundo y el comportamiento colectivo de las naciones parecerá acaso como una herejía a los ojos de la mayoría de científicos políticos y especialistas en relaciones internacionales. Para añadir afrenta a la injuria, quisiera ahora ir aun más lejos y ensayar un ejercicio de fantasía histórica.

El mundo que he querido analizar a través del prisma de las emociones es el mundo en el que vivimos, un mundo tan peligroso como excitante. ¿Y qué decir acerca del futuro? El mundo puede desarrollarse de cualquier modo, pues si bien la mejor opción es improbable, la peor tampoco es inevitable. El mensaje pretendido en este capítulo conclusivo puede ser resumido de manera muy sencilla: "Tenemos el destino en nuestras manos. ¡Elijamos!".

Con esto en mente, consideremos cómo se vería nuestro mundo si el miedo llegara a dominarlo, o a la inversa, si fuera la esperanza la que lo gobernara. Los dos escenarios que voy a presentar son, por supuesto, caricaturas. La realidad probablemente se hallará en algún punto en la mitad.

En lo que concierne al escenario negativo: las Casandras son necesarias porque nos obligan a despertarnos. Pero también se pueden volver peligrosas si son invocadas a fin de fomentar una cultura del miedo. Esta no es mi intención. Quisiera que mi pronóstico para un mundo en que el miedo ha ganado la batalla fuera leído como una advertencia; como la ilustración

de lo que nos podría suceder si cometemos el error de permitir que las emociones negativas anulen nuestro juicio.

En lo que se refiere al escenario esperanzador, soy lo suficientemente realista para saber que se trata simplemente de un sueño que no se materializará en la forma exacta en que lo describo. Pero incluso soñar tiene un propósito. Un sueño progresista indica la dirección que el mundo podría tomar bajo la guía de los líderes correctos, armado con los principios adecuados y teniendo a su disposición los mecanismos institucionales convenientes –junto con un poco de suerte–. Tal sueño podría servir como un incentivo a hacer mejor las cosas, trabajar más duro para un mundo mejor.

El reino del miedo

Noviembre del año 2025. En Tel Aviv, Israel conmemora el decimotercer aniversario del asesinato de Isaac Rabin en medio de una atmósfera de pesimismo y aprensión. Desde el inicio de la cuarta Intifada en el año 2018, las condiciones de seguridad han empeorado de nuevo, no solo en Israel y palestina, sino también a lo largo y ancho de Medio Oriente. Un resultado de ello ha sido la gradual disminución de las poblaciones judía y árabe en Israel, ya que todo el que pudiera ha huido, intentando escapar no solo de la atmósfera de violencia, sino también de las condiciones opresivas impuestas por la vida en un estado cercano a la ley marcial.

Por desgracia, Israel no es el único lugar donde la obsesión por la seguridad hace la vida insufrible. De hecho, a lo largo del mundo se ha vuelto realidad una especie de "israelización". La cultura del miedo es hoy en día prácticamente universal, en especial tras el uso exitoso de armas biológicas por parte de grupos terroristas en Londres, París, Praga, Tokio, Bombay y otras

varias ciudades europeas y asiáticas durante los tristemente célebres ataques de la "Muerte blanca" entre el 2019 y el 2020. Tras los ataques, en los que murieron más de treinta mil personas la mayoría de los gobiernos han establecido estrictas medidas de seguridad. Las fronteras han sido clausuradas, las tarjetas de identificación son requeridas para toda actividad económica, los grupos disidentes (incluso los no-violentos) han sido proscritos y sus líderes arrestados, y la vida diaria implica una serie de controles militares, requisas físicas y otros inconvenientes que mantienen a millones de personas en un estado constante de tensión, frustración y ansiedad.

No existe, por supuesto, algún árbitro o pacificador global que pueda canalizar o coordinar la respuesta internacional a la amenaza terrorista: las Naciones Unidas y sus instituciones hermanas han caído en desuso después de múltiples intentos de reformarse a sí mismas. El multilateralismo está muerto y con él la esperanza de un mundo de unidad y estabilidad basadas en el consenso y el principio de legalidad.

Algunos habían confiado en que los Estados Unidos serían capaces de llenar el vacío de liderazgo decesos de las instituciones multilaterales. Por desgracia, los Estados Unidos no tenían ni la capacidad ni el interés de hacerlo. Reducidos financieramente y psicológicamente por las ruinosas guerras del Medio Oriente y la devastadora recesión del 2008-2014, el país se replegó en una cáscara neo-proteccionista, retiró gran parte de sus fuerzas de tierras extranjeras y –lo cual resultó ser aun más perjudicial– redujo su participación en la diplomacia internacional así como en la solución de problemas. El cambio de actitud fue confirmado en el año 2013, cuando el presidente recién elegido un conservador de derecha radical de tendencias políticas patriotas y proteccionistas, anunció una reducción dramática del ejército estadounidense, con los restantes soldados estacionados

casi exclusivamente a lo largo de las fortificadas fronteras con México y Canadá.

En retrospectiva, este retiro estadounidense era, acaso, inevitable. Decepcionados a raíz de sus fracasos en el escenario mundial y las luchas económicas que siguieron el colapso económico del 2008, los estadounidenses empezaron a buscar obsesivamente una explicación para lo que había sucedido, e incluso a cuestionar su propia identidad nacional. La visión de Paul Kennedy del declive del imperio estadounidense fue prematura cuando la publicó en 1988. Sin embargo, en el 2025 se había vuelto realidad. Como resultado, unos Estados Unidos debilitados carecen del poder blando o duro para ser la nación indispensable que venía siendo desde 1941.

Los otros poderes occidentales sufren bajo sus propios descalabros psicológicos y emocionales. En Europa, los miedos de "balcanización" que muchos expresaron en los años noventa durante el desmantelamiento de Yugoslavia se han vuelto realidad. Es difícil decir con exactitud qué provocó la dramática desintegración de la Unión Europea. Quizá fue la nueva detonación de la violencia en los Balcanes en el año 2012 en torno al tema de Kosovo, que demostró una vez más la impotencia de la Unión Europea. Quizá fue la pacífica pero apabullante explosión de Bélgica en el 2010, o las subsecuentes declaraciones de independencia de Escocia, Gales y Cataluña. Sean cuales fueran las causas precisas, el resultado es claro. Habiendo evocado de modo tan descuidado las emociones de nacionalismo y de autodeterminación económica, los líderes de Europa se vieron incapaces de controlar las fuerzas que habían desatado. Lo que al inicio parecía simplemente la victoria de una visión británica de Europa —una flexible y descentralizada federación más que un poder unificado— llevó a la derrota final y la casi total disolución de la Unión Europea.

En el irresistible proceso de divorcio entre la Unión Europea y sus ciudadanos, prefigurado por el triple "no" de los franceses, holandeses e irlandeses al referendo sobre el tratado constitucional, las instituciones europeas, en particular la Comisión Europea, desempeñaron también sus propios papeles. Se convirtieron en prisioneras de sí mismas, fracasando constantemente en referirse a los sentimientos y las demandas de una sociedad en un mundo sacudido por el aumento constante de los precios de energía y alimentos. Como resultado, las sociedades europeas han tendido cada vez más a ver a Europa como parte del problema, más que como parte de la solución.

Hasta ahora, la guerra no ha regresado al corazón de la "Vieja Europa", pero amenaza la periferia del continente, desde los Balcanes y el Cáucaso hasta el estrecho de Gibraltar. Europa ha sido reducida a una especie de *Magna Helvetia*: una Suiza gigantesca, aún pacífica y relativamente próspera, pero desprovista de energías juveniles (por haber sellado sus fronteras a los inmigrantes que de hecho necesita), militarmente impotente, egoísta y en gran parte irrelevante: un museo de su propio pasado, dominado por el miedo y rodeado por un sentido de peligro. Habiendo renunciado a la idea de ser un poder estratégico y diplomático en el escenario global, Europa ha dejado de ser un modelo, o si lo es, es un modelo de impotencia.

Uno de los miedos principales de Europa proviene de su altamente poblado e inestable vecino: Turquía. Después de comprender por fin que Europa no los quería en su "club cristiano", los turcos buscaron alternativas. Fragmentados entre la idea del regreso de algún tipo de gloria neo-otomana y la tentación de una forma radicalizada de islam, Turquía se halla ahora al borde de la implosión, un país de Medio Oriente con todas las de la ley que infesta a Europa con los odios étnicos y religiosos de esta región. Por lo que concierne a Rusia, es percibida ahora justa-

mente como lo era durante la Guerra Fría: como una amenaza. Ucrania y Georgia permanecen formalmente independientes (a diferencia de Bielorrusia, que ha sido reabsorbida en el Imperio Ruso), pero las órdenes dictadas por los gobiernos títeres en Kiev y Tiflis son escritas en Moscú.

Y no obstante, el destino de Europa aún parece envidiable comparado con el de los otros continentes.

Asia fue el continente de la esperanza en los primeros años del siglo *xx*. Ahora ha vuelto a ser lo que era en los cincuenta y los sesenta: el continente de la guerra.

El proceso empezó, claro está, con la costosa e irresponsable guerra iniciada por China contra Taiwán en el 2014, motivada por factores internos. El recalentamiento del crecimiento económico chino resultó en la inflación masiva, problemas ambientales devastadores, una profunda crisis social, y grandes y violentas agitaciones políticas. Desesperados, los líderes comunistas de Pekín jugaron la carta nacionalista, su última arma restante para mantener el poder. El uso descuidado por parte de Taiwán de una retórica de símbolos independentistas dio a Pekín el pretexto ideal para la invasión de la pequeña isla. Los Estados Unidos se negaron a intervenir directamente, pero su ayuda militar a Taiwán prolongó la guerra y la hizo más dificultosa de lo que los chinos habían imaginado.

Ahora, el Imperio del Medio está por fin reunido. ¿Pero a qué precio? El periodo de crecimiento económico chino ha llegado a su fin. Al haber fracasado en su intento de reformarse a sí mismas políticamente, China e India han caído de nuevo en la retórica nacionalista a fin de desviar la atención de sus ciudadanos de los fracasos de sus gobiernos y de los disturbios por comida que han explotado en los dos países, lo que ha convertido la situación alimenticia en una muy similar a la del continente africano. El clima de tensión que existe actualmente en China e

India como resultado de las crecientes tensiones internas podría muy bien convertirse en una guerra abierta entre los dos gigantes nucleares, sin las restricciones técnicas y culturales que la Guerra Fría ejercía sobre los Estados Unidos y la Unión Soviética. La demografía de los dos gigantes asiáticos es tal que ambos le dan vuelta a la idea –para ser justos, más los chinos antidemocráticos que los indios– de arriesgar la vida de “solo” unos cientos de millones de personas por amor a la gloria nacional.

Como reacción, casi toda Asia se levanta en armas, Camboya contra Tailandia, Vietnam contra Camboya... Atrapados entre la existencia de un régimen fundamentalista en Pakistán que evoca al Talibán equipado con armas nucleares, y el comportamiento nacionalista y agresivo de China e India, los japoneses han dejado atrás su aversión histórica del poder militar y se han unido al club de los poderes nucleares asiáticos. El cambiante balance de terror en Asia no es, precisamente, una fuente de estabilidad para la región. De hecho, amenaza su crecimiento económico, lo que hace al continente demasiado riesgoso para el gusto de los inversores internacionales.

La cultura asiática de la esperanza se ha visto corroída aún más por la degradación ambiental (que ni siquiera ha podido ser controlada por el aumento irresistible de los precios energéticos) y por los efectos desestabilizadores de una ideología en extremo religiosa. El desarrollo económico descontrolado y sus consecuencias ecológicas han ayudado a crear una verdadera cultura del miedo en Asia, gracias al agudo aumento de la intensidad y la frecuencia de tsunamis, inundaciones, tifones y derrumbes, junto a los enormes costos en salud provenientes de la contaminación desbocada. Al mismo tiempo, una creciente “arabización” del islam asiático ha llevado a una nueva radicalización por parte de los fundamentalistas hindúes, lo cual ha reforzado la propagación de la intolerancia religiosa a lo largo

y ancho de Asia. Incluso países como Singapur han perdido su toque mágico, a medida que las relaciones entre varias comunidades (como chinos e indios) se convierten en una fuente de tensiones internas.

Junto a un Occidente caído en confusión y un continente asiático que ha reemplazado la esperanza por el miedo, África es presa de la desesperanza, la despoblación y las guerras étnicas. Los chinos, los indios, los americanos y los europeos, preocupados por sus propios problemas, han abandonado a África. Los africanos, así, han regresado a las prácticas y el comportamiento que llevaron a los fracasos tempranos. Las enfermedades infecciosas proliferan, las tasas de pobreza han vuelto a aumentar y la corrupción gubernamental es galopante como nunca antes.

Incluso la experiencia de Sudáfrica tras el apartheid se ha vuelto amarga. A causa de la incontrolable escalada de violencia la mayoría de la comunidad blanca ha abandonado el país, ante todo hacia Australia y Nueva Zelanda. ¿Cuál es el significado de la reconciliación si no viene acompañada por paz y esperanza para el futuro?

América Latina es otra víctima del estado caótico del mundo. Brasil y México, los dos gigantes del continente, han sufrido como resultado de sus respectivas estrategias de desarrollo. Después de haber decidido alinearse con los Estados Unidos a través del TLC (O NAFTA), México ha recibido un duro golpe a raíz de la crisis de confianza estadounidense y sus políticas proteccionistas y neo-aislacionistas. Por su parte, Brasil, que había tendido hacia una estrategia económica globalizada —en parte al menos como un acto de rebeldía frente a los Estados Unidos—, se ha visto debilitado por la retirada parcial de China e India de los mercados mundiales, resultado de sus luchas internas y su preocupación frente a un posible enfrentamiento militar.

El único verdadero ganador en América Latina es el espíritu del populismo en sus formas varias, desde el "post-peronismo" hasta el "poscastrismo". Las instituciones militares desempeñar papeles políticos centrales en varios países latinoamericanos algunas veces compartiendo el control con los carteles de la droga, más poderosos que nunca.

Cada una de estas desalentadoras tendencias regionales tiene sus propias causas. ¿Pero existe alguna fuerza general que podamos reconocer como el motor del colapso global ocurrido en los últimos veinte años?

Si la hay, quizá la podamos resumir de este modo: *El choque de civilizaciones ha dejado de ser un provocador constructo intelectual y se ha convertido en una profecía que ha acarreado su propio cumplimiento.*

Quando Samuel Huntington articuló por primera vez en 1993 su trágica noción de un choque inevitable entre el islam y Occidente, para muchos parecía ser exagerada, e incluso un poco histórica. Pero en los años siguientes, una serie de procesos casi inevitables la convirtieron en realidad. Los ataques terroristas del 11 de septiembre no fueron la causa, pero sin duda contribuyeron a la aceleración de un torrente de eventos, incluyendo malentendidos, errores de cálculo y juicios errados que nos llevaron al triste estado actual de cosas. Y en medio de todo, el temor de que la visión de Huntington era correcta ha sido también una de las fuerzas que fomentaron el aumento del caos, si bien aquellos que toman las decisiones no hayan sido conscientes de ello. El hombre crea la historia, pero no sabe qué tipo de historia crea, habría escrito el filósofo alemán Hegel.

Quizá el punto crítico fueron los ataques aéreos estadounidenses e israelíes contra Irán, que llevaron al derrocamiento de Ahmadinejad. En términos técnicos, los ataques fueron todo un éxito, pero, como en la guerra en Irak, fueron una catástrofe

política, que produjo una explosión de odio contra Occidente en todo el mundo musulmán.

La primera víctima de esta escalada emocional fue la democracia en Pakistán. El proceso democrático que Pervez Musharraf hubiera suspendido tantas veces era demasiado débil para evitar la llegada al poder de un régimen yihadista que heredó e arsenal nuclear paquistaní. La consecuencia inevitable fue una carrera nuclear en Medio Oriente. Enfrentados a la amenaza de fundamentalismo nuclear, Arabia Saudita, Egipto y Turquía se volvieron nucleares.

Como respuesta, el Occidente se convirtió en un fortín, rechazando a personas e ideas provenientes de Medio Oriente así como a la mercancía producida en Asia. Las comunidades de inmigrantes en Europa se vieron bajo ataque, objeto de la violencia armada por parte de los nativos locales y de la persecución de las autoridades del gobierno. Aproximadamente en el año 2018 se iniciaron las redadas y deportaciones de decenas de miles de extranjeros en toda Europa, paralelas a las redadas de latinoamericanos ocurridas en los Estados Unidos cinco años antes. Parece que en todas partes el Otro se ha convertido en fuente de sospecha y miedo en esta nueva atmósfera antiglobalizada que prevalece en el planeta.

En términos culturales, hemos dejado de vivir en el mundo esperanzado de Beethoven; nos hemos dirigido a la belleza trágica y bárbara de las últimas obras de Wagner. Pero si el mundo del 2025 suena a Wagner, su apariencia física es la de una caricatura del artista serbio-francés Enki Bilal (creador de fantasías violentas y apocalípticas), una película como *Blade Runner* o una escena de alguna de las obras más violentas de Shakespeare (por ejemplo *Tito Andrónico*), que representan un mundo de furia y lúgubre caos.

La situación global hoy en día recuerda el final de la temprana Edad Media en Europa tras el colapso del Imperio Romano cuando los bárbaros se tomaron el escenario central, marcando el inicio de un periodo de violencia, caos y confusión. Aquella "Edad Oscura" duró casi quinientos años. ¿Cuánto durará esta nueva Edad Oscura? Nadie lo sabe.

La esperanza impera

Noviembre del año 2023. Aquí en Tel Aviv, en la plaza que ahora lleva su nombre, fue asesinado Isaac Rabin hace exactamente treinta años. Hoy esta ciudad es la sede de una inmensa celebración internacional, en la que se conmemora el quinto aniversario del tratado de paz de Medio Oriente que por fin llevó a término más de setenta años de violencia, inseguridad e injusticia. Están presentes representantes de todos los países miembros del ampliado Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, incluyendo a los Estados Unidos, China, India, Brasil y Sudáfrica. La Unión Europea, desde hace poco miembro del Consejo, está por supuesto representada por un solo enviado.

Al examinar en retrospectiva la exitosa conclusión de las charlas del Medio Oriente hace cinco años, estas aún aparecen como un logro sorprendente. La verdad es que después de tantas décadas de conflicto, nadie confiaba en realidad en un avance hacia la paz. Acaso la resolución, cuando por fin llegó, haya sido el resultado tanto de la fatiga como del deseo de paz. Los israelitas y los palestinos han llegado a la conclusión de que cada uno de ellos necesitaba que el otro sobreviviera (en el caso de Israel) o simplemente existiera (en el caso de los palestinos).

Uno a uno, los bloques emocionales necesarios para la construcción de la paz fueron encontrando su lugar. Las naciones

musulmanas entendieron que el destino de los palestinos –a sus ojos, un oscuro grupo local frente al cual jamás habían sentido alguna lealtad profunda– se había convertido en una fijación peligrosa que impedía cualquier progreso. Los israelíes aceptaron la realidad de que los palestinos eran una parte esencial de horizonte de su patria. “París bien vale una misa”, fue la célebre afirmación de Enrique iv; en la misma tónica, Israel declaraba ahora: “La paz bien vale ceder parte de Jerusalén y otros territorios”. Y cuando los palestinos abandonaron su exigencia de que los refugiados deberían tener el derecho a regresar –pasando de ser una cultura absolutista a una cultura del compromiso–, las bases de un acuerdo práctico se habían sentado de repente, y la paz, asombrosamente, se hallaba a la vuelta de la esquina.

Igual de importante, quizá, fue la transformación del ambiente internacional en uno en el que las fuerzas contrarias a la paz se evidenciaron de repente como más débiles que aquellas a su favor, un ambiente en el cual la ausencia de paz entre los israelíes y los palestinos parecía sencillamente anacrónica. El poder más responsable de esta transformación del ambiente internacional fueron los Estados Unidos.

En verdad, una cultura de la esperanza corresponde de modo más natural con los estadounidenses que una cultura del miedo. Quizá por este motivo no haya sido sorprendente que tras las decisivas elecciones del 2008, los Estados Unidos empezaran a recuperar la confianza en sí mismos después del trauma moral que significó la guerra en Irak. Al cabo de pocos años, los Estados Unidos habían recuperado en gran parte su poder blando como el más respetado país del mundo.

En gran medida, este giro ocurrió gracias a que los líderes de los Estados Unidos decidieron aceptar el relativo declive de la nación en términos de poder clásicos. (Por supuesto, solo “relativo”; los Estados Unidos siguen siendo el país más poderoso de

planeta.) El superpoder de la Guerra Fría y el hiperpoder de los años post-Guerra Fría se resignó a ser simplemente una nación entre el resto, si bien una un poco más poderosa que el resto. Dado el doloroso impacto de su última aventura imperialista sobre la sociedad y la economía estadounidenses, sin mencionar la imagen de los Estados Unidos en el mundo, este "sacrificio" fue mucho menos traumático para los estadounidenses mismos que lo que muchos analistas habían esperado. Y tras el trauma financiero del 2008, muchos estadounidenses estaban dispuestos a aceptar el llamado a reconstruir la economía y la infraestructura de su país, en vez de derrochar los escasos recursos en nuevas aventuras en el extranjero.

Liberados de la autoimpuesta misión de transformar el mundo a través de la exportación de la democracia, los estadounidenses se dedicaron a la causa de proteger el medio ambiente con una pasión solo explicable a través de la veta puritana en su cultura. Después de ratificar una versión corregida del Protocolo de Kyoto, los Estados Unidos se convirtieron en el primer defensor de políticas ecologistas. Para el año 2015, estándares mejorados de emisiones de gases de automotores, un sistema de fijación de límites máximos e intercambio de los derechos de emisión, nuevos coches híbridos y eléctricos, y novedosas y estrictas políticas contra la contaminación del aire causaron un declive absoluto en la producción de gases invernadero por parte de los Estados Unidos. Las nuevas industrias alentadas por estas innovaciones tecnológicas crearon millones de puestos de trabajo para los estadounidenses y contribuyeron a que la recesión de 2008-2010 fuera menos severa y prolongada de lo que muchos economistas habían predicho.

En un sentido más amplio, la actitud de los Estados Unidos frente al mundo ha cambiado. Hubo una inundación de las oficinas de pasaportes cuando los estadounidenses empezaron

a percibir los viajes internacionales con más entusiasmo que nunca. Animados por un presidente de raíces e intereses multiculturales, los estadounidenses empezaron a estudiar las culturas y las lenguas de otros países. La curiosidad e incluso la empatía reemplazaron gradualmente la mezcla de ignorancia y desdén que alguna vez había caracterizado a los estadounidenses en el extranjero. En respuesta, el mundo empezó una vez más a apreciar y valorar las cualidades que siempre habían hecho de los Estados Unidos un país único: su compromiso con la democracia, su espíritu abierto, su tolerancia, innovación y libertad. En suma, un universalismo verdadero y positivo.

Al haber sobrevivido al doble peligro del desmedido orgullo imperial y neo-aislacionismo, los Estados Unidos permanecieron comprometidos con los problemas del mundo. Como resultado su imagen internacional mejoró considerablemente. La cultura antiestadounidense, que se había convertido en un punto de encuentro para una Europa en búsqueda de su identidad, se desvaneció.

Durante la década del 2010, una serie de líderes estadounidenses dirigieron la "reconciliación" entre los Estados Unidos y las Naciones Unidas. Los estadounidenses comprendieron por fin la necesidad de un vigoroso y legítimo árbitro internacional en una era de complejidad e interdependencia. Solo la *onu* podía desempeñar ese papel, fortalecida por su nuevo y más amplio Consejo de Seguridad y una nueva, dinámica y carismática secretaria general. Apoyada por los Estados Unidos, la nueva secretaria general tuvo a su disposición tanto una burocracia racionalizada como una enérgica fuerza militar. Estos "mercenarios de la paz", conformados en su mayoría por regimientos de gurkhas del Nepal (reconocidos por su resistencia y disciplina) pudieron ejercer un poderoso efecto disuasorio sobre los posibles agresores así como sobre líderes tentados a usar la fuerza

contra sus propios pueblos. Aplicada sabiamente, la doctrina de "deber de interferir" sobrevivió su desafortunado empleo durante la guerra en Irak, y se convirtió en una base fundamental de nuevo sistema legal internacional.

Tan importante como el renacimiento de la *omv* fue el surgimiento y la aceptación gradual de un nuevo orden multipolar que trajo relativa estabilidad al escenario mundial. Para un europeo, esto simplemente se trataba del regreso a la normalidad pues tal equilibrio de poder había estado presente en Europa desde mediados del siglo *xvii* hasta la primera mitad del siglo *xx*. A diferencia del antiguo caso europeo, el nuevo e informal "consejo de grandes poderes" no estaba hermanado a través principios monárquicos, así como tampoco lo habría estado la gran alianza de democracias propuesta por algunos estadounidenses en los primeros años del siglo *xxi*. Sin embargo, se trataba de un orden razonablemente coherente y homogéneo, pues todos los participantes clave estaban unidos por un único principio que todos respetaban: el principio de legalidad, administrado principalmente por el arbitrio compartido de las Naciones Unidas, así como el interés común por el bienestar ecológico del planeta y la necesidad absoluta de enfrentarse exitosamente al reto del calentamiento global. El Tribunal Internacional de la Haya desempeña ahora un papel vital y reconocido como garante de los derechos universales y los principios legales.

Por supuesto, al interior del nuevo consejo existen diferencias genuinas de ideología e intereses. Europa y los Estados Unidos comparten una cultura común basada en los principios democráticos. India, como la principal democracia asiática, constituye un puente entre Occidente y los otros poderes, China y Rusia, que, si bien no se hallan en el camino de la democracia, han llegado a ver el valor nacional e internacional de apoyar un sistema basado en el principio de legalidad. La lenta apertura

del régimen chino a una nueva generación de líderes libres de vínculos personales con el pasado comunista ha preparado el camino hacia la creciente imposición de la legalidad en China a partir del modelo de Singapur. Tras casi veinte años bajo el poder de Putin —directa o indirectamente—, también Rusia tiende a aceptar el valor del principio de legalidad a fin de mantener su credibilidad y su competitividad comercial.

Ansioso por equilibrarse con su gigantesco vecino, China Rusia ha llegado a la conclusión de que su futuro se encuentra en Occidente. Así, formó con la Unión Europea un "club" informal dedicado a discutir conjuntamente la mayoría de asuntos centrales y solucionar problemas económicos en un espíritu básicamente cooperativo. Esta unión hacia una Europa más amplia ha logrado crear un nuevo clima de confianza entre Rusia y sus vecinos europeos, incluyendo a aquellos que alguna vez fueron controlados por ella, como Polonia. Y Ucrania, ahora miembro de la Unión, actúa como un perfecto puente entre Rusia y el resto de Europa, así como Polonia lo hiciera quince años atrás.

Y por lo que concierne a la Unión Europea, este evolucionó de modo un tanto distinto a como lo hubieran pensado sus padres fundadores. Para el año 2020, Europa se había convertido no solo en un poder civil o una fuerza económica, sino también en una fuerza militar limitada que había que tener en cuenta en el marco de una Alianza Atlántica revitalizada y reestructurada. Esta evolución hizo posible el regreso de Francia a la OTAN en el 2009. Fue precisamente la fuerza europea al interior de la estructura de la OTAN la que garantizó la implementación del tratado de paz entre Israel y Palestina —un desarrollo natural por lo demás, pues era obvio que Europa, que había tomado parte en el surgimiento del conflicto en Medio Oriente (a través del colonialismo y el Holocausto), debía también ser parte de su solución—.

Tres factores fueron decisivos para el nuevo despertar de la Unión Europea. En primer lugar, el atractivo de la Unión como modelo siguió siendo fuerte, como lo evidenció el permanente interés de países de la periferia de formar parte de la Unión. Para 2016, la antigua Yugoslavia formaba ya parte de la Unión y sus múltiples soberanías e identidades se vieron de hecho reunidas bajo su techo común. Después del ingreso de Croacia en el 2010, Serbia, Kosovo y Montenegro ingresaron al mismo tiempo a la Unión, seguidas poco tiempo después por Macedonia, Bosnia e incluso Albania. Así, la paz y la prosperidad europeas pudieron prevalecer sobre el fantasma del regreso de la guerra a los Balcanes. La justicia se mostró decisiva en este proceso de ampliación de la Unión: el arresto de criminales de guerra y los juicios bien razonados pronunciados por La Haya allanaron el terreno para la reconciliación de todo el continente europeo consigo mismo.

Y para demostrar aun mejor el durable atractivo de Europa Turquía ingresará en la Unión a finales del 2025. El progreso de la economía turca y la estabilidad de sus instituciones democráticas han impresionado a los renuentes europeos, animados por el nuevo clima de distensión entre el islam y Occidente a creer que el tiempo ha llegado para trascender los prejuicios del pasado y los dictados de la geografía.

El segundo factor crucial del despertar de Europa fue el relanzamiento del proceso institucional europeo, que siguió a la firma del nuevo tratado europeo del 2010. Los europeos tienen un nuevo presidente, un ministro de Defensa, un ministro de Relaciones Exteriores y un servicio diplomático. Solo era cuestión de tiempo para que estos desarrollos llevaran a un –si bien poco entusiasta, sí bastante sabio– acuerdo entre Francia y el Reino Unido para ceder sus puestos individuales en el Consejo de Seguridad de la ONU y favorecer un único representante europeo.

El tercer factor tuvo una naturaleza más moral y psicológica. Mientras los estadounidenses aprendían a ser más modestos a aceptar el nuevo orden mundial multipolar, los europeos recuperaban la sensación de energía y ambición que habían perdido tras los años de la Guerra Fría. El tiempo de la supremacía europea (incluso occidental) había pasado, pero Europa aún podía desempeñar un papel relevante en el escenario mundial. Los europeos intuyeron que era hora de dejar atrás la fatiga histórica de la que habían sufrido tras las grandes guerras del siglo xx. Ahora, con sociedades renovadas a través del arribo de nuevos inmigrantes, la integración de las influencias de los nuevos miembros y la creciente participación de las mujeres, los europeos estaban listos para abandonar su fascinación con el declinamiento, su creciente cinismo acerca de sí mismos y del mundo, y su escapismo colectivo. Hoy, por fin, Europa ha regresado.

Sin duda, la actual lista de los cinco poderes mundiales –Estados Unidos, China, India, Rusia y la Unión Europea– no es permanente. En un futuro cercano se tendrán que reconocer otras fuerzas, incluyendo Brasil, Sudáfrica y la recién reunida República de Corea. Japón, también sigue siendo una fuerza económica, política y diplomática potente.

Y claro, también está África. El punto de giro de la transición africana de la desesperación a la esperanza fue el éxito del mundial de fútbol en Sudáfrica en el año 2010, equivalente psicológico para todo el continente africano de los Juegos Olímpicos del 2008 en China: la confirmación internacional de su nuevo estatus como un lugar y un pueblo que importan. Tras abandonar su fascinación por los modelos extranjeros, su sueño de encontrar una nueva vida en Europa y su antigua tendencia a culpar y depender de otros, una nueva generación de líderes africanos decidió tomar su destino en sus propias manos.

En este cambio radical de actitud, los inversores chinos desempeñaron un papel central. Su combinación de interés y ambición convenció a los africanos de que, si no querían que su futuro fuera decidido una vez más por otros, tenían que planearlo ellos mismos. Con la ayuda de tecnología china, india y japonesa pero bajo la guía de líderes africanos, el continente se convirtió gradualmente en el principal foco de crecimiento económico y oportunidades. Cuando los científicos consiguieron una serie de avances en el tratamiento del sida, incluyendo la tan deseada vacuna anunciada en el 2011, la salud y las expectativas de vida del África empezaron a aumentar vertiginosamente. Para el 2018, la malaria se había unido a la viruela en la lista de enfermedades infecciosas que solo se podían encontrar en laboratorios científicos.

Y por lo que respecta a América Latina, sigue el liderazgo de Brasil y Argentina en crear el equivalente de la Unión Europea en el hemisferio sur. El Mercosur, creado en 1991 como una asociación de comercio regional, se ha convertido en una entidad política con todas las de la ley. Ahora se llama Unión Latinoamericana, y sus políticas y sistema de justicia comunes están haciendo verdaderos avances en la lucha contra los carteles de droga e izquierdistas, que habían impuesto durante tanto tiempo su propia voluntad en muchos países del continente.

Todos estos cambios positivos en el clima internacional contribuyeron sin duda a la preparación del camino hacia el tratado de paz palestino-israelí. Sin embargo, también hubo desarrollos regionales específicos que desempeñaron un papel relevante en este contexto.

Uno de los cambios más simbólicos tuvo lugar en el Líbano, donde la lógica de la prosperidad colectiva reemplazó por fin la de la violencia y la división. La reintegración de Siria en la comunidad de naciones, después de que Damasco, animado

por los Estados Unidos y la Unión Europea, decidiera seguir e ejemplo de Trípoli, desempeñó un papel clave en el surgimiento de una nueva fórmula política para un Líbano reinventado. En menos de doce meses, el Líbano, Israel, Palestina, Siria y Jordania firmaron un acuerdo de unión de aduanas que muchos observadores consideran el embrión de un Mercado Común de Medio Oriente y que recordaba la fase temprana de la Unión Europea. Aquel Mercado Común es también un importante subcomponente de la Unión Mediterránea creada por el presidente francés Nicolás Sarkozy en el 2008.

Hubo algunos otros desarrollos esperanzadores en la región. Tras la salida de los Estados Unidos y sus aliados de Irak, y el refuerzo de las tropas en Afganistán durante los años 2009-2010, la estabilidad de los dos países creció sustancialmente. La nueva y responsable diplomacia de Teherán, impuesta tras la humillación electoral de Ahmadinejad, claramente jugó un papel decisivo en estos desarrollos positivos, pues el aislamiento al cual Ahmadinejad había condenado a su propio país fue sabiamente rechazado por la mayoría de la población iraní. El sorprendente éxito económico de los Emiratos Árabes –que casi podría recordar el milagro económico asiático– resultó beneficioso para toda la región. Las sabias inversiones hechas por aquellos Estados en los campos de educación, banca y energías renovables, por no mencionar la cultura, permitieron transformar el ambiente regional. Al consolidar el equilibrio social de gigantes como Egipto, habían contribuido de hecho, más que cualquier otra fuerza externa, al desarrollo de una lógica de paz en el Medio Oriente, con lo cual quedó demostrado que islam y modernidad son términos compatibles. Fueron también la mejor respuesta a Al-Qaeda, pues contribuyeron a organizar y financiar la resistencia del islam moderado contra el fundamentalismo.

En menos de una década, los fundamentalistas empezaron a retirarse: su tiempo había pasado. Para la vasta mayoría de musulmanes, el atractivo del martirio había desaparecido, como se había esfumado a finales del siglo XIX e inicios del XX para los europeos el atractivo del anarquismo y el nihilismo.

En resumen, podemos ver ahora que el periodo que se inició más o menos en el año 2009 fue el comienzo de tiempos esperanzadores para la humanidad. Ciertamente no el "final de la historia" anunciado con exagerado optimismo por Francis Fukuyama en 1991, pero sí al menos el regreso de un ciclo de Ilustración. ¿Cuánto podrá durar? ¿Surgirán nuevas causas de odio y violencia para la sociedad humana? Si esto sucede, ¿cómo responderán los líderes del mundo? Siempre habrá preguntas de este tipo. Pero por ahora, podemos alegrarnos del hecho de que las circunstancias históricas han conspirado para marcar el comienzo de una época de esperanza. Hagamos, mientras podamos, lo mejor posible con ello.

¿Qué hacer?

Es probable que algunos de los desarrollos que imaginé en los dos escenarios esbozados anteriormente ocurran de hecho. La mayoría de ellos no lo hará –por fortuna para el caso del primer escenario, por desgracia para el segundo–. Estas dos narraciones, en gran medida artificiales, fueron escritas con una pregunta clave en mente. Si las entidades colectivas como las culturas y las naciones pueden ser analizadas a través de los prismas de la psicología y las emociones, ¿es posible concebir una "prescripción para el mundo" análoga a los tratamientos médicos que podrían ser prescritos a un individuo? ¿Es posible aliviar un estado colectivo de melancolía, depresión, histeria c

paranoia de la misma forma que se tratan condiciones similares en un paciente?

En el año 1800, el médico Marie-Francois-Xavier Bichat, llamado algunas veces el fundador de la anatomía descriptiva, definió la vida como el "conjunto de funciones que se resisten a la muerte". De modo semejante, quizá, podamos definir la paz como el conjunto de funciones, incluyendo las emociones, que se resisten a la guerra y la violencia. Existen conceptos, formas de pensar y sentir, que pueden hacer mucho por evitar los conflictos internacionales. Ideas como "responsabilidad de intervenir", la idea de un tribunal internacional para crímenes contra la humanidad, el énfasis en "seguridad humana" más allá de la "seguridad nacional": todos estos desarrollos son parte de lo que podría ser descrito como disuasión humanitaria, una forma de medicina preventiva para el sistema internacional. El mensaje a los potenciales transgresores es bastante claro: "La soberanía nacional no los puede proteger más. Tendrán que rendir cuenta de sus crímenes frente a la comunidad mundial".

Por supuesto, se trata de una lógica generosa y algo peligrosa. Hacerla funcionar requiere condiciones que se hallan lejos de poder ser cumplidas hoy en día. ¿Qué falta para poder crear estas condiciones? En otras palabras, ¿cuáles son las estrategias políticas y los mecanismos institucionales necesarios para reforzar la esperanza y contener o reducir el miedo y la humillación?

El instinto de conservación significa cambio

A fin de permanecer fieles a sí mismas y al cumplimiento de sus ambiciones, las naciones y los pueblos que desean jugar un papel significativo en el escenario internacional deben aceptar el cambio y reconocer que el statu quo es insostenible.

En la famosa novela *El gatopardo*, de Giuseppe di Lampedusa, el príncipe Salinas observa el arribo de nuevas élites a baile con que concluye el libro (una escena inmortalizada por su versión cinematográfica), y anota con una mezcla de cinismo y nostalgia: "Si queremos que todo siga como es, es necesario que todo cambie".⁵⁶ La advertencia que ofrezco es justo la contraria. Si no queremos ver cómo el orden internacional colapsa hacia un profundo y peligroso trastorno, las cosas deben cambiar radicalmente. Y los líderes nacionales mismos deben ser convencidos de que el statu quo es la receta del desastre.

Este diagnóstico es en algunos casos una simple cuestión de supervivencia colectiva. Como sostuve anteriormente, esto fue el mismo instinto que llevó al presidente de Klerk a dar por terminado al apartheid en Sudáfrica.

En un modo menos dramático pero igualmente imperioso la mayoría de naciones y culturas deben cambiar a fin de mantener la esperanza y trascender el miedo y la humillación. En Asia, por ejemplo, el cambio significa un renovado sentido de respecto por el principio de legalidad y la integración de los más pobres a la sociedad dominante. Si quieren seguir encamando la cultura de la esperanza, China y la India no pueden ver su crecimiento económico sacudido por la inevitable inestabilidad social y política que derivará de mantenerse desesperadamente atados al statu quo. Incluso Singapur debe cambiar y aceptar e aire puro y un espíritu abierto si desea seguir atrayendo a las élites regionales e internacionales que tanto necesita.

Y por lo que concierne a Rusia, el país no puede aceptar pasivamente la fatalidad del "despotismo oriental" en ninguna de sus formas. Los rusos merecen algo mejor, y en algún punto

56 Tomasi di Lampedusa, Giuseppe. *El Gatopardo*, 1958. [Trad. castellana: *El gatopardo*. Madrid: Alianza, 2007.]

tendrán que establecer como su objetivo principal la reducción de la distancia entre la calidad de su cultura artística y literaria y la pobreza de su cultura política. También para Rusia, la preservación del statu quo será una garantía de declive.

La supervivencia en el caso de Occidente significa recuperar el sentido de valores universales. Nos fascina proclamar la superioridad de nuestro modelo democrático y la naturaleza única de nuestro sistema de protección social respecto al de China e India. ¿Pero realmente practicamos estos valores en casa? Por más incómodo que resulte, debemos plantearnos la pregunta y tomar la respuesta muy seriamente.

Más allá de esto, la supervivencia significa dos cosas distintas para Europa y los Estados Unidos. Para estos, significa recuperar la modestia en el escenario mundial sin caer en el aislacionismo. Significa aceptar que es posible convertirse en simplemente una "nación indispensable" entre otras. Significa comprender que en términos de poder duro y poder blando, los Estados Unidos jamás volverán a estar solos.

Este mensaje tiene consecuencias claras y directas. Los Estados Unidos deben aprender a tratar de forma equilibrada con otros que son, o se están convirtiendo, en sus iguales, del mismo modo que lo hizo Europa durante la mayor parte de su historia moderna en el marco de su sistema de "balance de poder". A su vez, esto implica comprender y aceptar las diferencias culturales entre las naciones. Durante mucho tiempo por venir, nada en el mundo será posible sin los Estados Unidos, pero mucho más que en el pasado, ya nada será posible para los Estados Unidos sin el mundo.

A fin de seguir siendo fiel a su esencia democrática, la república estadounidense debe aceptar este cambio y la disminución de su estatus internacional. El orgullo desmedido imperial por poco destruye la república. Unos Estados Unidos más modestos

y honestos en el extranjero, y más ambiciosos en casa en términos sociales y ambientales, pueden reconquistar su imager internacional si reconocen que menos es más, y que influencia y poder no son lo mismo. En otras palabras, menos poder acaso signifique más influencia.

Para Europa, supervivencia y cambio significan recuperar la ambición de ser un protagonista global, sin descuidar la preocupación principal por establecer normas y modelos. ¿Puede la Unión Europea convertirse en una realidad atractiva para sus ciudadanos, y dejar de ser una entidad meramente racional y er gran medida deshumanizada? Creo que es posible. El propósito del proyecto europeo debería ser reinventar el concepto de soberanía en términos del siglo xxi.

Europa ya no es el centro de la historia mundial. Aceptar e cambio implica reconocer esta realidad, no como una trágica fatalidad, sino simplemente como un hecho de la historia. La energía y la esperanza llegarán en Europa primero a quienes tengan mayor apetito: los nuevos países, nuevos inmigrantes y ante todo, las nuevas mujeres en el poder. ¿Es posible que el siglo xxi no solo sea el "siglo de Asia" y el "siglo de la identidad" sino también el "siglo de las mujeres"?

Para los Estados Unidos y Europa, la "audacia de la esperanza" (para usar las palabras de Barack Obama) debe reemplazar progresivamente a la "facilidad del miedo". Para lograrlo, es necesaria una renovada confianza en los valores y la misión de Occidente.

El surgimiento de la primavera para Asia no implica necesariamente la caída de Occidente en un oscuro invierno. Hay un rico y maduro otoño posible para nosotros, si cumplimos tres condiciones. La primera es reconocer que la era de nuestra supremacía ha pasado. La segunda es aceptar y aprender del éxito de otros. La tercera, y quizá la más importante, es permanecer

fieles a nuestros valores. Nuestra diferencia subyace en nuestro tipo único de universalismo, nuestro profundamente arraigado respeto por el principio de legalidad y nuestro interés en el balance social y económico. Si combinamos esta nueva modestia y la renovada confianza en nuestros valores, todo sigue siendo posible, y el Otoño de Occidente no será un sinónimo de la Decadencia de Occidente.

Y confianza es justamente lo que el mundo árabe-islámico más necesita a fin de trascender su cultura de la humillación. Para países como Egipto o Arabia Saudita, cualquier intento de preservar el statu quo será una condena al fracaso. El sorprendente éxito de los pequeños emiratos del Golfo como Dubai y Abu Dhabi está basado, sin duda, en condiciones únicas —una enorme riqueza energética y pequeñas poblaciones—, pero es también prueba de que la modernidad y el islam no son incompatibles, y que los árabes pueden triunfar en esta era de feroz competencia global si están dispuestos a aceptar el cambio y proyectarse a sí mismos positivamente hacia el futuro, en vez de seguir estando obsesionados con el pasado.

El peso de la memoria y el resentimiento es el más severo obstáculo hacia el cambio. Al invertir masivamente en educación, los emiratos del Golfo están preparando el camino hacia el cambio, aún cuando su pasión mercantilista y consumista restrinja el significado de "esperanza".

Para América Latina, el cambio significa ante todo superar la tentación populista e intensificar la unificación del continente. Significa dejar atrás la definición negativa de su identidad. América Latina posee los recursos humanos y físicos necesarios para convertirse en un continente de la esperanza y la oportunidad. Y esta misma lógica vale también para África.

El conocimiento es la respuesta a la intolerancia

La ignorancia y la intolerancia van de la mano. La paz y la reconciliación son solo posibles entre pueblos que se reconocen y se aceptan mutuamente. A pesar de que vivimos en una era de la información, no comprendemos al Otro mejor de lo que lo hacíamos en el pasado. De hecho, sucede todo lo contrario: estamos inundados de datos e imágenes que oscurecen más de lo que aclaran nuestra visión del mundo. Dado que el mundo en que vivimos solo puede volverse más complejo, las culturas y naciones, tanto como los individuos, se obsesionan cada vez más con sus propias identidades. Esta obsesión solo puede afianzar el peso de las emociones en la política internacional.

Pero es simplemente difícil percibir y comprender el mundo interdependiente e integrado en que vivimos. Es una cuestión de cantidad y calidad: los humanos jamás hemos sido antes tan numerosos, diversos, variados en nuestros estilos de vida, valores y circunstancias, todo esto simultáneamente. Es tentador intentar escapar de esta complejidad ignorándola. De ahí el atractivo de las religiones fundamentalistas y las ideologías extremas, las cuales reducen la complejidad del mundo a la sencillez de las consignas, los eslóganes y las órdenes inflexibles.

En un mundo así, las emociones resultan tranquilizadoras. "No puedo ya captar o comprender, y definitivamente tampoco controlar, el mundo en que vivo. Por ello debo enfatizar mis diferencias con los otros y dar prioridad a mis emociones".

Por esta misma razón, aprender acerca de las emociones de otras culturas se convertirá en un asunto crucial. El Otro será cada vez más importante como parte de nuestras sociedades multiculturales. Las fronteras emocionales del mundo se han vuelto tan relevantes como las fronteras geográficas. Y las dos no pueden ser equiparadas de forma mecánica. Con el paso del

tiempo, el mapeo de las emociones será un ejercicio tan legítimo y obligatorio como el mapeo de las realidades geográficas.

La comprensión cultural e histórica de las diferencias y semejanzas del Otro es la base esencial de un mundo más tolerante. Por este motivo, la enseñanza de la historia y la cultura debe ser obligatoria en todos los programas de Relaciones Internacionales. En su acercamiento al continente africano, ¿cuántos líderes occidentales son conscientes de su compleja historia y rica historia precolonial? ¿Cuántos son capaces de despojarse de una injustificada sensación de superioridad cultural basada en la ignorancia real y total? África ha sido durante mucho tiempo el continente más olvidado porque fue, y sigue siendo, el más ignorado y menos comprendido. Lo mismo vale, si bien a menor escala, para nuestras relaciones con Asia, América Latina e incluso sociedades "conocidas" pero complejas como Rusia.

Si el conocimiento y la comprensión mínima del Otro son vitales, también lo es el conocimiento de sí mismo. De hecho, son factores profundamente entrelazados, pues solo las sociedades que confían en sí mismas pueden ponerse de acuerdo con otras. El autoconocimiento es particularmente importante en el caos del islam, donde la ignorancia de la propia religión y cultura constituye un suelo fértil para las interpretaciones más extremistas, las perversiones más radicales y la enseñanza del odio. En este sentido, el problema del islam es también nuestro problema, y la cultura de la humillación, si bien real, es explotada y exacerbada precisamente por Estados y movimientos que usan entusiasmados la ignorancia del islam como peligrosa arma de odio. Este proceso de elección cuidadosa de las fórmulas más intolerantes del Corán es posible solo porque nuestro propio conocimiento de los textos sagrados de las religiones mundiales es demasiado superficial.

Necesitamos optimismo y también un sentido de lo trágico

Mi aproximación a la historia está basada en una combinación de profundo optimismo y la convicción de que el mundo debe y puede ser mejorado, si bien solo en sus márgenes, con una intensa conciencia de la naturaleza trágica de los procesos históricos. Soy un realista en el mundo de idealistas, pero también puedo ser visto como un idealista en un mundo de realistas. Cómo reconciliar la ética y la geopolítica ha sido la mayor pre-ocupación de mi vida profesional.

El impulso que me condujo a hablar sobre la geopolítica de las emociones está basado al menos en parte en mi historia personal. Como hijo de un superviviente de Auschwitz, nací con un profundo sentido de la tragedia. Pero la experiencia de mi padre, quien sobrevivió los campos a través de una combinación de suerte, energía, esperanza y la voluntad de ser testigo de lo que había experimentado, me dio algo como el sentido de una misión. La pregunta central que la vida de mi padre me planteó y con la cual he estado luchando durante décadas, es: ¿Es posible que el mundo en que vivimos logre al menos en parte lo que mi padre logró en su vida: la superación del miedo y la humillación y el renacer de la esperanza, incluso de cara a la tragedia?

Se trata sin duda de una tarea ambiciosa, pero la esperanza y la confianza son ante todo un estado mental. Cuando Tristar Bernard, el dramaturgo judeo-francés, estaba a punto de ser arrestado en la París ocupada, dijo a su esposa: "Hemos estado viviendo en medio del miedo. Ahora viviremos en la esperanza".

El mundo necesita esperanza para responder los retos a los que estamos enfrentados. Esta es, en el fondo, la convicción y el mensaje de este libro.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no ha sido un ejercicio solitario, sino una verdadera aventura familiar. Mi hijo mayor, Luca, no solo ha sido mi asistente de investigación, sino además una verdadera compañía intelectual y espiritual. Me he beneficiado enormemente de su cultura filosófica y ha sabido "llevarme de la mano" siempre que me vi atacado por dudas. Mi esposa, Diana Pinto, ha leído y releído las múltiples versiones de mi manuscrito. Este libro le debe mucho a la profundidad de sus comentarios y la fuerza de su mente crítica y analítica. Ya que mi hijo menor, Laurent, se hallaba establecido en Singapur durante el tiempo de escritura él ha podido darle un "toque asiático" al manuscrito.

Mis editores estadounidenses, Charlie Conrad y Karl Weber han desempeñado un papel central en la edición y adaptación de mi modo francés de pensar para la audiencia internacional. Sin ellos, este libro simplemente no existiría.

Durante la preparación del libro me he beneficiado ampliamente del intercambio amistoso con muchos amigos, colegas y estudiantes, en particular Sergio Amaral, Jean-Claude Cousserand, Stanley Hoffmann, Roula Khalaf, Minxin Pei, Mahieddine Raoui, Olivier Roy, Shashi Taroor y Martin Wolf.

Este libro, dedicado a las emociones, le debe mucho al sereno, verde y ahora pacífico ambiente en que fue escrito en gran parte: la región Manche de Normandía, patria de Alexis de Tocqueville, así como escenario de algunas de las peores batallas del Día-D, durante la Segunda Guerra Mundial, hace más de sesenta años. Mis meses de escritura allí fueron aún más gozosos

no solo gracias a los tranquilos paisajes del campo, sino además a la música de Beethoven, que acompañó mi trabajo, dándome esperanza y ayudándome a superar los riesgos del miedo y la humillación.

BIBLIOGRAFÍA

- Allen, Mark. *Arabs*. Londres: Continuum, 2006.
- Appadurai, Arjun. *Fear of Small Numbers. An Essay on the Geography of Anger*. Durham y Londres: Duke University Press, 2006. [Trad. castellana: *El rechazo de las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia*. Barcelona Tusquets, 2007.]
- Ayalon, David. *Le phénomène mamlouk dans l'orient islamique*. París: ruf 1996.
- Barber, Benjamin R. *Jihad vs. McWorld: Terrorism's Challenge to Democracy*. Nueva York: Ballantine Books, 2001.
- Bunuma, Ian. *Inventing Japan: From Empire to Economic Miracle*. Londres Orion Books, 2003. [Trad. castellana: *La invención del Japón 1853-1964*. Barcelona: Mondadori, 2003.]
- Bunuma, Ian & Margalit Avishai. *Occidentalism: The West in the Eyes of Its Enemies*. Nueva York: Penguin, 2004. [Trad. castellana: *Occidentalismo - Breve historia del sentimiento antioccidental*. Barcelona: península, 2005.]
- Cooper, Robert. *The Breaking of Nations Order an Chaos in the Twenty-First Century*. Nueva York: Atlantic Monthly, 2004.
- Dowden, Richard. *Africa: Altered States, Ordinary Miracles*. Londres: Potobello Books, 2008.
- Drissi, Amar & Thierry de Montbrail. *Dubai: The New Arab Dream*. París IFR, 2006.
- Fitzoni, Amitai. *From Empire to Community*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2004.
- Ferguson, Niall. *The War of the World: History's Age of Hatred*. Londres Penguin, 2006. [Trad. castellana: *La guerra del mundo*. Madrid: Debate 2007.]
- Friedman, Thomas L. *The Lexus and the Olive Tree: Understanding Globalization*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1999.
- *The World is Flat. A Brief History of the Twenty-First Century*. Nueva York Farrar Straus Giroux, 2005. [Trad. castellana: *La tierra es plana. Breve historia del mundo globalizado en el siglo XXI*, Madrid: Martínez Roca, 2006.]



Durante varios años, el “choque de las civilizaciones” fue la teoría mediante la cual se explicaron los conflictos entre naciones. Sin embargo, Dominique Moïsi propone que después del 11 de septiembre de 2001 la política internacional se define por lo que él ha denominado como el “choque de las emociones”. En su opinión, Occidente ha sido dominado por el miedo, los pueblos musulmanes tienen arraigados sentimientos de humillación y exclusión, mientras que Asia se ha convertido en el continente de la esperanza por su desarrollo económico. Estas tres emociones –miedo, humillación y esperanza– son, para el autor, las que han reconfigurado la geopolítica actual y definen las acciones de los países y sus líderes. Se trata, sin duda, de una hipótesis innovadora y provocativa que ampliará los paradigmas con los que interpretamos la actualidad mundial.